



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



FACULTAD DE HUMANIDADES

TANATOLOGÍA

APROXIMACIÓN A UNA TEORÍA DE LA MUERTE HUMANA EN LA FILOSOFÍA DE ARTURO SCHOPENHAUER

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRA EN HUMANIDADES: ÉTICA

PRESENTA:

MANUELA SALAS ALARCÓN

DIRECTOR DE TESIS: **DR. NOÉ HÉCTOR ESQUIVEL ESTRADA**
CO-DIRECTOR: **DR. JUAN MANUEL SILVA CAMAREN**
TUTOR: **DR. ADOLFO DÍAZ ÁVILA**



TOLUCA, MÉXICO, DICIEMBRE DE 2015.

A la memoria de mis padres y demás seres queridos que se han marchado y que, con su ausencia, dejaron en mi alma un inmenso dolor. Aunque, pasado ya algún tiempo, me doy cuenta que siguen aquí, que habitan en mi corazón y los llevo siempre en el pensamiento.

ÍNDICE

	Pág.
PROLOGO.....	5
INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO I LA MUERTE EN RELACIÓN A LA METAFÍSICA.....	17
A. LA METAFÍSICA Y LA CONCIENCIA SOBRE LA MUERTE.....	17
1. Definición de la metafísica.....	17
2. El origen de la metafísica.....	21
3. Necesidad de la metafísica.....	26
B. LA METAFÍSICA Y LA TEORÍA DEL MUNDO Y DE LA VIDA.....	31
1. El mundo como voluntad y representación.....	31
2. La vida como dolor y sufrimiento.....	40
C. LA METAFÍSICA Y LA CONCEPCIÓN DE LA MUERTE HUMANA.....	45
1. La muerte humana en relación al <i>mundo como voluntad en sí</i>	45
2. La muerte humana en relación al <i>mundo como representación</i>	56
CAPÍTULO II. ANÁLISIS EXISTENCIAL DEL SER HUMANO EN RELACIÓN A LA MUERTE.....	62
A. EL HOMBRE COMO SER PARA LA MUERTE.....	62
B. EL HOMBRE COMO SER EN EL TIEMPO.....	70
C. EL HOMBRE COMO SER EN EL MUNDO.....	74
CAPITULO III. EL HOMBRE FRENTE A LA REALIDAD INMINENTE DE LA MUERTE.....	86
A. LA MUERTE COMO ACONTECIMIENTO CONCRETO.....	86
1. La muerte de los otros.....	90
2. La muerte propia.....	92
B. TANATOFOBIA O MIEDO A LA MUERTE.....	95
1. Concepto de tanatofobia.....	95
2. Motivos del miedo a la muerte.....	97
C. EL DUELO ANTE LA INMINENCIA DE LA MUERTE.....	107
1. Concepto de duelo.....	108
2. El duelo como proceso.....	111
CAPÍTULO IV SABIDURÍA PRÁCTICA PARA LA VIDA EN RELACIÓN A LA IDEA DE LA MUERTE.....	119
A. LA ÉTICA EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE.....	120
1. Definición de la ética.....	121
2. La compasión como fundamento de la moral.....	121
B. HUMANISMO EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE.....	134
C. EUDEMONOLOGÍA EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE.....	153
1. Concepto de felicidad.....	155
2. Importancia de <i>lo que uno es para ser feliz</i>	157
3. Máximas y reglas de vida.....	162
CONCLUSIONES.....	179
BIBLIOGRAFÍA.....	184

PRÓLOGO

Cuenta Porfirio que Plotino tenía el don de leer las almas. Un día, sin más preámbulo, le dijo a su discípulo, muy sorprendido, que no intentara matarse y que emprendiera mejor un viaje. Porfirio partió para Sicilia: allí se curó de su melancolía, pero, agrega lleno de pesar, no asistió a la muerte de su maestro ocurrida durante su ausencia.

Hace tiempo que los filósofos no leen las almas. No es su oficio, se dirá. Es posible. Pero entonces no debe sorprendernos que ya no nos interesen.¹

Emile M. Cioran.

La muerte ha sido motivo de profundas reflexiones en distintos campos de la cultura, del saber y del conocimiento. La filosofía, no ha sido la excepción. La meditación, el análisis, el desarrollo de planteamientos, de preguntas y respuestas sobre la muerte han sido de las más importantes aportaciones en dicho terreno. Arturo Schopenhauer (1788-1866) es uno de los filósofos que se ocuparon de ello. Y desde el pensamiento de este escritor es abordado el tema de la presente investigación. Pues para este filósofo la muerte humana no es un problema cualquiera. La muerte constituye el problema fundamental de todos los tiempos. La muerte, según él, constituye el punto de arranque, el punto central y punto final de la filosofía, como se verá en el desarrollo de esta tesis.

Schopenhauer da muestra de una profunda sensibilidad, reflexión y objetividad al tratar este tema tan inquietante sobre la naturaleza humana, asunto que ningún filósofo debería eludir, puesto que constituye el problema mayor para todos los hombres, problema que tarde o temprano tiene que afrontar. La agudeza con la que este pensador aborda un asunto tan delicado como lo es la muerte, de mi punto de vista, lo hace digno de reconocimiento.

Sin embargo, la filosofía de Arturo Schopenhauer ha sido catalogada, por algunos estudiosos y críticos, como *pesimista*. Término que parece haberse convertido en un sello indeleble, en un estigma inmerecido que provoca desconfianza, indiferencia o rechazo al pensamiento de este escritor. Pues muchos asocian el término *pesimista* con el *fatalismo*, con lo *funesto*, con lo trágico, con el desencanto por la

¹ Emile Michel Ciorán, *Del inconveniente de haber nacido*, p. 41.

vida, cosas de las que la mayoría de los seres humanos huyen por temor a enfrentar la realidad.

Y ¿cuál es el motivo principal por el que la filosofía de este pensador ha sido etiquetada como *pesimista*? La razón principal es que a diferencia de la mayoría de sus colegas empieza por destacar los aspectos terribles de la realidad. En su concepción del mundo, de la vida y del hombre, a diferencia de sus antecesores, empieza por señalar el rostro terrible o desfavorable de la realidad. Concibe al mundo como el peor de los mundos posibles; a la vida como dolor y sufrimiento constante; y al hombre como el ser más miserable de las criaturas vivientes, criatura que desde su nacimiento emprende una lucha encarnizada para conservar la vida, una loca carrera en pos de la felicidad, cosas que nunca logra, porque al final de todas sus batallas termina derrumbándose en los brazos de la muerte.

Volker, uno de los estudiosos y críticos de la vida de Schopenhauer, narra una anécdota ocurrida en una excursión a la que asistió el filósofo alemán para destacar su claro “pesimismo” y ponerlo en franca evidencia. Y dice:

Entonces ocurrió que un pájaro no se comportó todo lo bien que hubiera debido, dejando caer una repugnante salpicadura, nada menos que sobre el chaleco blanco y radiante de uno de los compañeros de viaje. «¿Ve usted?», dijo Schopenhauer burlándose, «llevo razón con mi teoría de que vivimos en el peor de los mundos imaginables». «Al contrario», contestó el que se veía en tan vergonzoso apuro, «a mí me parece que el mundo es todavía soportable. ¡Imagínese que fueran las vacas las que pudieran volar!».²

Esta anécdota y muchas otras que se cuentan de Schopenhauer, así como su agrio carácter, el trato poco cortés hacia sus colegas, y su intolerancia a la frivolidad, vanidad y estulticia de los hombres, son motivo de escarnio, de rechazo e incluso de indiferencia a su pensamiento. Cosa que ha constituido un obstáculo para mirar

² Volker Spierling, Arthur Schopenhauer, p. 9.

con objetividad y hacer un reconocimiento sensato de los grandes aportes que este personaje ha dado a la filosofía y la literatura universal.

Para algunos, la llamada filosofía “*pesimista*” de Schopenhauer no es digna de tomarse en serio, pues la consideran como una especie de broma, como un chiste de mal gusto, como una bufonada. “[...] el pesimismo de Schopenhauer, que se concibe como siempre de manera desproporcionadamente exagerada y que mueve directamente a risa o a algún otro tipo de rechazo.”³

Mientras que para otros, la filosofía “*pesimista*” de Schopenhauer equivale a una especie de insulto a la razón; a una insolencia desmedida con la que pretende derrumbar los más caros anhelos, sueños y esperanzas del hombre; a la osadía de minimizar las “grandezas humanas”. “Un poco más y Schopenhauer mismo sería equiparable a la desvergonzada ave que profana el blanco chaleco con sus demoledoras palabras y acaba estropeando la diversión a todos los presentes.”⁴ En pocos términos, el pensador de Frankfurt es considerado por muchos como un aguafiestas, como un ave de mal agüero que a pesar de ser testigo de los “proyectos” “hazañas” y “grandezas” humanas en el mundo moderno, se empeña en presagiar siempre lo peor.

Ciertamente Schopenhauer no se caracteriza por ser un merolico que ofrece falsos remedios para todos los males, no es un filósofo “endulza vidas”, tampoco un sofista que se empeñe en convencer, mucho menos alguien que pretenda redimir al hombre, o que anuncie y prometa tiempos mejores, alimentando vanas esperanzas. Él simplemente muestra al mundo sin velos, sin adornos, lo cual la gran mayoría se niega a reconocer.

Me dirán una vez más que mi filosofía no tiene consuelo, y eso sencillamente porque digo la verdad, mientras que las gentes prefieren oír decir: «Dios nuestro señor ha hecho bien todo lo que

³ *Ibid.* p. 10

⁴ *Ibidem.* p. 10

ha hecho.» Id a la iglesia, y dejad en paz a los filósofos. A lo menos, no exijáis que ajusten sus doctrinas a vuestro catecismo. Eso lo hacen los tunantes, los filosofastros. A éstos podéis pedirles de encargo doctrinas a vuestro antojo.⁵

Quizás sea válido reprochar a este pensador su crudeza en la exposición de sus tesis sobre el mundo, la frialdad en sus afirmaciones en torno a la vida, o tal vez la falta de sutileza para dar a conocer sus conclusiones sobre la existencia del hombre. Pero lo que no es posible recriminarle es que sean falsas, que carezcan de fundamento suficiente al sustentarlas. Pues no hay algo que haya escrito sobre el mundo, la vida y el hombre que no quede confirmado en cada momento de la historia, que no pueda constatarse todos los días, que no pueda comprobarse en la experiencia personal.

Luego, ¿cómo interpretar las consideraciones y etiquetas que se han dado a la filosofía de Schopenhauer? ¿Qué hay detrás de esas reacciones de burla o de gravedad? Schopenhauer nos dirá que detrás de esas reacciones se esconde un miedo a la verdad, una resistencia inconsciente a aceptar la realidad en su esencia más pura.

Alcanzar la verdad es el objetivo la filosofía. Y la verdad no tiene como condición el ser agradable, complaciente. La tarea del filósofo no es poner velos a la realidad, sino recorrerlos para ver más allá de las apariencias; no es pintar la vida de colores para hacerla parecer distinta de lo que es; no es colocar adornos al hombre para encubrir sus miserias. “Por lo tanto, una filosofía dada no tiene otra medida de su valor más que la verdad.”⁶ Para la filosofía la verdad no es cosa de gustos o preferencias. La verdad no tiene que ajustarse a los deseos y necesidades del hombre, pero el hombre si puede ajustarse a la realidad.

⁵ Arthur Schopenhauer. El amor, las mujeres y la muerte, p.80.

⁶ Arthur Schopenhauer. El mundo como voluntad y representación II, p. 226

Entre los problemas centrales de la filosofía de Schopenhauer están el dolor, el sufrimiento, el egoísmo, la maldad, la enfermedad, la vejez, la miseria y la muerte. Este último es el tema central de desarrollo de este trabajo. La muerte, para nuestro autor no solo es un problema filosófico importante, sino el único problema filosófico fundamental. ¿Por qué? Porque todos los problemas y conflictos humanos se derivan o se relacionan de una o de otra manera con este asunto.

La muerte merece para nuestro filósofo de estudio una atención y trato especial, puesto que toca lo más íntimo y profundo del ser humano. Es un problema que aqueja y ha aquejado siempre al hombre, y por lo tanto exige analizado de manera particular.

Reconozcamos entonces que lo que se reprocha a Schopenhauer no es otra cosa que su empeño en desmentir a quienes conciben al mundo como algo perfecto, como *el mejor de los mundos posibles*; a quienes pintan la vida como un don maravilloso; a quienes presentan al hombre como un ser con un puesto privilegiado en el cosmos. A Schopenhauer se le reprocha que, a diferencia de muchos filósofos, nos presente la cara terrible del mundo que nadie se atreve a mirar; el que nos muestre el rostro de la vida que muchos prefieren ignorar; el que desnude al hombre exponiendo sus más recónditas miserias.

Schopenhauer nos describe crudamente la realidad del hombre en un mundo de sufrimiento, de miseria, de drama y muerte. Sin embargo, detrás de la frialdad de su filosofía subyace una profunda sensibilidad del escritor, un marcado humanismo y un franco interés por los problemas sustanciales del hombre. ¿Por qué? Porque ofrece alternativas para el control de las pasiones (en especial el egoísmo) y el dominio de los miedos (particularmente a la muerte); porque hace propuestas para prevenir, aliviar o disminuir el sufrimiento de los hombres; porque ve en la ética y en el humanismo las puertas de salvación para el hombre; porque arrastra al hombre a la reflexión y lo enfrenta a su condición de mortal, para llevarlo de la mano, con sus reglas de vida al camino de la "felicidad".

Por ello, la llamada filosofía “pesimista” de Schopenhauer tiene un valor sustancial, puesto que su propósito nos es sumir al hombre en la angustia y desesperación, sino brindarle un conocimiento sobre el mundo que le “abra” los ojos y que le permita transitar sin dar tumbos por la vida; un saber que le evite caer en el dolor y sufrimiento innecesarios ante la muerte o cualquier otra circunstancia. Luego no podemos negar el aspecto benévolo de la filosofía “pesimista” de Schopenhauer. Por ello no debemos ser soberbios, ni darnos el lujo de despreciar el pensamiento de este gran filósofo pues, a pesar suyo, siempre mostró un interés franco por los problemas fundamentales de la vida humana, proponiendo alternativas para enfrentarlos.

Arthur Schopenhauer, propone la prudencia para no ser presa del fatalismo. Su llamado pesimismo, no es más que un conocimiento realista, consciente y objetivo sobre el mundo y la vida, teniendo como propósito central sacar al hombre de esa atmósfera de drama y tragicomedia en la que se ve envuelta su existencia ante el fenómeno de la muerte.

Luego entonces, no nos privemos de la oportunidad de incursionar en la filosofía de un pensador que solo tiene el propósito de enfrentarnos a la realidad para vivir acorde a ella.

.-.

Pasando a otro punto, es importante mencionar que se trató de hacer un análisis y estudio interpretativo del pensamiento filosófico de Schopenhauer en sus fuentes directas, atendiendo a su recomendación explícita, que reza: “A los filósofos se aprende a conocerlos en sus obras y no por trasuntos y retazos de sus doctrinas, tal cual se representan en una cabeza vulgar.”⁷ Ello con el fin de evitar prejuicios y dogmas impuestos por personajes que se consideran autoridades en el estudio de la filosofía de nuestro autor protagónico de este trabajo. Sin embargo las citas de sus obras, que se hacen en este trabajo, constituyen una demostración de la fidelidad a su pensamiento que se pretendió alcanzar en todo momento.

⁷ Arthur Schopenhauer. *Sobre la voluntad en la naturaleza*, p. 40

INTRODUCCIÓN

El presente escrito es una investigación, interpretación, análisis y exposición de la teoría de la muerte humana en la filosofía de Arturo Schopenhauer. El tema está centrado principalmente en el conflicto existencial que experimenta el hombre ante la conciencia de la muerte y el descubrirse a sí mismo como un ente finito, efímero y mortal.

La muerte es una realidad ineludible que ha inquietado al hombre a lo largo de los siglos. Es un asunto que conmueve y angustia a todo ser humano en algún momento de su vida. La muerte representa para el hombre una especie de agresión y violencia existencial que le provoca un gran dolor, sufrimiento y angustia en la mayoría de los casos.

Todos los seres vivos cumplen con un ciclo natural de vida que termina con la muerte, todos son mortales. Luego, ¿qué distingue a la muerte del ser humano, de la muerte de cualquier otro ser vivo? ¿Quién es el hombre que, a diferencia del resto de las criaturas, se conmociona ante un suceso inevitable, único y personal como lo es la muerte propia o la de sus seres queridos? ¿Qué significado tiene para el hombre morir? ¿Por qué la idea de la muerte envuelve al hombre en una atmósfera de dolor y sufrimiento? ¿Qué hace de ese acontecimiento algo excepcional y único?

El rasgo fundamental de la existencia humana que hace posible la diferencia entre la muerte del hombre y la muerte de los demás seres vivos es la conciencia y la abstracción e idea que se forma de ella. Los demás animales simplemente mueren, el hombre sabe además que va a morir, se anticipa a su propia muerte o a la de sus seres queridos. Y ese anticiparse lo conmociona, lo estremece.

La muerte se presenta al hombre como algo simplemente repugnante e inaceptable por varios motivos. Entre esos motivos están, que la certeza de la muerte le revela la limitación, la insuficiencia y la miseria de su ser; que la muerte se le presenta como una amenaza contundente contra su existencia, contra su ser y estar en el mundo; que la lucha que emprende contra la muerte, supone desde el principio su

derrota final; que la muerte lo coloca en una situación de desamparo e indefensión porque lo acecha a cada segundo. La idea de morir o ver morir a los seres amados no es cosa sencilla, La certeza de la muerte está presente en el horizonte de la conciencia, lo que envuelve a la existencia de los hombres en una atmosfera de drama y tragedia. Por ello se hace necesario un estudio profundo sobre esta problemática con el fin de proponer alternativas para afrontar con el mínimo dolor y sufrimiento posible esa realidad.

El tema de la muerte merece un lugar especial en la investigación, análisis y reflexión filosófica porque de ese problema rector se derivan todos los demás problemas que aquejan al hombre, pero lo más importante es que la reflexión profunda sobre la muerte lleva a una reflexión acerca de la vida. Pensar la muerte es darle un lugar primordial a la vida. Es así que para Schopenhauer, la muerte ha sido, directa o indirectamente, el aguijón del intelecto, el acicate de los pensadores, la musa inspiradora de la filosofía.

El objetivo de este trabajo es integrar y sistematizar los planteamientos, conceptos, categorías y tesis centrales de filosofía de Arturo Schopenhauer, en torno a la muerte humana, con el fin de aportar conocimientos que sirvan de sustento teórico o soporte práctico para las personas que se interesen en este tema, pero en especial a los profesionistas que desempeñan tareas de apoyo tanatológico.

Las interrogantes que orientan el desarrollo de la investigación son los siguientes: ¿Qué relación guarda la metafísica con el tema de la muerte? ¿Por qué el tema de la muerte está vinculada a la concepción existencial del ser humano? ¿Cuáles son los motivos por los que el hombre atraviesa una situación de dolor, sufrimiento y dramatismo ante la inminencia de la muerte? ¿Existe la propuesta de una sabiduría práctica para la vida en relación a la conciencia de la muerte? Las respuestas a estas cuatro preguntas conforman el contenido de cada uno de los capítulos de la investigación.

El primer capítulo está conformado de tres apartados. En el primero se explica la relación que guarda la metafísica con el tema de la muerte. Se establece la

definición de la metafísica en relación con el fenómeno de la muerte; se aclara por qué el asombro que experimenta el hombre ante el mundo, lo lleva a cobrar conciencia sobre sus propios límites, sobre su finitud, sobre su propia muerte, problema que, según nuestro filósofo de estudio, constituye en sentido estricto el origen de la filosofía, particularmente de la metafísica. Y por último se desarrolla una apología sobre la necesidad e importancia que tiene la metafísica para el hombre, porque la muerte constituye un misterio que el hombre busca descifrar.

En el segundo apartado se expone la teoría metafísica de Schopenhauer sobre el mundo y la vida. La realidad, es entendida aquí de dos maneras: como voluntad en sí y como representación. La voluntad en sí es la esencia secreta de todas las cosas, un principio universal, fundamento de todo cuanto es y existe. Es el principio eterno del que todo surge y al que todo vuelve. Mientras que el mundo como representación es el fenómeno, el universo físico, en el que todo cambia y nada permanece. Es el mundo de lo fugaz, de lo efímero, de lo perecedero y lo mortal. El mundo como representación es la objetivación de la voluntad en sí, de ese impulso ciego que busca afirmarse y conservarse a sí misma. La voluntad en sí tiene su máxima expresión en la vida, en la voluntad de vivir. Voluntad de vivir que es una lucha continúa contra el sufrimiento y la muerte.

El tercer apartado aborda la concepción de la muerte humana, tanto en su sentido metafísico (en la que se concibe al hombre como inmortal) como físico (se concibe al hombre como mortal). Es decir, desde la perspectiva del mundo como voluntad en sí y del mundo como representación.

En el segundo capítulo se hace el análisis existencial del ser humano en relación al concepto de la muerte. Este capítulo se conforma de tres apartados. En el primero se concibe al hombre como un ser en el tiempo por su naturaleza finita, efímera y fugaz, cuya existencia se desenvuelve en un continuo presente, porque el hombre no puede abarcar el pasado y el futuro. En el segundo apartado se trata al hombre como un ser para la muerte, en el sentido en que es el único de los seres vivos que tiene conciencia de su condición de mortal, que sabe que va a morir y se anticipa a

esa realidad, sufriendo por ello. En el tercer apartado se explica que el hombre es un ser en el mundo porque como individuo no se puede concebir si no es referido al mundo, en ciertas condiciones y circunstancias, que Schopenhauer describe como dramáticas. El mundo es el teatro donde el hombre realiza ciertos roles y representaciones.

El capítulo tercero consta también de tres apartados. En el primero se analiza y se explica por qué la muerte no es una simple idea o un simple concepto que el hombre se crea, sino una realidad, un acontecimiento que tiene evidencias de carácter empírico. Se habla de la tragedia que representa para el hombre enfrentar su muerte o la muerte de los otros como algo inminente e inevitable, que le puede provocar dolor y sufrimiento indescriptible. El segundo corresponde al análisis del miedo del hombre ante la muerte y los motivos que lo provocan. Se explica que el miedo del hombre a la muerte es innato, pero a partir de este se derivan muchos otros miedos. En el tercer apartado se expone el fenómeno del duelo. Duelo por el que atraviesan la mayoría de las personas al sufrir la pérdida de un ser querido o ante la novedad de su muerte próxima inminente. Se aclara qué se entiende por duelo, y se describen sus etapas y características.

En el capítulo cuarto se plantean las propuestas que hace Schopenhauer para preparar al hombre para la muerte y evitarle, prevenir o disminuir dolores y sufrimientos innecesarios, provocados en su mayoría de los casos por el mismo hombre. Propone una ética y moral fundadas en la compasión. Sugiere despertar ese sentimiento y convertirlo en el motivo central de las acciones humanas, hasta transformarse en virtud. Virtud de la que a su vez se podrían derivar todas las demás virtudes. Con lo cual el sufrimiento, el dolor y la muerte en el mundo sean contrarrestados, de modo que reine la justicia, la verdad, la misericordia, la solidaridad, el amor, etc. En el segundo apartado se propone la práctica de un humanismo, entendido como una concepción filosófica en la que el hombre constituye el centro de preocupación, atención, de apoyo y auxilio al prójimo al que sufre. El tercer y último apartado de este capítulo está dedicado a la propuesta de Schopenhauer de una serie de reglas prácticas para lograr una vida feliz. Se hace

énfasis en la importancia que tiene reflexionar sobre la muerte, porque permite al hombre reflexionar, valorar y dar sentido a la vida. Pensar en la muerte como un acontecimiento límite, ayuda al hombre a valorar y amar lo que posee: sus virtudes, facultades, capacidades; bienes, fortuna, amigos, seres queridos, cosas, animales, etc. Porque saber vivir es aprender a morir.

CAPÍTULO I

LA MUERTE EN RELACIÓN A LA METAFÍSICA

I. LA MUERTE EN RELACIÓN A LA METAFÍSICA

El hombre está literalmente dividido en dos partes: tiene conciencia de su singularidad espléndida porque sobresale de la naturaleza con una majestad altiva. Sin embargo, regresa a la tierra, unos cuantos metros bajo la superficie, para pudrirse en el oscuro silencio y desaparecer para siempre. Este es un problema terrorífico para sufrirlo y para vivir con él.¹

Ernest Becker

A. LA METAFÍSICA Y LA CONCIENCIA SOBRE LA MUERTE

Arturo Schopenhauer plantea una relación estrecha entre la filosofía y la conciencia del hombre sobre la muerte. La definición, el origen y la importancia de la filosofía no puede ser comprendida si no se vincula con la idea de la muerte. La muerte constituye el problema central de la filosofía, el motivo principal de su origen y lo que justifica la importancia y necesidad de la misma para el hombre.

1. Definición de la metafísica

La filosofía en occidente ha sido considerada por muchos pensadores, desde la antigüedad hasta nuestros días, como una ciencia excelsa, como un saber profundo, singular y superior a cualquier otro tipo de saber. Schopenhauer no piensa distinto, pues para él la filosofía constituye el grado máximo de conocimiento al que puede aspirar el ser humano, porque se concibe como un saber resultado de la indagación, reflexión sobre la realidad, dando cuenta de los primeros principios o fundamentos últimos esa realidad y por ende de todas las cosas.

Thales de Mileto es reconocido, en los libros de *historia de la filosofía*, como el primer filósofo occidental. Esta consideración es tomada seguramente de la *Metafísica* de Aristóteles, quien cataloga a su antecesor como el fundador de la filosofía². Pero, ¿por qué razón el estagirita dio un título de esa naturaleza a Thales? Aristóteles escribe en su obra que dicho título se atribuye al primero en cuestionarse explícitamente acerca del origen o principio de todas las cosas. Preguntar por los

¹ Ernest Becker. *El eclipse de la muerte*, p. 54.

² Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, p. 10.

primeros principios y causas del mundo e indagar sobre ello representa la inauguración de la *filosofía primera* (metafísica) y su diferenciación esencial con todas las demás ciencias y saberes³. Entonces, desde la antigüedad, se le ha dado a la metafísica un lugar aparte, un lugar privilegiado entre todas las demás ciencias disciplinas.

Schopenhauer en consonancia con las ideas de Aristóteles respecto a la importancia y significado de la filosofía, le asigna también un lugar especial, particularmente a la *metafísica*. ¿Por qué? Porque sostiene que es la ciencia más profunda, la ciencia de lo universal, la ciencia cuyos conocimientos constituyen la base y fundamento último de cualquier otro tipo conocimiento.

El fundamento y suelo, sobre el cual reposan todos nuestros conocimientos y ciencias, es lo indefinible; a esto se reduce por tanto, toda explicación por medio de más o menos numerosos eslabones intermedios; así como el plomo halla en la mar una profundidad mayor o menor, alcanzando el fondo en todas partes, al fin. Y lo inexplicable cae en el campo de la metafísica.⁴

La superioridad y grandeza de la filosofía radica en el grado de profundidad en la indagación, reflexión, análisis y conocimiento de la esencia de la realidad, que permite a la vez aclarar y justificar cualquier otro tipo de conocimiento. “[...] la filosofía, es decir, en la investigación de la verdad, de la verdad por excelencia, esto es, de la cuestiones altísimas que en lo más vivo tocan al hombre.”⁵

Y ¿qué entiende Schopenhauer por Metafísica? Schopenhauer define a la metafísica como una disciplina que cuestiona a la realidad empírica, que estudia lo que está más allá de lo físico, que indaga sobre los fundamentos de esa realidad, lo que la posibilita. Dice: “Por *metafísica* entiendo todo presunto conocimiento que va más allá de la posibilidad de la experiencia, es decir, de la naturaleza o del

³ Cfr. *Ibid.* pp. 7-9.

⁴ Arthur Schopenhauer. *Sabiduría de la vida, en torno a la filosofía y otros temas*, p. 169.

⁵ Arthur Schopenhauer. *Sobre la voluntad en la naturaleza*, p. 29

fenómeno dado de las cosas, para ofrecer una clave sobre aquello por lo que, en uno u otro sentido, estaríamos condicionados; o, dicho popularmente, sobre aquello que se oculta tras la naturaleza y la hace posible.”⁶

El objeto de estudio de la metafísica no es el estudio del mundo físico como tal, pues de este se ocupan las demás ciencias y disciplinas; sino el estudio, reflexión y conocimiento de lo que está más allá del mundo de los fenómenos. Es decir, de la esencia de esos fenómenos, de aquello que hace posible la existencia de todo lo que forma parte del mundo objetivo, sin importar lo diverso o distinto que parezca. “La filosofía en sentido estricto que resulta de tales investigaciones es entonces *metafísica* porque no solo conoce, ordena y examina en su conexión lo existente, la naturaleza, sino que la concibe como un fenómeno dado pero de alguna manera condicionado, en el cual se presenta un ser distinto de él mismo que sería, por consiguiente, la cosa en sí.”⁷

La metafísica es una forma suprema de estudio, análisis y conocimiento de la realidad en sí, que permite al hombre descubrir y dar cuenta de la conexión interna de todo cuanto es o existe en el universo. “Por consiguiente, la filosofía debe ser una explicación *in abstracto* de la esencia del mundo entero, del todo como de las partes.”⁸

A partir del conocimiento de la esencia del todo y de sus partes, que se obtiene con la metafísica, es posible comprender y explicar los planteamientos más íntimos y fundamentales sobre la realidad humana. Permite al hombre conocer la naturaleza del mundo en el que se encuentra, del mundo en el que nace, vive, existe y muere. La filosofía permite al hombre comprender que la realidad es un entramado de fenómenos que se relacionan entre sí, formando un todo, cuya esencia es la misma. Por lo tanto, cualquier fenómeno de la naturaleza o fenómeno humano parten de un mismo principio explicativo, es decir, la esencia de todo.

⁶ Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación II*, p. 202.

⁷ Arthur Schopenhauer. *Parerga y paralipómena II*, p. 48

⁸ Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*, p. 98.

El estudio metafísico de la realidad lleva al hombre a un reconocimiento de su situación existencial en el mundo sobre el que pregunta, lo lleva a la conciencia y certeza de su condición finita, efímera y mortal.

La metafísica de Schopenhauer desencadena entonces en una tanatología, puesto que su estudio culmina en una teoría sobre la muerte humana, es decir, en un sistema explicativo del problema. La metafísica, dirá Schopenhauer, inicia y culmina con la conciencia y reflexión sobre la muerte humana, y su propósito es la preparación del hombre para afrontar esa realidad y alcanzar, en la medida de lo posible, una vida feliz. La muerte se convierte entonces en el problema central de la metafísica, en el eje rector de cualquier otro problema humano. Porque para conocer y comprender los fenómenos del mundo físico, es preciso indagar y conocer la realidad en sí, la esencia que motiva y hace posible a dichos fenómenos. “Schopenhauer entiende a la filosofía [...] no como un razonamiento sistemático, sino como un «desenmascaramiento» interpretativo, como «desciframiento» de la «escritura secreta» del mundo.”⁹

Lo anterior no significa que la metafísica deje de lado el mundo físico. Al contrario, el misterio que encierra el mundo físico, incita al filósofo a indagar e ir más allá de este, para conocer su esencia, y poder comprender mejor que todo lo que acontece en el universo físico solo puede ser entendido y explicado a partir su la esencia. “[...] que no nos contentamos con un conocimiento relativo, sino que buscamos un conocimiento absoluto de la esencia del mundo, tenemos que recorrer el camino en dirección opuesta, partiendo de lo que nos es más conocido y habitual, de lo que está más cerca de nosotros para comprender lo más lejano, lo que se nos da de un modo más parcial y más mediato; y queremos explicar los fenómenos más sencillos y más imperfectos por los más complicados e importantes.”¹⁰

Para la metafísica ningún fenómeno natural acontece desvinculado de los demás, pues, por distintos que nos parezcan, todos tienen la misma esencia. La muerte

⁹ Ana Isabel Rábade Obradó, *Conciencia y dolor, Schopenhauer y la crisis de la modernidad*, p. 60.

¹⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, pp. 139-140

humana, por ejemplo, no es un hecho aislado, un acontecimiento que ocurre por accidente, de manera casual o azarosa, sino que es un fenómeno estrechamente vinculado con la naturaleza del mundo, de la vida y del hombre mismo. La muerte es un fenómeno natural que si se pretende comprender a fondo debe analizarse la relación que guarda con los demás fenómenos humanos, como el egoísmo, la vida, el dolor, el sufrimiento, el placer, el conocimiento, etc. “El ser en sí del hombre no puede comprenderse más que en unión con el ser en sí de todas las cosas, es decir, del mundo.”¹¹ La metafísica por lo tanto es un conocimiento integral, general y unitario de la realidad.

La muerte es uno de los problemas más importantes que ocupan a la filosofía, particularmente a la metafísica. ¿Por qué? Porque, según Schopenhauer, la conciencia de la muerte constituye la puerta de entrada a la filosofía. Sin la idea abstracta de la muerte no existiría la filosofía, como veremos más adelante.

2. El origen de la metafísica

La filosofía, según Schopenhauer, debe centrarse en el estudio, análisis y reflexión de la vida humana en relación con el fenómeno de la muerte. Particularmente, según él, en explicar el conflicto existencial que provoca la conciencia del hombre que se descubre así mismo como un ente efímero, finito y mortal. El tema de la muerte adquiere una atención especial de la filosofía, porque esta nace a partir de la primera.

Para explicar el origen de la metafísica formulemos los siguientes planteamientos: ¿cómo es que nace la filosofía? ¿qué motiva su origen? Explicar el origen de la filosofía en su sentido existencial, es decir en un sentido subjetivo y de significación humana, es un asunto fundamental que le toca resolver a la filosofía misma. Es decir, debe dar cuenta de sí misma. Porque para nuestro autor de estudio, la filosofía no es un lujo, no es una creación o producción humana gratuita, nacida del

¹¹ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena* II, p. 49.

ocio, sino que es una necesidad humana, que nace del conocimiento de las miserias humanas, nunca de las grandezas.

Schopenhauer, al igual que Aristóteles, sostiene que la filosofía comienza con la admiración. A la reflexión sobre las primeras causas y principios de todas las cosas le antecede un estado de admiración del hombre sobre el mundo que lo circunda. La admiración, para el filósofo griego, es un estado inquietante que mueve al hombre a la indagación, que lo incita a la especulación.

Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas, fue, como lo es hoy, la admiración. Entre los objetos que admiraban y de que no podían darse razón, se aplicaron primero a los que estaban a su alcance; después, avanzando paso a paso, quisieron explicar los más grandes fenómenos; por ejemplo, las diversas fases de la luna, el curso del sol y de los astros, y, por último, la formación del universo. Ir en busca de una explicación y admirarse, es reconocer que se ignora.¹²

Sin embargo para Schopenhauer la admiración no es más que el primer momento de un estado de asombro. La admiración es un estado de complacencia ante el descubrimiento de algo maravilloso, espléndido. Mientras que el asombro intelectual es un estado de inquietud grave que se origina a partir de la sorpresa, del descubrimiento de algo *estremecedor* que violenta lo más profundo e íntimo del ser humano.

En el espacio infinito existen innumerables esferas luminosas, en torno a cada una de las cuales gira aproximadamente una docena de otras más pequeñas alumbradas por ellas, y que, calientes en su interior, están cubiertas de una corteza sólida y fría sobre la cual una capa mohosa ha engendrado seres vivientes y cognoscentes: esta es la verdad empírica, la realidad del mundo. Pero para un ser pensante es una situación penosa el

¹² Aristóteles. Op. cit. p. 8

encontrarse en una de aquellas innumerables esferas que flotan libremente en el espacio infinito, sin saber de dónde viene ni a dónde va, y ser nada más que uno de los innumerables seres semejantes que se apiñan, se agitan y se atormentan, naciendo y pereciendo rápidamente y sin tregua dentro del tiempo sin comienzo ni fin.¹³

Luego lo que hace posible el salto de la simple contemplación a la filosofía es, en sentido estricto, el asombro intelectual. El asombro (estado de consternación) marca el principio de la Metafísica. El asombro incita al hombre a formularse las primeras preguntas acerca de aquello que se presenta como un misterio.

Más, ¿cuál es ese rasgo del mundo objetivo que provoca el asombro? ¿Qué clase de realidad es aquella que se presenta al hombre como algo estremecedor que lo conmociona y lo incita a la especulación? Schopenhauer sostiene que ese rasgo del mundo objetivo que despierta el asombro del hombre es el descubrimiento de una realidad desagradable, indeseable. En un primer momento, estado de admiración, el universo, se presenta ante la mirada del hombre como algo inconmensurable, imponente, inabarcable, infinito. Pero en un segundo momento, esa admiración del pensador se transforma en asombro. Pues el descubrimiento de la inmensidad del universo lo remite a sí mismo, descubriendo su pequeñez, sus límites, hasta alcanzar ese rasgo estremecedor de la realidad que lo conmociona: la certeza de *la muerte*. “Más su asombro es tanto más grave por cuanto que aquí, por vez primera, se enfrenta conscientemente *a la muerte* y junto a la finitud de toda existencia, le acosa también en mayor medida la vanidad de todo esfuerzo. Con esta reflexión y este asombro nace la *necesidad de una metafísica*, propia solo del hombre: por eso es un *animal metaphysicum*.”¹⁴

De todos los seres vivos, sólo el hombre es capaz de asombrarse. El asombro es propio del animal racional. Ningún otro ser vivo se asombra, ni se ve arrastrado a la reflexión. Los demás animales simplemente viven, mientras que el hombre además

¹³ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación II*, p. 31.

¹⁴ *Ibid.*, p. 198.

de vivir existe. Existir es estar conectado al mundo a través del pensamiento. “Con excepción del hombre, ningún ser se asombra de su propia existencia, sino que para todos esta se entiende por sí misma, hasta tal punto que ni la notan.”¹⁵

Luego, la muerte es el rasgo estremecedor de la realidad que propicia el asombro, asombro que a su vez da lugar a los cuestionamientos sobre el mundo, propicia la indagación sobre la esencia, las primeras causas y principios del universo, naciendo así la metafísica. La muerte despierta el asombro, y el asombro da lugar a la metafísica. Por tanto, la muerte según Schopenhauer es la musa inspiradora del filósofo. “La muerte es el verdadero genio inspirador o el **musageta** de la filosofía, razón por la que Sócrates la definió como θανατου μελετη. Sin la muerte sería difícil I que se hiciera filosofía.”¹⁶

El asombro o estado de turbación en el que se hunde el ser pensante, supone una escisión epistemológica, un deslinde entre el sujeto asombrado y el objeto que despierta el asombro. Deslinde que coloca al hombre en un estado existencial embarazoso, porque se reconoce paradójicamente como algo distinto del mundo al que pertenece. Ese deslinde que ejecuta el sujeto pensante le induce al reconocimiento de sus propios límites, de su indigencia, de su situación en el mundo y su condición de mortal. Solo el ser pensante puede verse en un conflicto existencial. “Así pues, como se dijo, la maldad, el mal y la muerte son los que cualifican y elevan el asombro filosófico: no solamente que el mundo exista sino, en mayor medida, que sea tan triste, constituye el *punctum pruriens* de la metafísica, el problema que crea en el hombre una inquietud que ni el escepticismo ni el criticismo pueden apaciguar.”¹⁷

Esta experiencia, que en un principio lleva al *homo sapiens* al desencanto y al terror, lo conducirá luego a indagar acerca de la causa o razón de ese mal en el mundo, explicación que no encuentra en el universo mismo, porque este se le presenta como un mundo que encierra un gran misterio, que debe buscarse más

¹⁵ Ibidem. 198.

¹⁶ Ibid. p. 515.

¹⁷ Ibid. p. 211

allá de él. “De ahí que nuestro asombro acerca de él se transforme fácilmente en una meditación sobre aquella *fatalidad* que pudo suscitar su existencia y debido a la cual una fuerza tan inmensa como la que se requiere para producir y mantener tal mundo | pudo ser dirigida contra su propio provecho.”¹⁸

Schopenhauer, como Aristóteles, afirma que el hombre por naturaleza tiende al conocimiento. Pero esa tendencia al conocimiento, desde el punto de vista de Schopenhauer, está motivada por el reconocimiento que hace el pensador de su condición mísera en el mundo. De manera que desde su origen la filosofía, en particular la metafísica, tiene un claro propósito: descifrar el enigma del mundo, de la vida y del hombre mismo.

La conciencia de la muerte, atributo del que carecen los animales, le hacen pagar al ser humano el tormento de pensar y de luchar contra esta, en todo el trayecto de su vida, pretendiendo trascender y alcanzar la inmortalidad. Pues si el dolor, el sufrimiento y la muerte no tuvieran presencia en el mundo, dice Schopenhauer, el hombre no tendría sobre qué pensar. La muerte constituye el problema fundamental de la filosofía, y de esta se derivan todos los demás problemas que aquejan y han aquejado al hombre a lo largo de su historia, desde sus orígenes mismos hasta nuestros días.

Schopenhauer nos dirá que el *asombro* del hombre ante el mundo, ante la vida y ante todo lo que le rodea, es lo que incitó a filosofar. Y diría que, aún ahora los hombres filosofan en virtud de esta. Así que el punto de partida de la filosofía es el asombro ante la muerte. Ese asombro y perplejidad marcan, entonces la dirección del pensamiento y el despertar de la conciencia.

¹⁸ Ibid. p. 210

3. Necesidad de la metafísica

La razón y la capacidad de abstracción son patrimonio exclusivo del hombre, como se ha dicho. Patrimonio que le abre descomunadamente las ventanas al conocimiento, a la indagación sobre el mundo. Gracias a ello el hombre se ve movido a descubrir la ley secreta de todas las cosas, la esencia de la vida y de la muerte, de las causas naturales de estas.

El hombre como animal pensante, está llamado fatalmente a reflexionar, a preocuparse por resolver los enigmas de su existencia, aunque sólo sea para demostrar su insolubilidad. En otros términos, el enigma y el misterio que encierran para el hombre el mundo y la existencia, constituyen la fuente inspiradora de la filosofía. Fuente de la que emana y se nutre la metafísica. “En cambio, el asombro filosófico que de aquí nace está individualmente condicionado por un desarrollo superior de la inteligencia, pero no sólo por eso; sino que, sin duda, es el conocimiento de la muerte, y con él la consideración del sufrimiento y la necesidad de la vida, lo que proporciona el más fuerte impulso a la reflexión filosófica y a la/interpretación metafísica del mundo.”¹⁹

Schopenhauer define al hombre como un ser metafísico. Es decir, un ser que busca de manera constante respuestas a problemas que van más allá de los límites físicos, más allá del mundo fenoménico. Un ser que se pregunta, ¿cuál es el principio y sustancia de todo cuanto existe? ¿Quién es el hombre en relación con el infinito? ¿Cuál es el sentido de su existencia? Etc. Pero todas esas preguntas se desprenden de una pregunta fundamental: ¿Qué es la muerte?

Como ya se ha dicho, la conciencia de la muerte genera el asombro. Y el asombro es un estado de conmoción, de sufrimiento y de miedo. El asombro que se origina a partir de la certeza de la muerte genera un conflicto existencial el hombre. Ello explica la necesidad de filosofar, la necesidad de una metafísica, de una filosofía sobre la muerte humana y todo lo relacionado con ella. “De todas las cosas que

¹⁹ Ibid. p. 199.

mueven al hombre, una de las principales es el terror a la muerte”²⁰ La certeza de la muerte y el miedo que ella produce son, para Schopenhauer, el motor fundamental de la reflexión filosófica.

De acuerdo a lo anterior podemos decir que existe en el ser humano una necesidad metafísica originaria, imposible arrancar de su naturaleza pensante. Para erradicar esa necesidad sería preciso aniquilar antes su razón, anular su pensamiento, lo cual es imposible, pues es propia a su naturaleza, algo que lo distingue del resto de los seres. De manera que, dirá Schopenhauer, la metafísica es tan necesaria al espíritu o pensamiento humano como lo es el alimento para nuestro cuerpo.

No hay hombre que pueda prescindir de la metafísica, es decir de explicaciones o respuestas a los problemas más íntimos que lo aquejan. ¿Esto significa que todos los humanos construyen su teoría metafísica para dar cuenta de la muerte y de su circunstancia existencial respecto a esta? Schopenhauer nos responde que no es así. Pues este filósofo distingue entre necesidad y capacidad.

La metafísica es una necesidad para el hombre porque no puede prescindir de explicaciones, de respuestas a los problemas más inquietantes que lo aquejan. Pero, ello no significa que todos los hombres estén dispuestos a la investigación, a los conocimientos y reflexión profunda de los problemas o rasgos del mundo que lo aquejan.

La capacidad de cada individuo para la reflexión metafísica está condicionada por el grado de desarrollo de su inteligencia y el nivel de esfuerzo que esté dispuesto a dar para ello. “Tales cosas demuestran que la capacidad metafísica no va de la mano con la necesidad metafísica.”²¹ Es decir, el no tener capacidad para la reflexión metafísica profunda (como un niño, por ejemplo), no significa que no se tenga la necesidad de esta. Pues como ya se dijo, el hombre es un animal metafísico por naturaleza.

²⁰ Ernest Becker, *El eclipse de la muerte*, p. 31

²¹ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación II*, p. 200

Hay quienes con una correcta disposición del espíritu indagan acerca de la esencia del mundo, de la vida y del hombre mismo, para alcanzar en su forma más pura y elevada un conocimiento metafísico. Pero quienes no han alcanzado un grado de desarrollo de su intelecto se conforman con tomar prestadas, adoptar o asumir concepciones o teorías metafísicas que otros han aportado. El ejemplo más claro, según Schopenhauer, es la conversión de la gran mayoría de las personas a las religiones oficiales. Dice al respecto: “Templos e iglesias, pagodas y mezquitas en todos los tiempos, en esplendor y tamaño, dan testimonio de la necesidad metafísica del hombre, que fuerte e indestructible, pisa los talones a la física.”²²

A lo largo de la historia siempre han existido personas que conociendo la necesidad metafísica de todos los seres humanos, y de la incapacidad o falta de disposición de la gran mayoría, para la indagación y reflexión de esta índole, han sacado provecho de ello, orientando esa necesidad metafísica para el logro de sus propios intereses. Schopenhauer menciona que entre las personas que han sacado mayor ventaja de ello, está el clero, los profesores de filosofía, y los “guías espirituales” quienes lucran con dicha necesidad.

Sin embargo, nunca ha faltado gente que se ha esforzado en asegurar su sustento sobre aquella necesidad metafísica del hombre y explotarla todo lo posible; por eso en todos los pueblos hay quienes la monopolizan y se convierten en sus arrendatarios universales: los sacerdotes. Su oficio lo tendrían asegurado siempre que conservaran el derecho de inculcar a los hombres sus dogmas metafísicos muy temprano, antes de que el juicio haya despertado de su sueño matutino, o sea, en la primera niñez: pues es entonces cuando cualquier dogma bien inculcado, por muy absurdo que sea, queda adherido para siempre. Si tuviera que esperar hasta que el juicio madure, no podrían mantenerse sus privilegios.²³

²² *Ibidem.* p. 200

²³ *Ibid.* pp. 200-201

Pero, ¿por qué el hombre es un animal metafísico? o ¿por qué tiene necesidad de la metafísica?

Primero porque siendo de su naturaleza la razón, existe en el hombre una tendencia natural al conocimiento abstracto. Ese conocimiento que persigue el hombre es fundamental porque exige una explicación sobre el mundo, sobre los fenómenos de la naturaleza y de todas las cosas, yendo más allá de las cosas mismas. El hombre está en un viaje de búsqueda, humanamente interminable. Reflexiona y teoriza sobre las causas y motivos de las fuerzas destructoras de la naturaleza, del dolor y sufrimiento en la vida, del egoísmo y crueldad en el hombre, sobre los males en el mundo humano, los dolores que lo aquejan, sus pesares, miedos y preocupaciones respecto a la muerte, y de todo aquello que se le presenta como inexplicable, misterioso o enigmático.

En segundo término, hay una necesidad metafísica en el hombre por el asombro, por el impacto que experimenta el ser humano ante lo infinito, Ese asombro del ser humano lleva implícitos dos aspectos centrales en su vivencia: uno, el reconocimiento de la finitud que le impone la muerte al hombre, y dos, la inutilidad y fracaso de todos sus esfuerzos frente a ella. Lo que lo obliga a darse a sí mismo explicaciones metafísicas que den cuenta de todo lo que le acontece, para poder conocer y comprender su naturaleza, su existencia, así como la relación y vínculo que guarda con el todo. El pavor que experimentan los hombres ante la muerte los convierte en indagadores acerca de su destino final, configurándolos como seres metafísicos.

En tercer término, hay una necesidad metafísica del hombre porque tiene que asumir una actitud, una postura, una manera de conducirse ante la realidad inevitable, y emprender una serie de acciones o renuncias, para resolver o enfrentar el conflicto existencial que le provoca la conciencia sobre su propia muerte.

Filosofar es prepararse para la muerte. Pues el conocimiento que lleva al hombre a caer en la cuenta de que es mortal, caída en sentido literal, lo hace salir de su estado de inocencia para lanzarlo al vacío descomunal de la finitud y mortalidad. Lo que

exige establecer criterios y normas de conducta congruentes con el conocimiento que se tiene de la naturaleza del ser humano. “Puede, por consiguiente, tomar sabias disposiciones para después de su muerte; puede disimular hasta el punto de que nadie descubra sus sentimientos, llevándose su secreto a la tumba, y posee, por último un positivo poder de elección entre varios motivos.”²⁴

La pérdida de la inocencia respecto a la muerte es al mismo tiempo la entrada a la inquietud filosófica. A partir de ese momento, el individuo tendrá que soportar el peso de su existencia y la angustia de su soledad. Estado subjetivo inquietante, de miedo y angustia ante la idea de la muerte y la certeza de su finitud, asuntos que lo llevan a buscar respuestas a sus preguntas, respuestas que alivien su angustia o le den consuelo.

La filosofía, según Schopenhauer, es el único saber que nos hace afrontar con claridad dicha realidad. Ningún saber llega tan lejos ni tan profundo como la filosofía. La metafísica nace de la certidumbre de la muerte y del dolor y sufrimiento humano, mismos que se convierten en la tarea central del filósofo.

Por lo tanto, en el pensamiento de Schopenhauer hemos de entender a la metafísica como una disciplina que nace con la idea de la muerte y que se plantea como uno de los problemas centrales de estudio a la muerte misma. La muerte se convierte así en el punto de partida, punto central y punto final de toda indagación y especulación metafísica.

²⁴ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación I*, p. 52.

B. LA METAFÍSICA Y LA TEORÍA DEL MUNDO Y DE LA VIDA

Este mundo visible contiene una lección acerca del mundo invisible.²⁵

Orígenes

El punto de preocupación original y fundamental de la filosofía, para Schopenhauer es, como vimos, dar cuenta de la esencia del mundo, del fundamento último de la realidad. Preocupación que lleva implícita la idea de que al poseer dicho conocimiento, se puede conocer, comprender y explicar cualquier otro problema que el hombre se formule sobre dicha realidad. Esta tarea corresponde a la metafísica. Y desde esta es que el filósofo de Frankfurt expone su teoría del mundo y la vida.

Para abordar, contextualizar y comprender la teoría de Schopenhauer sobre la muerte humana es preciso partir de sus ideas del mundo y de la vida, puesto que es a partir de éstas últimas que el filósofo configura las dimensiones y significados de la primera, como se verá a lo largo del trabajo.

1. El mundo como voluntad y como representación

¿Qué es el mundo para Schopenhauer? La respuesta a este planteamiento la encontramos en su principal obra: *El mundo como voluntad y representación*. Obra que, como vemos en el título mismo, supone ya dos modos de ser del mundo para el hombre; supone una diferenciación clara entre lo metafísico y lo físico; entre la esencia y la naturaleza como tal. Sin embargo, ambas constituyen una y la misma realidad, como será explicado más adelante.

El mundo para Schopenhauer se presenta de dos maneras²⁶: como *voluntad en sí* y como *representación*. La *voluntad en sí* es la esencia secreta de todas las cosas,

²⁵ <https://fenixloyley.wordpress.com/page/3/>

²⁶ Schopenhauer recibe influencia de Emmanuel Kant respecto a la distinción que hace este último entre *fenómeno* y *noúmeno*. El *fenómeno* es el mundo susceptible de intuición empírica, es decir de conocimiento; mientras que el *noúmeno* es el mundo en sí mismo, desconocido para el hombre puesto que no se refiere a cosa alguna que se pueda limitar espacial o temporalmente. Dice Kant en su *Crítica de la razón pura*: "Nuestro entendimiento recibe pues de esa manera una ampliación negativa, es decir, no es limitado por la sensibilidad, sino que más bien limita la sensibilidad, dando el nombre de noúmenos a las

el fundamento último de todo cuanto es o existe físicamente. La *voluntad en sí* es un principio universal del cual todo surge y a lo cual todo retorna. Lo propio a la *voluntad en sí* es el de ser eterna, infinita e inagotable.

Mientras que el *mundo como representación* es el mundo de los fenómenos, el universo físico, el mundo como naturaleza tal como lo percibe y lo conoce el hombre. Es el mundo de lo múltiple y lo diverso, el mundo de géneros y especies. El *mundo como representación* es el mundo de la individuación, de lo efímero, de lo caduco, de lo fugaz. El *mundo como representación* es el mundo del devenir, donde ningún individuo es o permanece para siempre.

Nos encontramos con una dualidad en principio absoluta –el mundo es, por una parte, representación y *nada más que* representación, por otra, Voluntad y *nada más que* Voluntad– referida, no obstante, a una misma realidad –el mundo– y que haya su punto de intersección en el sujeto –el mundo es *mi* representación y el mundo es *mi* voluntad–, con lo que se configura como una dualidad de aproximaciones subjetivas a la realidad.²⁷

Partimos de la tesis de que la *voluntad en sí*, en el pensamiento de Schopenhauer, es un principio cosmológico, ontológico, antropológico y gnoseológico. Constituye un principio cosmológico porque, según él, toda indagación y explicación acerca del origen, forma y funcionamiento del universo lleva necesariamente al hombre a un reconocimiento de una sustancia primigenia, de la esencia misma de este. Y la voluntad en sí, para este filósofo, es la fuerza que impulsa y hace posible todo fenómeno en la naturaleza (por ejemplo las reacciones físico-químicas de la materia, el movimiento de los astros, el funcionamiento de los órganos vitales, la vida, el pensamiento, etc.). No hay otra cosa que ponga a la naturaleza en movimiento que la voluntad misma.

cosas en sí mismas (no consideradas como fenómenos). Pero enseguida también se pone el mismo límites, los de no conocer esos noúmenos por medio de las categorías y por tanto, de pensarlos tan sólo bajo el nombre de un algo desconocido." pp. 151 y 152. Schopenhauer hace la distinción entre voluntad en sí (Noúmeno) y representación (fenómeno).

²⁷ Ana Isabel Rábade Obradó, *Conciencia y dolor. Schopenhauer y la crisis de la modernidad*, p. 60.

Que esta voluntad, que es la única cosa en sí, lo único verdaderamente real, lo único originario y metafísico, en un mundo en que todo lo demás no es más que fenómenos, es decir, mera representación, que esta voluntad, digo, presta a cada cosa, sea la que fuere, la fuerza porque puede existir y obrar, que, por consiguiente, no sólo las acciones arbitrarias de los animales, sino hasta los instintos orgánicos de su cuerpo animado y la forma y la constitución misma de ellos, hasta la vegetación de las plantas, y, por último, en el reino inorgánico, la cristalización, y, en general, toda fuerza originaria que se manifieste en fenómenos físico-químicos y hasta la gravedad misma que todo esto en sí, y fuera de la representación, es lo mismo que en nosotros hallamos cual *voluntad*, de la que tenemos el conocimiento más inmediato e íntimo que cabe.²⁸

Y si el mundo es uno y el mismo, ¿a qué se debe la dual diferenciación de la realidad? Ontológicamente la voluntad en sí (esencia) y la *physis* (representación) constituyen una y la misma realidad. La diferenciación entre una y otra es de carácter epistemológico, puesto que el ser pensante (sujeto) que toma conocimiento del mundo (objeto), debido a sus limitaciones, establece una escisión entre él y el mundo, entre el mundo objetivo y su fundamento. Esta distinción de la realidad solo es superada por un grado de abstracción superior que permite reconocer la unidad.

Filosóficamente es preciso aclarar la distinción que en un principio se reconoce entre el mundo objetivo (*physis*) y su fundamento, porque de otra manera se corre el riesgo de reducir la realidad al fenómeno, es decir, al mundo de las representaciones, a la objetivación de la voluntad en sí. Lo cual conduciría, dice Schopenhauer, a un burdo materialismo o en su caso a un radical naturalismo. Quedando sin resolver el misterio sobre el principio, la esencia o fundamento de esa realidad.

La naturaleza o *physis* tal como nos es dada, es solamente la representación fenoménica de la *voluntad en sí*. La representación objetiva de la voluntad, es decir, el universo, se muestra al sujeto de conocimiento como una multiplicidad de fenómenos y hechos empíricos, como una diversidad de seres y fenómenos que

²⁸ Arturo Schopenhauer, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, pp. 42-43

cambian, se modifican, se alteran. El mundo fenoménico, entonces, no es la *voluntad en sí*, sino su simple representación.

Sólo la voluntad es cosa en sí; y en cuanto tal no es representación sino algo diferente de ella, *toto genere*. Es aquello de lo cual toda representación, todo objeto, la apariencia, la visibilidad, es objetivación. Es lo más íntimo, el núcleo de todo lo individual, como también del universo; aparece en cada una de las fuerzas ciegas de la naturaleza, en la conducta reflexiva del hombre, que en toda su diversidad sólo se diferencia en el grado de sus manifestaciones, más no por la esencia del fenómeno.²⁹

El mundo como representación, para Schopenhauer, está sometido a las leyes de causalidad, de espacio y de tiempo. Lo que significa que todos y cada uno de los individuos están delimitados causal, espacial y temporalmente. ¿Qué quiere decir esto? Que en el mundo como representación cada ser o cosa, que forma parte de este, tiene un principio de su existencia, está localizado en un lugar específico y su existencia tiene un lapso de tiempo. En el mundo de las representaciones todo es mutable, inconsistente, efímero, fugaz, aparente, ilusorio. El mundo de las representaciones es como un simple sueño que es preciso descifrar para conocer el trasfondo del mismo, es decir su fundamento. Lo único verdadero, perenne, infinito e inagotable es ese fundamento, es decir, la *voluntad en sí*. “Establezco, pues, primeramente la *voluntad*, como *cosa en sí*, completamente originaria; en segundo lugar su mera sensibilización u objetivación, el cuerpo; y en tercer término el conocimiento, como mera función de una parte del cuerpo.”³⁰

Para este pensador, entonces, la *voluntad* no sólo es un principio cosmológico, porque nos permite dar cuenta del origen y constitución del universo, sino que además, nos atrevemos a decir que es un principio ontológico. ¿Por qué? Porque Schopenhauer afirma que la voluntad en sí, constituye la esencia secreta de todos los seres de la naturaleza, incluyendo al hombre. El ser de todas las cosas es la *voluntad en sí*. “En mi doctrina, lo eterno e indestructible en el hombre, lo que forma

²⁹ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Vol. I, p. 125.

³⁰ Arturo Schopenhauer, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, p. 64.

en él el principio de vida, no es el alma, sino que es, sirviéndonos de una expresión química, el radical del alma, la *voluntad*.”³¹ La voluntad en sí es el sustrato íntimo e indestructible de todo cuanto existe. La voluntad en sí es como una fuente infinita e inagotable que se manifiesta objetivamente de múltiples formas, siendo la vida, la razón humana y el conocimiento abstracto los grados máximos de su representación.

Por lo anterior podemos decir que la voluntad en sí es también un principio antropológico y gnosciológico porque la naturaleza y características propias del hombre, por sublimes y elevadas que nos parezcan, no son más que ciertas maneras de manifestarse de la *voluntad en sí*. Luego formulemos y respondamos a dos cuestiones fundamentales: ¿existe una diferencia ontológica entre el hombre y los demás seres vivos? ¿Esa diferencia coloca al hombre en un puesto privilegiado? En la concepción antropológica de Schopenhauer no existe diferencia ontológica alguna entre el hombre y el resto de los seres. Las diferencias entre los seres son accidentales y responden a las distintas formas de expresión de la voluntad. Es, decir, todos tienen una y la misma esencia.

La diferencia entre el hombre y los demás seres radica en los grados de expresión de la *voluntad en sí*. Pero estas formas y grados de objetivación de la *voluntad en sí* sólo existen en el mundo de los fenómenos. Esa diferencia de grado está claramente marcada por la facultad racional en el hombre y su capacidad de conocimiento abstracto. Nuestro autor dice textualmente: “La principal diferencia entre todas nuestras representaciones es que son, intuitivas o abstractas. Esta última clase está constituida por una sola especie de representaciones, los conceptos; y éstos son propiedad exclusiva del hombre, en el cual la capacidad de formar conceptos, que le distinguen de todos los animales, es llamada *razón*”³²

Pero esas facultades de las que tanto hace alarde el hombre (razón y conocimiento abstracto), dirá Schopenhauer, no corresponden a una diferencia esencial con los

³¹ Ibid. p. 63

³² Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 24

demás seres, pues son meros aspectos accidentales, tanto como el que el león ruge, el erizo tiene púas, las aves alas, etc. Ciertamente que en dichos accidentes la diferencia se torna contundente, y los caminos del hombre y el de los demás animales parecen separarse. Pues sólo el hombre se forma una concepción abstracta del mundo. Sólo el hombre tiene un conocimiento especulativo del universo, de la vida y de sí mismo. El único que agrega al mundo de la naturaleza la cultura. Pero el trasfondo y principio de esas “grandezas humanas” es la *voluntad en sí*, esa fuerza que impulsa y motiva la generación y desaparición de los seres finitos.

Todo conocimiento abstracto tiene por condición un sujeto pensante (hombre) y un objeto (*physis*). “No hay otra verdad más cierta, más independiente ni que necesite menos pruebas que la de que todo lo que puede ser conocido, es decir, el universo entero, no es objeto más que para un sujeto, percepción del que percibe; en una palabra: representación.”³³

Schopenhauer afirma que el conocimiento abstracto es exclusivo del hombre. Dice que las estrellas, las plantas y todo cuanto podamos referir no existirían sin ojos que las vieses y sin entendimientos que los comprendiesen.³⁴ Los animales pueden conocer intuitivamente, pero sólo el hombre se forma conceptos y da cuenta del mundo.

Lo cual quiere decir que el universo existe en cuanto que hay un sujeto que toma conciencia de él, que lo percibe, que lo piensa, que se lo representa. Pero la facultad racional y las capacidades que de ella se derivan, exaltadas por muchos filósofos a lo largo de los siglos, en esencia no le da al hombre un puesto privilegiado. Al contrario, la razón y la capacidad de abstracción tiene grandes desventajas para el ser pensante. Una de las desventajas es que lo capacita para sufrir más que cualquier otro animal, puesto que por su capacidad racional, por la

³³ Ibid. p. 21

³⁴ Cfr. Ibid. p. 46

facultad de formar conceptos, por el poder cobrar conciencia de la realidad, se da cuenta de su condición de humano, de su situación mísera e indigente en el mundo.

Esta nueva conciencia de alta potencialidad, este reflejo abstracto de todo lo intuitivo en conceptos no intuitivos de la razón es lo único que da al hombre esa discreción que tanto le distingue de los animales y por lo cual su peregrinación sobre la tierra aparece tan diferente de la de sus hermanos, los seres irracionales. A la vez los excede en poder y en sufrimiento.³⁵

Si se pretendiese justificar la grandeza del hombre sólo sería en virtud de que es en su capacidad de conocimiento, donde la voluntad cobra conciencia de sí misma. Pues la *voluntad en sí* es un principio gnoseológico porque, como Schopenhauer explica, el conocimiento es una función del cerebro (del cuerpo) que responde a los fines propios de dicha voluntad.

El conocimiento en general, tanto el racional, como el puramente intuitivo, tiene, pues, su fuente en la voluntad, corresponde esencialmente a los grados superiores de objetivación como una simple *μηχανή* como medio para la conservación del individuo y de la especie, lo mismo que cada órgano del cuerpo. Al servicio de la voluntad, en su origen, para la realización de los fines de ésta, casi siempre está pronto a servirla sin reserva, y esto en todos los hombres y en casi todos los animales.³⁶

Luego entonces, el impulso y propósito último del conocimiento del hombre, tanto en su aspecto objetivo como subjetivo, es la voluntad. Por ello para conocer y comprender al hombre metafísicamente es preciso remontarse a la fuente de la cual brota cuanta realidad humana podemos concebir.

De manera que la voluntad en sí es un impulso ciego que se manifiesta en las fuerzas de la naturaleza, en las formas, en las cosas, en las cualidades, en los fenómenos, en el movimiento de los cuerpos, en el funcionamiento de los órganos, en la razón o pensamiento del hombre. La voluntad en sí es un movimiento primario

³⁵ Ibid. p. 52

³⁶ Ibid. p. 165

y vital, ciego y arrebatador, que sólo en la razón del hombre parece adquirir un fin, un propósito, un objetivo Aunque en sentido estricto esa razón está condicionada desde su origen por la voluntad en sí, que es lo único absolutamente libre, pues siendo fundamento de todo no está determinada, condicionada, sujeta o limitada por cosa alguna, mucho menos por las leyes del conocimiento (espacio, tiempo y causalidad). “Que la voluntad, como tal, es libre, se deduce del hecho de considerarla como cosa en sí, como el contenido del fenómeno.”³⁷

Schopenhauer parte, en su teoría del conocimiento, de lo que él considera una verdad *a priori* irrefutable: *El mundo es mi representación*. Lo cual significa que las cosas existen sólo en cuanto que existe un sujeto de conocimiento que lo percibe y se forma conceptos sobre él.

Pero, entonces, ¿cómo es que el hombre sabe de la voluntad en sí, cuando sólo conoce su representación objetiva? El conocimiento que hace el hombre del mundo es posible a través de la intuición (experiencia sensible) y de la capacidad de abstracción de la razón. Como se mencionó, los cuerpos constituyen la forma inmediata de representación de la voluntad. El cuerpo humano por lo tanto constituye la vía o medio a través del cual se sabe de modo directo (intuición) sobre la voluntad. El hombre es sujeto cognoscente y objeto de conocimiento de sí mismo. El hombre es el punto de enlace entre la voluntad en sí y la representación. Lo cual tiene una gran ventaja para formarse una concepción unitaria de la realidad.

El hombre puede dar cuenta de la voluntad, porque es voluntad. Para acceder a la esencia propia e íntima de las cosas, a la que no es posible conocer desde fuera, se abre un camino secreto e íntimo para llegar a ella, una especie de conexión secreta: la experiencia interna. Sólo a través del cuerpo se llega a la voluntad en sí. La experiencia externa y la interna son dos fuentes de conocimiento, son dos vías para comprender el mundo fenoménico, pero sólo la interna permite la aproximación a la voluntad en sí.

³⁷ Ibid. p. 165.

El conocimiento de la voluntad en sí se realiza *a posteriori*, es decir, a partir de la intuición o experiencia interna. La percepción del movimiento del cuerpo, del funcionamiento de los órganos, aparatos y sistemas; la fuerza de los instintos, impulsos, pasiones constituyen (desde el interior del sujeto) la experiencia y certeza más clara de que hay una fuerza metafísica, un impulso primero que hace posible todo lo anterior. Pues no hay mecanismos externos que motiven su natural funcionamiento e inclinación.

“No podríamos, sin embargo, tener esta intuición sin el conocimiento inmediato de cierta acción que nos sirva de punto de partida. Y esta acción es la acción de nuestro cuerpo. En tal sentido, el cuerpo es *objeto inmediato* del sujeto, porque sirve de medio para la intuición de todos los demás objetos, [...]”³⁸ El cuerpo es el medio por el cual se conocen de manera inmediata todos los cambios operados en él, es decir, se sienten, se experimentan. Y a toda sensación se le atribuye una causa, por lo que se infiere, que hay algo anterior a esta, que la motiva. El hombre tiene conocimiento de la voluntad en sí desde su interior, de manera subjetiva.

¿Cómo explicar lo anterior? Schopenhauer sostiene que el cuerpo es voluntad hecha visible y todas las acciones de los cuerpos son fenómenos de la voluntad. Todo movimiento es fenómeno de la voluntad y todo acto es acto de voluntad.

Para Schopenhauer la naturaleza, el espíritu humano y su derivado (la cultura), tienen su fundamento en la voluntad en sí. No hay nada que escape o sea independiente de la voluntad. Desde esta teoría del mundo, la naturaleza, el hombre y todo fenómeno humano está condicionado por uno y el mismo principio: La voluntad.

³⁸ Ibid. p. 29.

2. La vida como dolor y sufrimiento

¿Qué es la vida para Schopenhauer? De la concepción del mundo que tiene este filósofo, se desprende su concepción trágica de la vida. Para él la vida es dolor y sufrimiento constante.

La vida es el máximo grado de expresión de la voluntad. La vida es naturaleza (fenómeno), donde los seres que la constituyen son una objetivación de la voluntad en sí, en distintos grados, desde los vegetales, hasta el animal racional. Pero, la voluntad es un impulso ciego, un ímpetu irracional, una sorda agitación en la que su único fin implícito de la voluntad es la conservación de sí misma, siendo ajena a lo que afecta o acontece en la naturaleza. De esto se deriva que la vida es dolor y sufrimiento constante para los seres vivos, porque sin saberlo responden de múltiples formas a los fines de la voluntad misma.

Considerada desde lo que podríamos denominar su «estado natural» la voluntad es afirmación absoluta de sí misma. La voluntad es voluntad de vivir, un querer perpetuo e insaciable que no tiene más fin que mantenerse en el ser. Toda vida y, en general, toda existencia, es el resultado fenoménico de esa afirmación rotunda de la voluntad. La naturaleza toda es el escenario en el que la voluntad despliega objetivamente ese querer, perpetuando así sus propias contradicciones. Porque todo querer –sostiene Schopenhauer- nace de la necesidad, la carencia y el sufrimiento.³⁹

La voluntad en sí, esa fuerza ciega y arrebatadora se manifiesta con toda su potencia en la naturaleza, particularmente en y contra los seres vivos. Schopenhauer plantea que el dolor es inherente a la vida. Donde hay vida hay dolor. Dice de manera textual: “...en esencia, *toda la vida es dolor*.”⁴⁰

El filósofo distingue entre el dolor en los animales y el dolor en el humano. ¿Por qué? Porque como se dijo anteriormente, mientras más evolucionado esté un ser vivo mayor será el dolor padecido. Como se mencionó, a diferencia de los animales,

³⁹ Arturo Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Introducción de Pilar López de Santa María, p. XIII.

⁴⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 314.

el hombre es un ser racional, un ser pensante, capaz de tomar conciencia de su condición de mortal. Los animales al igual que el hombre sufren constantemente, la diferencia radica en el grado de dolor. Es decir, mientras más clara sea la revelación de la voluntad, mayor será la experiencia de dolor y sufrimiento en los seres vivos.

En sentido estricto, en la planta no encontramos sensibilidad ni dolor. Los animales inferiores, los infusorios y los radiados son incapaces del más mínimo dolor; en los insectos, la facultad de sentir y padecer es muy limitada. En cambio, en el sistema nervioso de los vertebrados llega a su máximo y se desarrolla en la proporción en que crece la inteligencia. A medida que el conocimiento se hace más claro y la conciencia se desarrolla, el dolor aumenta, llegando a culminar en el hombre.⁴¹

¿Qué significa lo anterior? Significa que la conciencia constituye un despertar a la realidad, un conocimiento y reflexión sobre la esencia de la vida: el dolor. De manera que el hombre no sólo experimenta el dolor físico, sino que al tener mayor conocimiento del mundo y de la vida, toma conciencia de su propio dolor, generándose en él, como consecuencia, el sufrimiento.

Ahora bien, no todos los seres humanos sufren de la misma manera, ni en el mismo grado, pues ello depende del nivel de conocimiento, del nivel de razonamiento y grado de conciencia en que se encuentre cada individuo. “Cuanta más lucidez de conocimiento posee el hombre y más elevada es su inteligencia, más violentos son sus dolores. El genio es el que más padece.”⁴²

Lo anterior explica por qué la gran mayoría de los hombres, viviendo en la inconsciencia se aventuran a satisfacer sus instintos, deseos y necesidades sin reparar en las consecuencias. Van por el mundo, sordos y ciegos sin reparar en el sufrimiento que conlleva el vivir. Lo cual no significa que no experimenten el dolor o que en algún momento no experimenten el sufrimiento, al contrario, al no reparar en el dolor y sufrimiento que les puede causar su hambre insaciable de satisfacción de

⁴¹ Ibid. p. 313.

⁴² Ibidem. p. 313.

sus deseos o necesidades, la voluntad sigue su curso sin traba alguna, lo que intensifica el sufrimiento que se pretendía evitar.

La vida es una lucha continua por la existencia, con la certidumbre de una derrota final. La vida es un mar de dolor y sufrimiento, y aquel que se esfuerza con prudencia por librar o disminuir el dolor, lo aqueja la conciencia de su condición de mortal, el sufrimiento anticipado ante ese camino sin retorno que lo conduce a su destino final: la muerte. Schopenhauer coincide en este punto con el austriaco Sigmund Freud quien sostiene que en la psique humana, y en la naturaleza viva, se entabla una lucha dialéctica entre dos fuerzas opuestas e inseparables: *Eros* y *Thánatos*⁴³. *Eros* es la fuerza que representa los instintos más primitivos que impulsan al individuo a vida, teniendo su más clara expresión en el amor, el deseo, el hambre, la supervivencia, el impulso sexual. *Eros* es una tendencia a la integración, a la conservación y reproducción de la vida. *Thánatos*, por el contrario, representa el instinto de la muerte, manifestándose en forma de pulsiones que tienden a la autodestrucción, al sufrimiento, al dolor, a la desintegración del individuo. Este impulso interno tiene como fin hacer que el organismo muera y vuelva a un estado de inanimado. Ambos instintos están presentes en cada ser vivo, desde su nacimiento, en una lucha permanente donde *Thánatos* resulta vencedor en cada individuo. “Basándonos en reflexiones teóricas, apoyadas en la Biología, supusimos la existencia de un instinto de muerte, cuya misión es hacer retornar todo lo orgánico animado al estado inanimado, en contraposición al *Eros*, cuyo fin es complicar la vida, y conservarla así, por medio de una síntesis cada vez más amplia de la sustancia viva, dividida en partículas.”⁴⁴

Schopenhauer en ese mismo tenor sostiene que la esencia de la vida es el deseo constante, el querer que surge de la necesidad, la carencia y el sufrimiento propios del vivir. La satisfacción plena es imposible, puesto que apenas el hombre ve cumplido un deseo o satisfecha una necesidad, surgen otros tantos. Cuando en hay

⁴³ *Eros* y *Thanatos* son términos que Freud tomó de la mitología griega y que utilizó para referirse dos instintos básicos que actúan en la psique humana, que son los instintos de vida y muerte.

⁴⁴ Sigmund, Freud. *El yo y el ello*, p. 32.

un lapso de satisfacción, entonces viene el tedio, el aburrimiento con lo cual tiene que lidiar.

Luego, la vida del ser humano se desenvuelve entre el deseo, la necesidad, el aburrimiento, el tedio, la desesperanza y la frustración. Vivir es navegar en un mar inmenso de desgracias e infortunios. La vida es el escenario donde se tejen y se representan dramas, comedias y tragedias humanas.

Pero, ¿qué es lo que provoca dolor y sufrimiento en el mundo? Schopenhauer sostiene que es el egoísmo incontrollable de cada uno de los seres. Y el egoísmo, (que para Freud es la lucha de las dos fuerzas Eros y Thánatos), no es más que la fuerza ciega e incontenible de la voluntad en sí que trasladada al mundo fenoménico se traduce en una lucha feroz por la supervivencia, es decir, por la afirmación de la voluntad. La voluntad en sí se traduce, en el mundo fenoménico, en un egoísmo universal.⁴⁵

Al objetivarse la voluntad en sí, en los seres, esta se manifiesta como una fuerza avasalladora que los impulsa a la conservación de su propia vida. Así que cada individuo luchará tenazmente para satisfacer sus necesidades y carencias, a fin de sobrevivir, de preservar su existencia y de afirmarse ante los demás. “Porque es fenómeno, el individuo se afirma en su peculiaridad frente a los otros; pero porque es voluntad, esa afirmación es ilimitada. De ahí que el impulso fundamental de todo existente sea el egoísmo; un egoísmo colosal y gigantesco, que tiene como máxima: «Que perezca el mundo mientras yo me salve.»⁴⁶

El egoísmo no sólo es la fuerza descomunal que impulsa a los seres a seguir luchando cada segundo para vivir, también es la fuerza que, desde el punto de vista ético, es motivo de perversión, inmoralidad y sufrimiento humano.

Todo el mal del mundo emana de la voluntad de vivir, de sus manifestaciones, el egoísmo y autoafirmación de los individuos, dando lugar al conflicto cotidiano, en la

⁴⁵ Cfr. Arturo Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Introducción de Pilar López Santa María, p. XIV.

⁴⁶ *Ibidem*, p. XIV.

pretensión de asegurarse la vida y evitar a toda costa la muerte. El dolor y sufrimiento del hombre tienen su origen en la voluntad, manifestándose objetivamente en sus formas naturales y culturales.

Las causas naturales del dolor y sufrimiento humano se manifiestan constantemente. El temor y la ansiedad frente a la muerte tienen sin duda un valor biológico, ya que nos alejan de situaciones de riesgo vital que pondrían en peligro la sobrevivencia de la especie.

Desde que el hombre nace, su cuerpo está condenado a morir. Por lo cual tiene que luchar en cada instante para no perecer. Respirar, comer, beber agua, protegerse de las altas temperaturas, de la contaminación, de las bacterias o microbios es una lucha férrea por sobrevivir. El hombre, biológicamente, es un animal de presa y un depredador.

El ser humano está arrojado al mundo, desprotegido, desamparado. El ser humano es un ser de carencias, un ser mísero. Su existencia oscila entre el dolor y el hastío. “Por su origen y por su esencia, la voluntad está condenada al dolor. Cuando ha satisfecho todas sus aspiraciones siente un vacío aterrador, el tedio; es decir, en otros términos, que la existencia misma se convierte en una carga insoportable.”⁴⁷

El hombre, como la expresión más elevada de la voluntad, es capaz de pensar y razonar. Y lamentablemente, en su lucha desesperada por sobrevivir, crea mecanismos y estrategias para dominar y controlar a los de su especie, en esa eterna lucha por la vida y la felicidad. De manera que es el único que toma conciencia de su dolor y sufrimiento, pero también es el único que hace sufrir innecesariamente a los de su propia especie en una continua guerra a muerte, en pos de lo que considera una vida ideal.

⁴⁷ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 315.

C. LA METAFÍSICA Y LA CONCEPCIÓN DE LA MUERTE HUMANA

La concepción de Schopenhauer sobre la muerte humana está en relación directa con la diferenciación que hace entre el mundo como voluntad en sí y el mundo como representación.

Considerando dicha diferenciación nos encontramos que este pensador alemán concibe a la muerte de dos maneras: Una, desde su dimensión metafísica y otra, desde su dimensión física. En la primera, su concepción de la muerte está referida al mundo como voluntad en sí, a la esencia misma del hombre. Mientras que en la segunda, su concepción está referida al mundo como representación, como universo, como fenómeno, como devenir. En el primer caso reconoce al hombre como indestructible, eterno inmortal. En el segundo caso lo reconoce como efímero, fugaz y finito.

Luego entonces, en la filosofía de Schopenhauer nos topamos con dos concepciones sobre la muerte humana, dos formas de entenderla, como a continuación se expone.

1. La muerte humana en relación al mundo como voluntad en sí

Desde el punto de vista metafísico Schopenhauer concibe a la muerte de los seres humanos como una vuelta, como un retorno a su origen, a la voluntad en sí que permanece inalterable. La muerte del individuo no es más que el tránsito de la representación a la voluntad en sí.

Si consideramos la naturaleza del ser humano, desde el punto de vista metafísico, entonces la muerte adquiere una significación distinta en la filosofía de Schopenhauer. La muerte representa desde esta perspectiva el retorno del individuo que muere, al origen, a lo eterno, a lo indeterminado, a lo infinito: a la voluntad en sí, de la cual era su representación. “[...], el estado al que retornamos con la muerte es nuestro estado primigenio, es decir, el propio del ser cuya fuerza originaria se presenta en la creación y sostenimiento de la vida que ahora acaba.

Es, en concreto, el estado de la cosa en sí en oposición al fenómeno”.⁴⁸ Diríamos que con la muerte el hombre se funde a la Voluntad eterna de la cual es. Comprender el significado de la muerte del hombre en su sentido metafísico, es reconocer, para Schopenhauer, el carácter indestructible del ser del hombre.

El hombre como individuo, al igual que cualquier otro ser vivo, no es apto para persistir por siempre en el mundo físico, pues su destino es la muerte. Pero si reconocemos a la voluntad en sí como la realidad auténtica, entonces hemos de aceptar que con la muerte nada se pierde. Por el contrario, la existencia del hombre que muere subyace en forma distinta de la que fue manifestación. Este tipo de existencia, que se gana con la muerte, está fuera del tiempo, del espacio y del principio de causalidad.

Pues si sólo como fenómeno desaparece el individuo, siendo, como cosa en sí, independiente del tiempo, es decir, eterno, en cambio sólo como fenómeno es distinto de los demás objetos. Como cosa en sí es voluntad que se manifiesta en todas partes, y la muerte viene a desvanecer esa ilusión que le hace creer que su conciencia es distinta de la conciencia universal: en esto consiste su eternidad. La ausencia de la muerte, propiedad exclusiva de la cosa en sí, coincide como fenómeno, con la duración del resto del mundo exterior.⁴⁹

Desde la perspectiva del mundo como voluntad en sí, la muerte no es otra cosa que el instante en el que quien muere atraviesa todo límite. La muerte representa el momento en el que se rompen las cadenas y los condicionamientos que amarraban al individuo, en vida, al mundo de las representaciones. La muerte, pues, desata estos lazos. “La muerte es el momento de liberarse de la unilateralidad de aquella individualidad, | que no constituye el núcleo interno de nuestro ser, sino que más bien ha de ser considerada como una especie de extravió; la libertad verdadera y originaria vuelve a surgir en este instante que, en el sentido indicado, puede ser

⁴⁸ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena II*, p. 289

⁴⁹ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 288.

considerado como una *restitutio in integrum*.⁵⁰ Con la muerte el hombre alcanza la liberación de toda atadura, de todo apego, de todo dolor y sufrimiento. La voluntad en sí, esencia del hombre, alcanza la libertad propia de su naturaleza.

En el mundo de las representaciones el hombre como individuo es un ser finito cuyo término acontece con la muerte. Pero, “La voluntad, en cuanto cosa en sí, constituye la esencia íntima, verdadera e indestructible del hombre.”⁵¹ Luego, siendo su esencia infinita, hemos de considerar con la muerte la continuidad de su existencia. “Así como al irrumpir la noche desaparece el mundo sin por ello dejar de existir un solo instante, también el hombre y el animal perecen en apariencia con la muerte, pero su verdadera esencia queda intacta.”⁵² ¿Por qué? Porque la muerte, en realidad es como una simple vibración en el continuo “revivir” en la incesante e inagotable manifestación de la voluntad.

Para fundamentar su tesis, de lo indestructible del ser del hombre con la muerte, Schopenhauer desarrolla una apología de la constancia y permanencia tanto de la *materia* como de la *fuerza* que impulsa a la vida (Voluntad de vivir).

En lo que respecta a la materia, sostiene que siendo esta la substancia constitutiva de todos los cuerpos, incluyendo el del ser humano, se conserva siempre la misma a pesar de las múltiples transformaciones que puedan sufrir estos. Sin ser afectada la materia por la desintegración de los cuerpos, por la formación o surgimiento de nuevos seres, por el nacimiento y muerte de los individuos orgánicos, se conserva eternamente, pues no aumenta ni disminuye, sino que es siempre la misma.

El nacimiento y la muerte, la destrucción y la renovación, se enlazan en una eterna cadena. El aire que respiramos, los animales y las plantas que nos alimentan, el agua que nos hidrata, el sol con su luz y calor que nos llega, etc., nos prestan la misma substancia, dirá Schopenhauer, que formaba parte de los cuerpos de nuestros antecesores hace millares de años.

⁵⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación. II*, p. 562. *restitutio in integrum* (restitución al estado anterior).

⁵¹ *Ibid.*, p. 239

⁵² *Ibid.*, pp. 531- 532

Hemos de entender entonces que al morir el ser humano su cuerpo sufre una serie de transformaciones hasta desintegrarse. Pero la materia que lo constituía, convertida en polvo o ceniza, se conserva cuantitativamente la misma. Es decir, la materia constitutiva del cuerpo sufre cambios cualitativos, porque ha pasado de un estado a otro, se han modificado sus accidentes, pero no la sustancia en sí.

La tesis de Schopenhauer, sobre la eterna continuidad de la materia, puede ser apuntalada con las aseveraciones de dos científicos reconocidos: el químico francés Antoine-Laurent Lavoisier y el médico y filósofo alemán Luis Büchner. El primero sostiene la conocida frase “La materia no se crea ni se destruye solo se transforma”.⁵³ Explica que un cambio, ya sea físico o químico, no provoca la creación o destrucción de la materia en sí misma, sino solamente una reorganización de sus elementos constitutivos. El segundo sostiene que la transformación de la materia no significa la destrucción de sus elementos. Por ejemplo, dice que si quemamos un pedazo de madera, una vez convertida en ceniza los elementos se conservan: “«El carbono que formaba parte de la madera –dice– es imperecedero, es eterno y tan indestructible como el hidrógeno y el oxígeno con quienes ha estado en combinación en la madera. Esta combinación y la forma que afectaba son perecederas; la materia, por el contrario, jamás queda destruida.»”⁵⁴

De lo cual se deriva que la substancia (materia) es anterior a la forma (individuación). Un átomo de oxígeno o nitrógeno o carbono, etc., seguirá existiendo, sea cual sea el cuerpo en que se encuentre.

De su tesis de la eterna permanencia de la materia, Schopenhauer sostiene la indestructibilidad del ser del hombre con la muerte, en el sentido en que la materia, sustancia constituyente de su cuerpo, es eterna. Al morir una persona y desintegrarse su cuerpo, los elementos propios que lo conformaban persisten, reorganizándose de otra forma en la naturaleza.

⁵³ Ignacio, S.J. Puig, *Curso general de química, editorial Marín*, México 1961. P. 135

⁵⁴ Cfr. <http://www.filosofia.org/mat/mml85502.htm> Luis Büchner. Fuerza y materia. Inmortalidad de la materia. Estudios populares de historia y filosofía naturales

Para este filósofo, el hombre al morir y desintegrarse su cuerpo, este queda físicamente convertido en ceniza o polvo. Ceniza o polvo que en el misterioso y complejo proceso de su transformación de la materia adquirirá nuevas formas o modos de manifestarse. Ceniza o polvo que con sus propiedades fertilizantes dará lugar a plantas, luego a frutos, después a pan, a jugos nutritivos, a sangre, a espermatozoides, embrión, hombre y cadáver, y así sucesivamente, con lo cual para cada individuo tiene garantizada la inmortalidad.

Esa idea de Schopenhauer, hemos de ilustrarla con la frase bíblica que reza: “Con el sudor de tu frente comerás pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo volverás”⁵⁵. Es decir, el hombre viene del polvo y al polvo vuelve.

En otras palabras, con la muerte, el hombre nunca ha dejado de ser lo que siempre ha sido, porque la sustancia de su cuerpo perdura. Con la muerte, el hombre no se hunde en la nada. Su cuerpo convertido en polvo, en el proceso de transformación continua, en el devenir infinito, tomara diversas formas en su manifestación fenoménica, existiendo por siempre.

«¿Cómo _nos preguntaremos_ ha de considerarse la persistencia del simple polvo, de la tosca materia, como una permanencia de nuestro ser?» _ ¡Ojo! ¿Conocéis ese polvo? ¿Sabéis lo que es y de qué es capaz? Aprehendedlo antes de despreciarlo. Esa materia que ahora aparece en forma de polvo y ceniza muy pronto, disuelta en agua, se convertirá en cristal, brillará como metal, luego lanzará chispas eléctricas, mediante su tensión galvánica manifestará su fuerza que, descomponiendo las combinaciones más sólidas, reduce las tierras a metales: e incluso tomará por sí misma la forma de planta y animal, y desde su misterioso seno se desarrollará aquella vida ante cuya pérdida os inquietáis tan angustiosamente en vuestra limitación. ¿No supone ahora nada el

⁵⁵ La Biblia. Génesis 3:19

perdurar como tal materia? Afirmando con toda seriedad que esa misma permanencia de la materia atestigua el carácter indestructible de nuestro ser verdadero.⁵⁶

La materia a la que refiere Schopenhauer, no es la que percibimos, la materia en sí misma limitada espacial y temporalmente, sino a la materia primigenia, a la sustancia de todos los cuerpos de la que sólo se puede pensar a priori. Esa materia es, “[...] la materia bruta, amorfa –esa base del mundo empírico nunca percibida por sí misma pero supuesta como siempre permanente-, es el reflejo inmediato, la visibilidad en general de la cosa en sí, o sea, de la voluntad; [...]”⁵⁷ Dicha materia, en su persistencia absoluta asegura al hombre la indestructibilidad de su ser, alcanzando con ello la inmortalidad.

Otro de los postulados que sostiene Schopenhauer para sustentar su tesis, sobre el indestructible ser del hombre con la muerte, es el de la permanencia y constancia infinita de un principio o impulso vital. Principio que hace posible el movimiento de los astros, que vivifica a plantas, animales y al hombre, que obra activamente en los procesos internos del cuerpo, siendo suya la labor de la respiración, circulación de la sangre, la secreción, la digestión, etc.

“Mas el principio que nos vivifica hemos de pensarlo al menos como una fuerza natural, hasta que acaso una investigación más profunda nos permita conocer qué es en sí mismo. Así pues, ya tomada como fuerza natural, la fuerza vital permanece intacta frente al cambio de las formas y los estados que produce y que lleva consigo el nexo de las causas y efectos, y que son lo único que está sometido al nacer y perecer tal y como se presenta en la experiencia.”⁵⁸

⁵⁶ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. II. p. 524

⁵⁷ *Ibid.*, p. 525

⁵⁸ *Ibid.*, p. 524

Esa fuerza descomunal de la que habla Schopenhauer, es la fuerza que actuando sobre la materia organizada da lugar a la vida. Fuerza a la que refiere como el nexo de las causas en la evolución y desarrollo de los organismos. Esa fuerza que a lo largo de los siglos ha actuado incansablemente, dando lugar a la generación de nuevos seres vivos, es y será siempre la misma, Lo que significa que la fuerza que actuó en vidas que ya se han extinguido es la misma que actúa en las vidas que ahora afloran. Y el que la vida de un individuo o millones de individuos haya finalizado, no significa que la fuerza que los animo, que les dio movimiento también termine.

“Tanto menos podemos pensar que el cese de la vida sea la supresión del principio vital y de que por tanto la muerte sea el ocaso total del hombre. Por el hecho de que no exista ya el vigoroso brazo que hace tres mil años tensó el arco de Ulises, ningún entendimiento reflexivo y ordenado considerará totalmente desaparecida la fuerza que tan enérgicamente actuó en él; pero por lo mismo, en una reflexión ulterior, tampoco admitirá que la fuerza que hoy tensa el arco haya comenzado a existir con ese brazo. Mucho más cercana es la idea de que la fuerza que actuó en una vida extinguida es la misma que actúa en la que ahora aflora: esta idea es casi inevitable.”⁵⁹

Esta fuerza que, al igual que la materia, es constante pues se mantiene intacta ante la generación y muerte de millones de seres. Con la idea de esa fuerza vital permanente es prácticamente innegable que los millones de seres vivos que irrumpen con su existencia en el mundo físico, no hayan sido ya antes, y que los millones que mueren retornen al principio. Pues aquellos que vemos aparecer en la vida y los que vemos desaparecer con la muerte tienen la misma fuente de su ser. “[...] veo que en toda la naturaleza cada fenómeno individual es obra de una misma fuerza general que actúa en miles de fenómenos iguales.”⁶⁰

⁵⁹ *Ibidem.* p. 524

⁶⁰ *Ibid.* p. 523

Schopenhauer utiliza el término *palingenesia*⁶¹ para referirse al perpetuo renacimiento de la naturaleza⁶². Es decir, nuevo origen, generación, renacimiento de los seres después de su muerte, resurrección. Continuidad de la Vida, en distintos estados, distintas manifestaciones, distintas formas, pero siempre vida. Ese perpetuo renacer supone una conexión sustancial y esencial entre todo lo que ha sido, es y será en la naturaleza. Una relación, por lo tanto sustancial y esencial entre los millones de seres que mueren y los millones de seres que nacen.

Esa fuerza vivificante se manifiesta poderosa e irresistiblemente en los animales y en el hombre, siendo fundamentales para la renovación de la vida y la naturaleza. Esa fuerza se manifiesta de múltiples y poderosas formas entre las cuales podemos mencionar: “[...], las relaciones sexuales, la procreación y la manutención de la prole, son sin comparación más importantes y más urgentes que todos los demás.”⁶³ Con las cuales queda garantizada la continuidad de la vida. Nacimiento y muerte son fases de la perpetua renovación de la naturaleza viviente, y por ende de la objetivación de la voluntad eterna e infinita.

Afirma Schopenhauer que este postulado tiene bases empíricas. Pues con un poco de interés en lo que acontece en la naturaleza se puede observar que la vida y muerte de los individuos dependen de los más caprichosos acontecimientos y, entregados al azaroso peligro: el insecto que ante el paso inconsciente del hombre muere aplastado, el indefenso caracol presa fácil del ave, la paloma sorprendida por el halcón, el cordero desmembrado por el lobo, la gacela, agonizando aún, devorada, por el tigre, el hombre que muere en un terremoto, el que muere en una caída, el que fallece de un infarto, etc.

A pesar de ello la naturaleza se mantiene íntegra. “Eso lo muestra entregando a la más insignificante contingencia la vida de todo animal, incluso del hombre, sin acudir en su auxilio. [...], expresando que la destrucción de esos individuos le es

⁶¹ Palingenesia es un término que procede de dos vocablos griegos que son: *palin*, que significa nuevamente, otra vez, de nuevo, y *génesis* que significa principio u origen. Es decir un nuevo origen, un nuevo nacimiento, un renacer.

⁶² Cfr. Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. II p. 556

⁶³ Cfr. *Ibid.* p. 563

indiferente, no le daña, no tiene ningún significado, y que en aquellos casos el efecto es tan irrelevante como la causa.”⁶⁴ En ningún momento la naturaleza se ve perturbada por la muerte de los individuos (plantas, animales o humanos), porque la fuerza vivificante siempre activa renueva, dando lugar a nuevos seres con vida.

Ante la muerte de miles o millones de personas, por ejemplo, se tiene a la vista el nacimiento de otros tantos millones que llegan al mundo tan lozano, tan lleno de energía, de furor y vehemencia por la vida. Existencias de las que la fuerza vivificante exige su vejez y su muerte para dar lugar nuevamente a más millones de nuevos seres. Schopenhauer afirma que durante épocas de peste en las que mueren una gran cantidad de personas, la fertilidad y fecundación se activan en los sobrevivientes de forma inaudita, propiciando una gran cantidad de nuevos nacimientos⁶⁵. Sostiene que el número de seres que nacen está siempre por encima del número de los seres que mueren.⁶⁶ Con ello demuestra la permanencia de esa fuerza vivificante, que es la misma para todos.

Si la madre universal enfrenta tranquilamente a sus hijos desvalidos a la amenaza de mil peligros, solo puede ser porque sabe que cuando sucumben vuelven a su seno, donde se hallan a salvo, por lo que su caída es una simple broma. Con los hombres no obra de manera distinta que con los animales. Su declaración se extiende, pues, a estos: la vida o la muerte del individuo le son indiferentes. En consecuencia deberían serlo también en cierto sentido para nosotros: pues nosotros mismos somos la naturaleza⁶⁷

En virtud de cada individuo posee una esencia infinita, la muerte en nada alteran a dicha esencia, por el contrario, es la máxima expresión de esa fuerza vivificante y la muerte necesaria para la continuidad de la naturaleza viviente. La muerte, desde

⁶⁴ *Ibidem*, p. 526.

⁶⁵ Según las estadísticas mueren en el mundo un promedio de 105 personas por minuto, en tanto nacen un promedio de 253 por minuto. Es decir, nacen más del doble de los que mueren.

⁶⁶ Según las estadísticas actuales (media obtenida del último censo de la CIA realizado en el año 2014), mueren 154,080 personas en el mundo y nacen 367,000 personas. Es decir, nacen más del doble de los que mueren. Lo que confirmaría la tesis de Schopenhauer Fuente: <http://www.saberpractico.com/curiosidades/cuantas-personas-nacen-y-mueren-al-dia-en-el-mundo/>

⁶⁷ *Ibidem*, p. 526

esta perspectiva, no es más que la puerta de retorno al seno de la naturaleza de la que, al igual que todo lo demás, surgió y en la cual se mantendrá eternamente.

Schopenhauer plantea que para quien reduce al mundo a simple fenómeno y entiende a la muerte en su nivel puramente físico, verá perecer a los humanos sin inferir que en la naturaleza todo está contenido. Este tipo de personas sólo perciben los cambios continuos de los seres, pero no son capaces de elevarse a lo inmutable, al manantial, a la esencia infinita de la cual todo proviene y retorna.

Pero en el fondo somos uno con el mundo en mayor medida de lo que solemos pensar; su ser íntimo es nuestra voluntad; su fenómeno es nuestra representación. Para quien fuera capaz de lograr una clara conciencia de ese ser uno, desaparecería la distinción entre la permanencia del mundo externo tras su muerte, y la suya propia: ambas se presentarían a él como una misma cosa e incluso se reiría de lo ilusorio de separarlas.⁶⁸

Pensemos en una especie de fuente infinita, en la que el surtidor (fuerza vivificante infinita) actúa ininterrumpidamente sobre el agua (materia o sustancia), haciendo posible la aparición y desaparición de millones y millones de gotitas de agua (seres vivos), gotitas que ante nuestros ojos vemos nacer y perecer en dicha fuente (naturaleza). Ante esto no es posible pensar que el surtidor, el agua y las gotitas sean algo diferente, pues son una y la misma cosa (Voluntad).

Luego, el ser viviente no sufre con la muerte una destrucción total de su ser, ya que conserva su existencia en la totalidad del mundo. Schopenhauer afirma que de esa manera debería reconocerlo el hombre y ser indiferente a su muerte, pues el hombre mismo es la naturaleza.

Así que el conocimiento y análisis metafísico del mundo y del hombre nos lleva a comprender que en sentido estricto la muerte no existe. Lo que existe es la continua manifestación de una misma realidad, en múltiples formas. O mejor decir, lo que

⁶⁸ *Ibidem.* p. 539

somos se manifiesta continuamente a través del morir y el nacer, de la aparición y la desaparición aparente de los seres. Porque la voluntad se renueva a cada instante en la naturaleza manteniendo por siempre su fuerza avasalladora.

La muerte aparente sólo se da en el mundo de las representaciones, es decir, en el mundo físico, fenoménico. Pero desde el punto de vista metafísico, la muerte ha de ser considerada como una continuidad de la eterna existencia de la voluntad.

Vida y muerte son condiciones de la objetivación, renovación y afirmación constante de la voluntad, que es siempre la misma. La voluntad ha existido, existe y existirá. La Voluntad sólo cambia de forma, nunca en sí misma. Por lo que cada hombre que muere tiene su existencia asegurada. Desde esta perspectiva, el hombre ha existido desde siempre, y con su nacimiento y su muerte cruza como un relámpago por el mundo de los fenómenos para quedar nuevamente inmerso en la eternidad.

Quien no tiene un conocimiento de lo universal, quien sólo se atiene al fenómeno, verá sucumbir a los seres vivos, viendo su existencia suprimida. Pero el que tiene el conocimiento de la infinitud de la naturaleza, de la permanencia de su esencia, se sabe inmortal. “De hecho, son sólo mentes pequeñas, limitadas, las que temen seriamente la muerte como su destrucción: las claramente privilegiadas permanecen totalmente alejadas de ese error. Con razón fundó Platón toda la filosofía en el conocimiento de la doctrina de las ideas, es decir, en la visión de lo universal en lo particular.”⁶⁹

Quien conoce su naturaleza inmortal recibe a la muerte con tranquilidad. De ahí que, según Schopenhauer, para los hombres sabios la muerte no representa drama alguno. Por el contrario, la espera con la convicción de que es un paso necesario para su continuidad. El conocimiento, la resignación y la negación de la vida los ha llevado a ese estado de paz en su espíritu. Del que no goza el que se atiene al puro conocimiento de la muerte en el mundo fenoménico. Si concebimos a la muerte

⁶⁹ *Ibidem.* P. 528

desde este ángulo, entonces pierde el carácter trágico que se le atribuye desde la perspectiva puramente física.

2. La muerte humana en relación al mundo como representación

Este segundo concepto de Schopenhauer, sobre la muerte humana, está referido al mundo de las representaciones, al mundo de los fenómenos, de la *physis*. Desde esta perspectiva define a la muerte como la conclusión de la vida y la aniquilación total del individuo, la anulación de su existencia.

Schopenhauer plantea que, en el mundo de las representaciones (universo físico), la muerte no es más que un fenómeno como cualquier otro. Algo tan natural e inevitable en el ser humano, como le es el respirar, alimentarse, defecar, reproducirse, etc. Todo ser que nace intrínsecamente está destinado a morir. Vida y muerte son fenómenos inconcebibles uno sin el otro en la naturaleza. Nacimiento y muerte son condiciones de la vida humana. “Nacimiento y muerte pertenecen por el mismo título a la vida y se mantienen en equilibrio entre sí como condicionados recíprocamente o, si se nos permite esta expresión, como polos del fenómeno total de la vida.”⁷⁰ Vida y muerte pertenecen al mundo del devenir, del cambio, en el que nada permanece para siempre.

La muerte significa el cese total del funcionamiento de los órganos en el cuerpo y, por ende, el cese absoluto de la conciencia del individuo, que eran sus medios de contacto con el mundo. La muerte conlleva a la aniquilación del individuo, puesto que el cese total del funcionamiento de los órganos le sigue la descomposición, putrefacción y desintegración natural del cuerpo. “El concepto de cese es, desde luego, aplicable al hombre en cuanto fenómeno en el tiempo, y el conocimiento empírico | demuestra de forma patente que la muerte es el final de esa existencia temporal. El final de la persona es tan real como lo fue su comienzo, y en el mismo sentido en que no existíamos antes de nacer, tampoco existiremos después de morir.”⁷¹

⁷⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 281.

⁷¹ *Ibid.* p. 548

Al morir el hombre, deja de existir, ya no es más en el mundo. Con la putrefacción y desintegración del cuerpo (convertido en polvo o cenizas) se da la absolución del individuo. La muerte anula el ser y estar en el mundo. Vista la muerte de esta manera se convierte en el pensamiento humano en algo aterrador e inaceptable. Pues “para quien considera el nacimiento del hombre como su comienzo absoluto, la muerte ha de ser su final absoluto.”⁷²

La muerte representa para el hombre, la ruptura definitiva de toda relación con los demás hombres, con sus proyectos, con sus aspiraciones. Lo cual se le presenta al ser pensante como algo inaceptable aborrecible, temible, provocándole un gran sufrimiento. “Lo que nos infunde pavor en la muerte es el aniquilamiento del individuo, por ser así como la concebimos, y el individuo, que es la voluntad de vivir en su única objetivación, se rebela con todo su ser contra la muerte.”⁷³

Pero la muerte no es un fenómeno ocasional o casual que afecta a los humanos, es un fenómeno de carácter universal. Sin importar a la naturaleza, la lucha que cada individuo emprende desde su nacimiento por conservar su vida. Esa lucha, queramos o no, está perdida desde su origen, porque al final la muerte triunfa, pues cada hombre le pertenece por el simple hecho de haber nacido.

La muerte siendo asociada con el fin de la vida terrena, con la ruina y destrucción del cuerpo, con la ruptura con el mundo no puede dar lugar más que a un estado de sufrimiento para el hombre. La muerte así entendida se convierte en un hecho que violenta la conciencia humana. La conciencia de la muerte define al hombre mortal. “Tan sólo el hombre lleva en sí el concepto abstracto de la muerte; pero ésta sólo le angustia (circunstancia digna de ser meditada) en ciertos momentos, cuando algún hecho se la trae a la imaginación. Contra la poderosa voz de la Naturaleza, la reflexión puede poco.”⁷⁴ El mortal que piensa o toma conciencia sobre su condición mortal, percibe a la muerte como el fin de su estar y ser en el mundo, como el

⁷² Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Vol. II, p. 540

⁷³ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 288.

⁷⁴ *Ibid.* pp. 286-287.

término de su existencia en el mundo, como la ruptura definitiva de sus relaciones significativas.

“No es el dolor lo que tememos en la muerte, pues el dolor lo soportamos en la vida y, además, con la muerte nos libramos de él, o a la inversa, preferimos los más crueles dolores a una muerte breve y fácil. Lo que nos infunde pavor en la muerte es el aniquilamiento del individuo, por ser así como la concebimos, y el individuo, que es la voluntad de vivir en su única objetivación, se rebela con todo su ser contra la muerte.”⁷⁵

Por ello, siendo la muerte un fenómeno natural, se presenta al individuo como algo no natural, es decir, como algo que no debería ocurrir, algo sencillamente intolerable y repugnante, algo metafísicamente deficiente y absurdo. “Todos los hombres son mortales: pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aún si la conoce y la acepta, es una violencia indebida.”⁷⁶ El individuo quiere vivir; todo hombre quiere seguir viviendo. Pero la muerte no es algo que dependa de los deseos, anhelos o expectativas humanas. Pues de la misma forma que ha llegado el hombre al mundo (involuntariamente), tendrá que abandonarlo. La muerte constituye el horizonte natural del proceso vital.

Tener conciencia de la muerte es tener los ojos bien abiertos para mirar de manera cruda, cruel y dramática esa realidad ineludible. “La muerte es un golpe a la conciencia, un golpe que remueve nuestros más secretos principios. Pues para el hombre no existe muerte natural, nada de lo que sucede al hombre es natural puesto que su sola presencia cuestiona al mundo. Todos los hombres son mortales, pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aún si no la conoce y la acepta, es una violencia indebida.”⁷⁷ La prometedora ilusión de la vida proyectada hacia el futuro, se corta de raíz con la muerte.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 288.

⁷⁶ Simone De Beauvoir, *Una muerte muy dulce*, p. 122.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 122.

Schopenhauer plantea que el rechazo a la muerte tiene como motivo principal el miedo a no ser, a no existir, al aniquilamiento del individuo. El motivo de ese miedo no es dolor, pues si así fuera, el ser humano acabaría deseándola y amándola en todo momento, porque significaría el término de cualquier sufrimiento.

Aunque esto último, debe llevar al hombre a pensar a la muerte desde otro ángulo, de manera que pueda apreciar sus bondades. Porque con la llegada de la muerte se suprime todo mal, dolor y sufrimiento que aquejaba en vida a quien muere.

La muerte en realidad no debe concebirse en el mundo como un desastre humano. Porque, dice Schopenhauer, en realidad no es más que una especie de letargo, un sueño definitivo en el que se sumerge quien muere. Sueño semejante a cuando duerme, con la única diferencia que el cese del funcionamiento de los órganos, y el desprendimiento con la realidad es total.

Así como cuando el hombre duerme se desvincula de sus problemas, de sus preocupaciones, dolores y sufrimientos, lo mismo ocurre con la muerte, sólo que para siempre. Pues el que muere, descansa plácida y definitivamente. En este sentido: “Un profundo sueño no se diferencia de la muerte en cuanto a su duración actual, sino en cuanto a su duración futura, es decir, al despertar. La muerte es un sueño en el cual la individualidad es olvidada; pero todo lo demás despierta, o mejor dicho, permanece despierto.”⁷⁸ La muerte, desde esta perspectiva, constituye el cese de toda miseria e indigencia humana. Luego hemos de entenderla como la liberación de todos los males, sufrimientos y pesares de la vida.

Afirma Schopenhauer, que así como el hombre va gustoso a dormir para sumergirse en un sueño profundo y descansar del mundo, así debe esperar gustoso la muerte. Porque lo que anhela temporalmente con el sueño (hypnos), lo obtiene totalmente la muerte (tánatos). “En este respecto, lo mejor de la existencia es su brevedad, de que tan a menudo nos lamentamos.”⁷⁹

⁷⁸ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 282

⁷⁹ *Ibid.* p. 326.

La muerte como el sueño debe entenderlos el hombre como necesarias a la vida. Y así como no se considera una desgracia el dormir, tampoco debería considerarse una desgracia el morir.

-.-

Luego, si remitimos el concepto de la muerte al mundo como voluntad entonces se reconoce el ser indestructible del hombre, se reconoce que en realidad siempre ha sido y existido. Pero, si el concepto sobre la muerte lo referimos al mundo de los fenómenos, entonces se ve al hombre como un ser efímero, fugaz, mortal, para el que la muerte representa la aniquilación absoluta de su ser.

Y es desde esta dimensión se ve como la vida y la existencia del hombre se desenvuelven en una atmósfera de grave dramatismo existencial.

CAPÍTULO II

ANÁLISIS EXISTENCIAL DEL HOMBRE EN RELACIÓN A LA MUERTE

II. ANÁLISIS EXISTENCIAL DEL SER HUMANO EN RELACIÓN A LA MUERTE

"Yo Nezahualcóyotl lo pregunto: ¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra? Nada es para siempre en la tierra: Sólo un poco aquí. Aunque sea de jade se quiebra, aunque sea de oro se rompe, aunque sea plumaje de quetzal se desgarran. No para siempre en la tierra: Sólo un poco aquí".¹

Nezahualcóyotl

Derivada de su teoría de la muerte y el sufrimiento encontramos en el pensamiento de Schopenhauer una concepción existencialista del hombre. Hablamos de una concepción existencialista en virtud de que presta una singular atención al análisis de la existencia concreta del hombre. Del individuo de "*carne y hueso*" con sus circunstancias específicas, que cobra conciencia de su condición de mortal y de su situación "*especial*" en el mundo.

Vemos, la concepción existencialista del hombre, en distintas partes de las obras de Schopenhauer, especialmente en el apartado LVII del libro cuarto de su obra fundamental *El mundo como voluntad y representación*. En este apartado plantea tesis que posteriormente algunos filósofos como Heidegger y Sartre hicieron suyas, tales como que: *El hombre es un ser para la muerte, el hombre es un ser en el tiempo y el hombre es un ser en el mundo*.

Aunque a diferencia de los pensadores mencionados, en la filosofía de Schopenhauer encontramos que hay una inversión del primado de la esencia sobre la existencia. Puesto como se ha dicho, la voluntad en sí (esencia) es anterior a su representación. Es decir, anterior al hombre y al mundo al que pertenece.

A. El hombre como ser para la muerte

Schopenhauer, como muchos otros filósofos, plantea que uno de los rasgos fundamentales de la existencia humana es la conciencia sobre la muerte.

¹ http://espanol.agonia.net/index.php/poetry/91191/Yo_lo_pregunto

Al ocupar el hombre, con su capacidad de conocer y pensar, un grado “superior” en la manifestación de la Voluntad, es el único que sabe que lo propio a la naturaleza de todo ser vivo es el de ser mortal, y lo propio a la existencia del individuo el de ser finito.

La conciencia es la raíz misma de la existencia humana. Gracias a la conciencia el hombre se da cuenta de que existe, de que está en el mundo y de que su vida concluye con la muerte. “La existencia inconsciente no tiene realidad más que para otros seres en cuya conciencia se presenta: la realidad *inmediata* está condicionada por una conciencia propia. Así pues, también la existencia real e individual del hombre se encuentra ante todo en la *conciencia*.”²

El tener conciencia de la muerte, el pensarla, el formarse un concepto abstracto de ésta, transforma existencialmente al hombre en un *ser para la muerte*.

Todos los seres vivos mueren. Pero solo el hombre es un *ser para la muerte*. ¿Por qué? Porque, a diferencia del resto de los seres vivos, sabe que va a morir, cobra conciencia de su propia la muerte o de la de los demás como algo inevitable, y cuyo plazo siempre está en posibilidad de cumplirse. “El animal sólo conoce la muerte cuando muere; el hombre tiene conciencia de ella en cada momento de su vida, y sólo aquel que durante su vida no ha reconocido este carácter de constante aniquilación es el que duda a veces de la realidad de la muerte.”³ El hombre es un *ser para la muerte* porque tiene conocimiento de que esta es la condición de la vida, y de que el pensamiento es la condición de la existencia humana.

En los animales la muerte es un acontecer natural momentáneo, no saben que tienen que morir; mientras que el hombre sabe y es capaz de anticiparse con el pensamiento a esta. La *muerte* para el hombre es algo que va más allá de un suceso meramente biológico, más allá de la simple espera del cese irreversible de las funciones vitales. La muerte adquiere para el hombre dimensiones de carácter subjetivo, pues pone en juego su propia existencia, convirtiéndose en la piedra

² Arthur Schopenhauer. *Perergera y paralipómene* II, p. 606.

³ Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. p. 53.

angular de su pensamiento. Podríamos decir que la conciencia de la muerte es el rasgo más humano, que le distingue claramente del resto de los seres vivos.⁴

Entre todas las experiencias que pueda tener el ser humano de sufrimiento, fracaso, frustración, e impotencia ocupa un lugar central la situación límite de la muerte. A diferencia de los demás seres vivos, el hombre no solo se da cuenta que va a morir, sabe además que se dirige continuamente hacia ese final. La muerte es lo único sobre lo cual el ser humano tiene absoluta certeza. Y esa certeza se presenta a la conciencia como un desgarramiento doloroso. ¿Por qué? Porque ante dicha certeza el hombre no puede adoptar una actitud neutral o impersonal, pues el conocimiento de la muerte inevitable lleva implícita la amenaza inexorable de un plazo, de la aniquilación siempre latente, del fin de la existencia del que no es posible escapar.

El hombre sufre por la idea de su muerte o la de sus seres queridos antes de que esta llegue. La certeza de la muerte provoca angustia al ser pensante ante la clara idea de no seguir siendo, de no existir más en el mundo como individuo singular y concreto. Aunque paradójicamente la muerte llega muchas veces de improviso sin que el individuo pensante se percate de ello.

De manera que la muerte se presenta al pensamiento del hombre como un problema, como un conflicto, como un acontecimiento extraño y difícil, que torna la vida humana en un drama existencial. La conciencia hace que el ser racional vea su existencia emponzoñada por la idea de la muerte.⁵

Comprendiendo el conflicto que representa la muerte para el hombre, muchos filósofos han querido rescatarlo del estado de angustia que le genera. Entre ellos tenemos a Epicuro, quien sostiene que mientras vivimos la muerte no está y cuando esta llega ya no estamos⁶, y Ludwig Wittgenstein que dice: "Death is not an event of life. Death is not lived through."⁷ (La muerte no es ningún acontecimiento de la vida. La muerte no se vive).

⁴ Cfr. Edgar Morin, *El hombre y la muerte*, p. 12.

⁵ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 288

⁶ Cfr. Luciano De Crescenzo, *Historia de la filosofía griega*. Segunda parte, Seix Barral, p. 153

⁷ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, p. 185

Epicuro, quiere librar al hombre de preocupaciones, del miedo a la muerte que le impidan vivir de la mejor manera posible. Wittgenstein por su parte considera que el asunto de la muerte es irrelevante y absurdo, que la muerte no es un auténtico problema del que deba ocuparse el hombre, puesto que de ella no se puede decir nada. Sin embargo se entiende que, con dichos pronunciamientos estos filósofos, a pesar suyo, reconocen, al igual que Schopenhauer, que la idea de la muerte paraliza al hombre, lo conmociona y no lo deja vivir dignamente.

Schopenhauer sostiene que la muerte es un auténtico problema humano, que es una cuestión primordial en todos los pueblos y culturas a lo largo de la historia, que ha sido el tema central de la literatura en todas las áreas del saber, que es el asunto fundamental de la filosofía. ¿Por qué? Porque la muerte es una realidad que acompaña al hombre desde que aparece en el mundo y tiene conciencia de ello.

El más grande temor del ser humano es el de su propia muerte. El miedo a la muerte provoca mayor daño al hombre que la muerte misma. Por ello, para Schopenhauer, el hombre que es consciente de su muerte, que se forma una idea de esta, muere ya de alguna manera, pues al pensar la muerte se hace una “suspensión”, se hace una negación de la vida.

Entonces, hemos de preguntarnos ¿por qué la gran mayoría de los seres humanos parecen vivir tan desenfadadamente, que dan muestra de no saber o de no importarles el que algún día morirán?

Schopenhauer nos dirá que ciertamente a la gran mayoría de los seres humanos parece no importarles que en algún momento su existencia tendrá fin. Pero no es así, nos dirá, puesto que cada individuo, aguijoneado por un impulso irresistible a la vida (la voluntad de vivir), lucha constantemente por mantenerse en ella. Esa lucha constante por la vida es ya una guerra contra la muerte. Todo hombre desde que nace, emprende una guerra tenaz contra la muerte hasta el último suspiro. Aunque, paradójicamente, esa guerra esté perdida desde el principio.

Cada uno de nuestros movimientos respiratorios nos evita el morir; por consiguiente luchamos contra la muerte a cada segundo, y también el dormir, el comer, el calentarnos al fuego son medios de combatir una muerte inmediata. Pero la muerte ha de triunfar necesariamente de nosotros, porque le pertenecemos por el hecho mismo de haber nacido, y no hace en último término sino jugar con su víctima antes de devorarla.⁸

El hombre, por lo tanto, lleva ya impregnado en su pensamiento el concepto de la *muerte*. Y su actitud de aparente indiferencia no es más que un signo de resistencia y negación a esta. “Eso es también en el fondo lo que da la confianza que le permite vivir sin un continuo estremecimiento ante la muerte.”⁹ Pues de otra manera la vida le sería simplemente insoportable.

La sombra de la muerte, arraigada en el pensamiento de los seres humanos, sigue sus pasos sin tregua durante toda su existencia. De allí que, cada individuo se cuide de no caer en situaciones de riesgo que pongan en peligro su vida en el momento presente, y que con una serie de consejos y recomendaciones exijan a sus seres queridos su propio cuidado. De allí que en cada despedida de los seres humanos vaya implícita la idea de que quizás no se volverán a ver. Las frases: ¡espero volverte a ver! ¡Que te acompañe Dios! ¡Que retornes con bien! Son un claro ejemplo de que en el fondo del pensamiento de los hombres prevalece la idea de la muerte. “Por todas partes le acechan peligros de todo género y necesita desplegar una actividad infatigable, una constante vigilancia para evitarlos. Tiene que recorrer su camino con pies de plomo, escrutando con mirada recelosa, pues le acechan toda clase de contingencias y adversarios. Así caminaba en el estado salvaje y así camina ahora en las sociedades civilizadas.”¹⁰

El hombre es un ser para la muerte porque a pesar del impresionante despliegue de esfuerzos y estrategias para combatirla o negarla, termina siendo doblegado, vencido.

⁸ Arturo Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. pp. 314-315.

⁹ Arthur Schopenhauer. *Perergera y paralipómene* II, p. 287

¹⁰ Arturo Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. p. 315.

De allí que la idea de la muerte, como realidad inevitable, es algo que inquieta siempre al hombre porque la lleva grabada a fuego en su mente desde que tiene conciencia de su condición de mortal. Y aún, cuando pareciera no importarle, siempre hay un momento de su existencia en que tiene que enfrentar y digerir este asunto.

Lo cual no obsta, sin embargo, a que cuando la muerte se presenta ante el hombre, en realidad o en imaginación y tiene que contemplarla cara a cara, se apodere de él el temor a morir y trate por todos los medios de salvar su vida. Pues si mientras la inteligencia estaba puesta en la vida como tal vida debería reconocer en ella la eternidad, cuando la muerte se presenta ha de representársela como lo que es, a saber: el fin en el tiempo del individuo temporal.¹¹

La muerte “*no existe*” para los seres que no son conscientes de que su fin llegará. Los animales, que no saben de su condición de mortales simplemente viven, y mueren sin haberse anticipado a ello. Su instinto de conservación los prepara para luchar por su vida en el momento presente. En tanto que el hombre al tener conciencia de su condición de mortal no sólo lucha por preservar su vida, sino también su existencia (su conciencia). Sólo el hombre se anticipa a su propia muerte y se duele de ello.

Pero, ¿cómo es que el hombre sabe de su propia muerte? Y, ¿qué es lo que sabe? Es indiscutible que el hombre no experimenta a la muerte como tal, pues mientras exista un signo de vida, significa que aun la muerte no se ha hecho presente. Cada hombre sabe de su muerte al asistir, al enterarse o ser testigos de la muerte de los “*otros*”. Y ello basta para adquirir la garantía de que su muerte también acontecerá. ¿Cuándo? En cualquier momento y de forma inesperada.

La muerte, en sentido literal, no se experimenta. La muerte propia no es nunca, para sí mismo, un hecho concreto. La idea de la muerte es una abstracción referida a la

¹¹ Ibid. p. 288.

culminación de la vida de cada persona. Y el sufrimiento de los hombres viene de la certeza anticipada del carácter ineludible de esta.

Hemos de aclarar entonces que, en el pensamiento de Schopenhauer, el término *muerte* no hace referencia a una realidad material, específica y concreta. El término refiere a una idea que se hace el hombre respecto a la conclusión de su vida, respecto al fin de su existencia. Por lo que el concepto *muerte* tiene un sentido más expresivo (subjetivo) que descriptivo (objetivo). ¿Por qué? Porque la idea de la muerte solo se hace referencia al vacío, a la ausencia en la que se hunden los que mueren, y con ello manifiesta la condición de sufrimiento del hombre ante la pérdida, ante el saberse mortal.

El miedo y sufrimiento sobre la propia muerte son siempre anticipados. La vida es sufrimiento y lucha constante contra la muerte. Cuando esta triunfa sobre el individuo, vida, miedo y sufrimiento quedan eliminados.

El miedo a la muerte, dirá Schopenhauer, pone en entredicho la “omnipotencia” del hombre y de su razón, de la que hace alarde y con la que cree dominar a la naturaleza. “Cuando un individuo siente miedo a la muerte, nos encontramos el extraño espectáculo de que el señor de los mundos, que lo llena todo con su ser y solo gracias al cual tiene su existencia todo lo que existe, se acobarda y tiene miedo a perecer, a precipitarse en el abismo de la nada eterna;[...].¹²

El más “grandioso” de los seres en el mundo, la “máxima” representación de la voluntad en sí, con su capacidad racional, con toda la grandeza de su pensamiento tiene que aceptar que al igual que el resto de los seres vivos ha de sucumbir, que su muerte no afecta la continuidad de la especie, que el fin de su existencia no impacta en nada al mundo, que apenas logra afectar a unas cuantas personas cercanas (familiares, amigos, etc.), pero que no modifica o altera la realidad.

¹² Arturo Schopenhauer. El mundo como voluntad y representación. Vol. II, p. 554

Ante la muerte nadie es más ni menos que el resto. Ante la muerte no importa a qué cantidad de grandezas y maravillas hayan dado lugar los hombres en el mundo. Todos los hombres, así como su pensamiento fundamento de todas sus grandezas, dejarán de ser. "Esta es la razón de que lloremos la muerte de un semejante. [...] Lo que ante todo lamentamos es el destino del muerto, aunque su muerte sea el fin de largos tormentos. El destino de la humanidad entera entregada a una condición efímera, por la cual toda existencia, por importante que sea, está destinada a reducirse a la nada, es lo que lloramos."¹³

El legado del hombre, sus obras, la cultura en general no es más que un signo de su necesidad de ganar la guerra a la muerte, de dejar una huella en el mundo, un tatuaje de su existencia y, así apropiarse de un fragmento de inmortalidad. Pero esto solo ocurre con unos cuantos que comprenden la naturaleza del mundo en que viven, pero la gran mayoría de la humanidad, pobres mortales cegados por el hambre de vivir, seducidos por los instintos, arrastrados por las pasiones ni siquiera logran perdurar en la memoria sus "seres queridos", siendo condenados al olvido.

Luego, sin importar las circunstancias externas en las que se encuentren los humanos, sus cualidades personales, su fortuna, sus bienes materiales, etc., ningún hombre puede sustraerse a la muerte. Y lo que lloramos cuando alguien muere, es el destino del hombre que finalmente es el mismo para todos. Al llorar por los otros se llora también por sí mismo.

Cada hombre es para la muerte, en virtud de que se forma una idea de esta. La muerte es para el pensamiento. Paradójicamente cuando llega la muerte, el pensamiento ya no es. Con la muerte cesa todo conocimiento, toda conciencia del mundo.

Por lo tanto, el drama existencial del hombre, como un ser para la muerte, radica en pensarla, en tener la evidencia de que acontece, no en experimentarla.

¹³ Arturo Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. p. 375

B. EL HOMBRE COMO SER EN EL TIEMPO

Schopenhauer plantea que el conocimiento y la certeza que adquiere el hombre sobre su propia muerte, lo lleva a su vez a tomar conciencia sobre sus propios límites, sobre su condición temporal, sobre lo efímero de su existencia en el mundo.

La existencia del hombre solo puede concebirse en relación al tiempo y al espacio. Tiempo y espacio son formas inseparables del pensamiento y por tanto de la existencia. Pensar la existencia es pensar los límites propios del hombre en el tiempo.

Al reparar sobre la inmensidad del mundo en el que se encuentra, el hombre se descubre a sí mismo como un ser minúsculo, disminuido, carente. Y, ¿en qué consiste la carencia existencial de la cual el hombre adolece? El hombre, sometido al principio de individuación, es decir, espacial y temporalmente localizado, limitado no le es dado alcanzar la infinitud, ni la eternidad de la cual proviene. En otras palabras, el tiempo y el espacio que ocupa el hombre no se pueden elevar a la potencia del infinito porque, en el mundo de los fenómenos, todo lo que tiene un principio necesariamente tiene un final. Solamente la Voluntad en sí, de la cual el hombre es representación, es infinita, eterna e inagotable. “En el espacio infinito y en el tiempo infinito, el individuo se encuentra dentro de su finitud y por consiguiente como una dimensión infinitamente pequeña, perdido en la inmensidad de aquello cuya existencia frente a dicha inmensidad no cuenta con un Cuando y Donde absolutos, pues su lugar y su duración son partes finitas de un todo infinito y sin límites”¹⁴

Si nos remitimos a la existencia de cada hombre reconoceremos que tiene origen en el tiempo, que empezó a existir a partir de un momento. Por ende hemos de aceptar que antes no existía, que ahora existe y que habrá un momento en que no existirá más. El tiempo es una categoría esencial a la existencia, puesto que marca su principio y su fin. Pensar al hombre como ser en el tiempo es reconocer su

¹⁴ Ibidem, p. 314.

existencia como peregrina y, todo cuanto vive como fugaz. “El tiempo es aquello en virtud de lo cual a cada instante todo se nos convierte en nada entre las manos; con lo cual pierde todo valor verdadero”.¹⁵

Todo lo que acontece en la vida del hombre, acontece de manera instantánea. Lo que el hombre vive, ocurre en el tiempo presente. El presente de la existencia del hombre no es más que la continua conversión del futuro al pasado. “A cada acontecimiento de nuestra vida le pertenece el «es» solamente por un instante; luego, para siempre, él «fue». Cada tarde somos un día más pobres.”¹⁶ Esto en virtud de que ese transcurrir en el tiempo no significa otra cosa que encaminarse al no ser, dirigirse a los brazos de la muerte. El tiempo no es más que el breve lapso en el que transcurre la existencia de cada hombre, desde su nacimiento hasta su muerte.

La diferenciación del tiempo en pasado, presente y futuro solo es concebible en virtud de la referencia que hace el pensamiento a la existencia singular y concreta del hombre. Pues toda existencia nos remite necesariamente a un principio (pasado), al ser (presente) y un fin de la misma (Futuro). La diferenciación en el tiempo se da solo en cuanto que el hombre tiene conocimiento de su transcurrir, de su tránsito en el mundo. Aunque en sentido estricto, su existencia se constriñe al aquí y al ahora, es decir, a un constante presente.

El hombre no puede navegar en el tiempo infinito. Y tiene que resignarse a vivir el tiempo presente. El pasado y el futuro le son ajenos, pues no puede abarcarlo en su dimensión infinita.

Su existencia está verdaderamente limitada al momento actual, cuyo fluir en el pasado es caminar perpetuo hacia la muerte, un constante morir, porque su vida pasada, si hacemos abstracción de sus consecuencias para la presente y del testimonio que representa de la voluntad que en ella se imprime, está definitivamente terminada y muerta, ya no existe; por lo que

¹⁵ Arthur Schopenhauer, *Peregrina y paralipómene* II, p. 299.

¹⁶ *Ibid.* 300.

pensando racionalmente lo mismo le debería dar haber sufrido que haber gozado. Pero el presente se convierte siempre en sus manos en pasado, y el futuro incierto y siempre de corta duración.¹⁷

La existencia humana sólo dispone del momento siempre actual. El pasado no existe (más que como el simple registro mnémico de ciertos acontecimientos o experiencias vividas), el futuro nunca es, pues nunca llega (es solo la vaga idea *a priori* de un acontecer siempre incierto).

Si, como se ha dicho, el pasado ya no es y el futuro nunca llega, ¿qué le queda entonces a la existencia? Solo el presente, pero este es un tiempo inabarcable. La existencia carece de un sustento firme. “Nuestra existencia no tiene ninguna base y suelo en el que apoyarse más que el presente que desvanece. De ahí que tenga forma esencial el constante movimiento, sin ninguna posibilidad del descanso que anhelamos.”¹⁸ La existencia se desenvuelve en el devenir del tiempo, siendo en cada instante presente. Ningún existente es invariable o inamovible.

Pero, ¿Hacia dónde se encamina el hombre fluyendo en el tiempo? Como se dijo anteriormente, la meta final de ese viaje en el tiempo es, paradójicamente, la inexistencia del individuo. “[...] tiempo, que nos apremia, que no nos deja tomar aliento, y se mantiene en pie detrás de cada uno de nosotros como un capataz de la chusma con el látigo.”¹⁹ Tiempo del que nadie escapa mientras exista. Tiempo que acosa al hombre dejándole huellas imborrables de su paso: las arrugas del rostro, el pelo encanecido, el cansancio cuerpo.

Se podría decir que sólo el hombre es un ser en el tiempo porque se da cuenta de su transcurrir. Los seres no pensantes viven en el tiempo, sometidos a los efectos de la temporalidad, siendo ajenos a ello, desconociendo la irremediable caducidad que los habita. Mientras que el hombre sabe del barco invisible que lo trasporta a su destino final, la muerte. Así vive el hombre, arrastrando un pasado puerto,

¹⁷ *Ibid.* p. 314.

¹⁸ *Ibidem*, p. 300

¹⁹ Arthur Schopenhauer. *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 77.

embebido con la esperanza del futuro, mientras su vida se diluye en la nada en cada segundo.

El hombre es un ser en el tiempo, porque su existencia no puede ser concebida si no se piensa vinculada al tiempo. La existencia es inherente al tiempo. Y al morir cada hombre sale del tiempo, es decir, ya no existe.

La existencia del hombre transcurre en el tiempo, es en el tiempo. Y ese ser en el tiempo determina su ser temporal, perecedero, caduco, finito, efímero, fugaz.

C. EL HOMBRE COMO UN SER EN EL MUNDO

En este apartado hemos de destacar el drama que representa, en la filosofía Schopenhauer, la *estancia* del hombre en el mundo.

Encontramos que, para este pensador alemán su concepción del mundo y su concepción de la existencia humana guardan un vínculo indisociable. Pues son inconcebibles uno sin el otro. El mundo, para él, es objeto de conocimiento sólo en cuanto que existe un sujeto que cobra conciencia de este. “Todo lo que constituye parte del mundo tiene forzosamente y por condición un sujeto y no existe más que por el sujeto.”²⁰ El mundo es en cuanto que el hombre hace una representación de este, y la existencia humana solo es en el mundo.

Si rastreamos la etimología de las palabras *existencia* y *hombre* o *humano* nos encontramos con significados particularmente sugerentes que dan cuenta de la relación estrecha de estas dos realidades.

La palabra *existencia* proviene de los vocablos latinos: *existere*, que significa *aparecer* y *sisto*, verbo en su sentido intransitivo, significa *estar*, *permanecer*, *sostenerse*.²¹

En lo que respecta a la etimología de las palabras *hombre* y *humano* nos encontramos también con un significado revelador y profundo. El significado de estos términos proviene del latín *homo* que a su vez se deriva de la raíz *hūmus* que significa *tierra* o *superficie de la tierra*²².

Si nos atenemos a las etimologías mencionadas, entonces cuando se trata de la *existencia humana*, se hace referencia al hombre como un ser que aparece y se sostiene en la tierra.

²⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 21

²¹ Cfr. Joan Coraminas, Op. cit.

Y la página de Internet: Diccionario etimológico <http://es.wikipedia.org/wiki/Existencia>

²² Cfr. Joan Coraminas, Op.cit.

De la raíz *hūmus*²³ se derivan también los términos²⁴: *inhumar* (enterrar o meter en la tierra), *exhumar* (desenterrar, sacar de la tierra), *póstumo* (después de haber sido enterrado) y *humildad* (concepto relacionado con la idea de postrarse con sumisión ante la tierra, reconociendo las propias limitaciones y debilidades, reconociendo la condición imperfecta del hombre en la tierra). Estos significados permean la concepción que tiene Schopenhauer sobre el hombre como un ser en la tierra y esta como parte del mundo.

El filósofo alemán plantea que el hombre, como especie y como individuo, “aparece” de pronto, empieza a existir, a estar en el mundo. Afirma: “Uno existe de repente, para su propio asombro, después de no haber existido durante incontables milenios; y tras un breve tiempo tiene que dejar de existir de nuevo durante otro tanto. Eso no es justo en absoluto, dice el corazón: e incluso al rudo entendimiento”²⁵. El hombre es un ser que irrumpe de improviso en el mundo, que se aferra con vehemencia a él a pesar de que su existencia, como se dijo, no es para siempre en el mundo.

Schopenhauer es contundente afirmando que el hombre proviene de la nada y se dirige sin remedio hacia la nada. La existencia del ser humano en el mundo es breve, como una chispa que se prende y se apaga. “Es verdad que vemos al individuo nacer y morir, [...] el individuo recibe la vida como un don; sale de la nada, sufre luego por la muerte la pérdida de aquel don y vuelve a la nada de donde salió.”²⁶ El hombre nace y muere en el mundo. Mientras se encuentra en él *se sostiene* (lucha por vivir) para no perderse (morir). Existir es estar en el mundo y permanecer en él mientras se dura. El hombre no es sino en el mundo. Imposible pensar al hombre como tal fuera del mundo.

Pero formulemos las siguientes preguntas: ¿qué clase de mundo es este en el que existe el hombre? ¿Cuáles son las condiciones en las que se encuentra el hombre en el mundo? ¿Tiene algún sentido la existencia del hombre en el mundo? Las

²³ *Humus* en la actualidad es un tecnicismo que refiere a la materia orgánica en descomposición, que forma parte del suelo

²⁴ Cfr. Joan Coraminas, Op.cit. Y la página de Internet: <http://etimologias.dechile.net/?humildad>

²⁵ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena* II, p. 299.

²⁶ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 281

respuestas de Schopenhauer a estos planteamientos, pudieran parecernos frías, crueles o escandalosas, pues en un exceso de sensatez y franqueza nos descubre, sin miramientos, la realidad humana en toda su crudeza.

Para Schopenhauer este *mundo* en el que *aparece* el hombre, y donde se aloja temporalmente, es un mundo desolador. El mundo es un entramado de relaciones de interés que tienen su centro paradójicamente en cada ser individual. Es un mundo que le descubre al efímero individuo su propia limitación y miseria. El mundo del hombre es un mundo de lágrimas, de dolor, de sufrimiento y muerte. Este mundo, para nuestro autor, es el escenario donde se representan los más diversos y conmovedores dramas humanos, donde se desatan las más intensas pasiones, donde las muestras de egoísmo, de injusticia y crueldad son el pan de cada día.

Schopenhauer, en el análisis de la existencia humana, pone al descubierto la fragilidad del individuo. Abre la ventana a través de la cual se puede traspasar esa dimensión de la subjetividad humana, donde se mira al individuo arrojado al mundo, en total abandono, en su fragilidad desnuda.

Desde el punto de vista metafísico Schopenhauer concibe al hombre, como un ser que encierra un gran misterio porque tiene una esencia infinita, como se explicó en el primer capítulo. Pues al morir, sale del *principium individuationis*, fundiéndose a la voluntad infinita de la que salió. Pero, en este mundo físico, mundo de las apariencias, el hombre presenta una miserable existencia, limitada, menesterosa, raquítica, perecedera, finita. Escribe Schopenhauer: “Desde luego, un ser así podría hacer algo mejor que presentarse en un mundo como este. Pues es el mundo de la finitud, del sufrimiento y de la muerte. Lo que existe en él y viene de él tiene que terminar y morir.”²⁷

Sin un conocimiento filosófico profundo de la realidad, el hombre parece no tener más opción que sufrir y llorar en este mundo. Una vida hundida en la ignorancia de la naturaleza humana o en la negación de la misma, condena al existente racional,

²⁷ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena* II, p. 293

a una guerra perdida y sin tregua, contra el dolor, el sufrimiento y la muerte, desde que llega al mundo hasta que emprende su salida con muerte.

Schopenhauer distingue, como vimos en otro capítulo, tres fuentes principales del dolor y sufrimiento humano en el mundo. El primero, como quedó explicado, es la fragilidad del cuerpo, de la constitución física, que hace propenso al hombre a las enfermedades, a los accidentes, al deterioro de los órganos y sistemas. El segundo, tiene que ver con el inevitable poder de la naturaleza, con la violencia de los fenómenos naturales: el clima, las temperaturas extremas, los ciclones, los huracanes, los terremotos, etc. Fuerzas que dejan al descubierto la pequeñez e indefensión de los seres humanos. Y el tercero, el más desgarrador de los tres, es el que proviene del trato entre los hombres, donde cada uno da rienda suelta a su desmedido egoísmo, convirtiendo a los demás en simples medios para alcanzar sus propios fines. No importa cuán sutiles o refinadas resulten las formas de ocultar las verdaderas intenciones en el trato con los demás, siempre salen a relucir. Basta con indagar en cada caso, qué es lo movió a la relación del uno con el otro, para descubrir que en todos los casos, bajo contadas excepciones, existía un interés de por medio.

“En concreto, *ese egoísmo* que todos rebotamos, y para cuyo encubrimiento como nuestra *partie honteuse* hemos inventado la *cortesía*, se asoma por fuera de todos los velos que se le han echado por encima, sobre todo en el hecho de que se nos presenta, como por instinto, buscamos ante todo un posible *medio* para alguno de nuestros siempre numerosos *fines*. Nuestro pensamiento ante un nuevo conocido es, la mayoría de las veces, si el hombre no podría resultarnos útil para algo: si *no puede*, entonces, para los más, él es *nada* desde el mismo momento en que se han convencido de ello. El buscar en todos los demás un posible medio para nuestros fines, un instrumento, se encuentra casi ya en la naturaleza de las miras humanas: pero la cuestión de si acaso el

instrumento tendrá que *sufrir* en el uso es un pensamiento que llega más tarde y, con frecuencia nunca.²⁸

Este mundo, entonces, es un mundo donde reina el egoísmo, móvil principal de las más intensas desdichas, desgracias y males de la existencia humana. Pues cada individuo persigue, con ansia desmedida, obtener todo cuanto pueda para satisfacer sus deseos, para superar sus carencias, para cumplir sus anhelos, arrasando con lo que encuentra a su paso, sin reparar en el daño que genera en el mundo, sin importarle el sufrimiento que con sus impulsos y acciones causa a sus semejantes.

¿Por qué? “Esto se debe, en último término, a que cada uno es dado a sí mismo *inmediatamente*, mientras que los otros le son dados a él *mediatamente*, a través de la representación de ellos en su cabeza; y la inmediatez afirma su derecho.”²⁹

¿Qué significa ello? Significa que la realidad más próxima e inmediata que conoce y de la que está cierto el individuo, es él mismo y de su circunstancia en el mundo. Es decir, sabe de manera directa de sus carencias, de sus necesidades, de sus deseos, sentimientos, etc. Por lo que busca en primer término satisfacerlas. En segundo término, puede cerciorarse de las necesidades y deseos de los demás.

Por ello cada hombre, por su egoísmo, se ve a sí mismo como el centro del mundo. Todo lo refiere a sí. Cada acontecimiento lo relaciona inmediatamente con sus necesidades, sus deseos, intereses, etc., involucrándose fervientemente en las relaciones con los “otros” cuando considera que conviene a sus pretensiones, de otra manera emprenderá la protesta, la lucha contra aquello que ponga en juego sus objetivos.

El *egoísmo* es, por naturaleza, ilimitado: el hombre quiere mantener incondicionalmente su existencia, la quiere incondicionalmente libre de dolor, al que también pertenece toda carencia y privación, quiere la mayor suma posible de bienestar y quiere todos los placeres de los que es capaz;

²⁸ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 206

²⁹ *Ibid.* p. 240

e incluso pretende , en lo posible, desarrollar en sí mismo nuevas capacidades para el placer. Todo lo que se contrapone a la tendencia de su egoísmo excita su indignación, ira, odio: intentará aniquilarlo como a su enemigo.³⁰

El egoísmo es el móvil principal del protagonismo humano, donde el propósito (satisfacción de necesidades, deseos, pasiones, etc.) y el resultado (el dolor, el sufrimiento y la muerte) son una constante en el mundo. El egoísmo del hombre no tiene límites, dirá Schopenhauer. El corazón del hombre no encuentra sosiego, es un pozo sin fondo, que mientras más se esfuerza por llenar el vacío que lo embarga, más profundo parece.

El egoísmo del hombre, que desencadena muchas veces en un afán de poder, de dominio y de control, da lugar a actos de injusticia, de crueldad; da lugar a desacuerdos, discordias, enfrentamientos, discriminación, guerras; da lugar a la creación de armas, de artefactos de destrucción masiva. Con lo cual el hombre ha hecho de su mundo un infierno. “El infierno del mundo supera al Infierno de Dante en que cada cual es diablo para su prójimo. Hay también un archidiablo, superior a todos los demás, y es el conquistador que pone centenares de miles de hombres unos frente a otros, y les grita: «Sufrid: morir es vuestro destino; así, pues, ¡fusilaos, cañoneaos los unos a los otros!» Y lo hacen.”³¹

En este mundo sólo podemos observar la triste figura del hombre, sostiene Schopenhauer. En cada rincón del planeta donde habita el hombre, se le ve siempre con una serie de deseos insatisfechos, ansioso, desconfiado, inseguro, solitario; se le ve lleno de envidia, de odio, de rabia; expresa en su rostro el desencanto, la impotencia, la frustración y el fracaso; se intuye su ambición, su afán de poder, su intención de extender sus dominios. El mundo representa el infierno en el que los hombres como demonios se atormentan unos a otros. “La miseria que

³⁰ *Ibidem*, pp. 240-241

³¹ Arthur Schopenhauer. *El amor, las mujeres y la muerte*, pp. 94-95

llena este mundo protesta a gritos contra la hipótesis de una obra perfecta debida a un ser infinitamente sabio, bueno y poderoso.”³²

Lo cierto es que el alma del hombre no encuentra descanso ni paz en el mundo. Por todos lados se ve al hombre agobiado por el dolor, el sufrimiento y la muerte. Sea por la fragilidad de su cuerpo, por las fuerzas devastadoras de la naturaleza o por las consecuencias nocivas de sus propios actos egoístas. “Pero miremos una sola vez ese mundo de seres en continua necesidad que solo pueden existir un tiempo *a base de* devorarse unos a otros, que malgastan su existencia entre el miedo y la carencia, y a menudo sufren espantosos tormentos hasta que por fin caen en los brazos de la muerte: quien tenga esto claramente a la vista dará la razón a Aristóteles cuando dice:[...] (*natura daemonia est, non divina*).”³³

Difícil refutar a Schopenhauer en este punto. ¿Pues qué es la historia de la humanidad hasta nuestros días? No es otra cosa que la memoria y registro de intrigas, injusticias, invasiones, actos de crueldad, de perversidad, guerras, etc., y con ello, el dolor, el sufrimiento y la muerte de millones de seres humanos. Estas son las constantes en el acontecer histórico de la existencia humana. “Si intentamos resumir de un vistazo la totalidad del mundo humano, vemos por todas partes una incesante lucha, una batalla brutal por la vida y existencia, con el empeño de todas las fuerzas corporales y espirituales, frente a los peligros y males que la amenazan y alcanzan a cada momento.”³⁴

Los seres humanos, a lo largo de la historia, luchan con uñas y dientes por permanecer en el mundo, por conservar la vida, por extender sus dominios. Y ¿todo para qué? Para ser vencido finalmente por la muerte y terminar a unos cuantos metros bajo tierra. ¿A costa de qué? A costa de mucho dolor y sufrimiento innecesario.

³² Ibid. p. 81

³³ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. II, pp. 394-395

³⁴ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómene* II, p. 303

Schopenhauer destaca, el carácter absurdo de la existencia humana, mostrando el trasfondo desolador de la misma. Escribe: "A excepción del hombre, ningún ser se maravilla de su propia existencia"³⁵. Es decir, sólo el hombre se asombra, queda perplejo ante su posición y condición en el mundo. Pues su razón, su capacidad de conocer y la conciencia que tiene del mundo lo colocan por "encima" de los demás seres, pero paradójicamente, la conciencia que cobra del mundo en el que se encuentra lo lleva a volver la mirada sobre sí mismo, descubriendo su condición mísera. La "grandeza" y la miseria del hombre está en su capacidad de pensamiento, en la conciencia que tiene del mundo y de sí mismo.

Por la conciencia sabe que su existencia en el mundo carece de sentido, que lo propio de la existencia humana es la contingencia. Existir es estar ahí, simplemente, en circunstancia de carencia constante, sin un por qué ni un para qué.

Pero ¿cómo se puede existir de esa manera? Schopenhauer concibe la existencia del hombre como una broma pesada, como un drama, como una tragicomedia. Nuestro filósofo coloca al hombre en situaciones absurdamente banales e insignificantes. El mundo, dice, está habitado por individuos que teniendo la capacidad de razonar, de pensar, de conocer viven, sin embargo, como seres inconscientes, frívolos, ilusos. Seres que sin ningún pudor y reparo se conducen en el mundo como si fueran la cosa más grandiosa que pudo existir. Seres cuya pequeñez queda en evidencia ante la presencia de la muerte.

Para este filósofo el mundo no es más que un teatro y la vida del hombre una representación teatral. Sin importar si en escena presenciamos las grandezas o miserias humanas, estas forman parte de la misma obra. El mundo es el escenario donde, en todo momento y en todo lugar en el que se encuentra el hombre, se representan las más diversas tragicomedias, donde la trama siempre es la misma.

³⁵ Arthur Schopenhauer, *Parábolas, aforismos y comparaciones*, p. 93

Visto así el mundo no queda más que reconocer al hombre como un actor con máscaras, disfraces y velos, haciendo gala de la astucia, la mentira, el disimulo para ocultar sus verdaderas intenciones y lograr sus más ocultos deseos. Por eso a los seres humanos también se les llama *personas*.

“El uso común del término *persona* para designar al individuo humano es un acierto inconsciente de todas las lenguas europeas: pues *persona* significa en realidad una máscara de actor, y desde luego nadie se muestra como es sino que lleva una máscara y representa un papel. –En general | toda la vida social es una continua representación de comedias. Eso la hace insípida para la gente valiosa, mientras que las mentes triviales se sienten a gusto en ella.”³⁶

La vida de cada hombre, no es más que una serie de representaciones, papeles que interpreta en el mundo. Todos los humanos son actores que llegan al mundo, interpretan su papel en la vida y se marchan. Los seres humanos que conocen la naturaleza humana, saben muy bien de ello. Sólo los más ingenuos (actores o espectadores) se toman muy en serio la trama de la vida, y terminan confundiéndola con realidad esencial.

Solo el que se interesa por saber lo que pasa tras bambalinas (detrás del mundo de las representaciones), descubrirá que tras del telón (velo de maya) está la realidad desnuda (la voluntad de vivir, el egoísmo puro, la compasión). Y que lo que las personas (actores y actrices) nos presentan no es más simple apariencia, simple ficción. Sólo el que conoce lo que hay detrás del mundo de las apariencias, sabe que lo que las personas presentan en el mundo, es un simple espectáculo con un principio (nacimiento), un desarrollo (su vida) y un final (la muerte).

Pero el hombre que no siempre es consciente de la contingencia de su actuar en el mundo, se toma tan en serio su papel, pensando ilusamente que su papel es protagónico, fundamental para el curso de la vida. El hombre que ignora la

³⁶ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena* II, pp. 599-596

naturaleza de la vida, cree erróneamente que sus alegrías, sus sueños, sufrimientos y penas son dignas de consideración. Aunque de acuerdo a lo que ya se ha dicho en capítulo anterior, la existencia de ninguna persona es necesaria en para la vida, ni para el mundo. El mundo es el escenario donde los actores aparecen y desaparecen continuamente para dar paso a las nuevas generaciones que con ciertas variaciones en su actuación, la trama de las obras será siempre la misma. Todo lo que pertenece a este mundo es breve y contingente.

“Nada hay fijo en esta vida fugaz: ¡ni dolor infinito; ni alegría eterna; ni impresión permanente; ni entusiasmo duradero; ni resolución elevada que pueda persistir la vida entera! Todo se disuelve en el torrente de los años. Los minutos, los innumerables átomos de pequeñas cosas, fragmentos de cada una de nuestras acciones, con los gusanos roedores que devastan todo lo que hay grande y atrevido... Nada se toma en serio en la vida humana: el polvo no merece la pena.”³⁷

Luego, a la pregunta ¿Tiene algún sentido la existencia del hombre en el mundo? Con lo que hasta aquí se ha dicho es claro que no. Schopenhauer afirma que no hay un signo, una señal o una evidencia del por qué y el para qué de la existencia humana en el mundo. Su contingencia, su finitud, su muerte, nos indica que, fuera del pensamiento mismo del hombre, carece de sentido.

Schopenhauer plantea que el hombre existe absurdamente en el mundo. Coloca la existencia del hombre en el mundo como en un despeñadero. El hombre desde el momento de su nacimiento comienza el declive, dando tumbos durante su existencia en dirección a la nada. Esta caída al vacío es entendida desde tres perspectivas fundamentales: Desde el aspecto formal, desde el aspecto físico y desde el aspecto espiritual. Schopenhauer escribe:

Por lo cual, su existencia, si la consideramos sólo desde un punto de vista formal, es un constante caer del presente en el pasado muerto, un constante morir. Pero si consideramos ahora la cosa por el lado físico, es

³⁷ Arthur Schopenhauer, *El amor las mujeres y la muerte*, p. 86

evidente que así como nuestro andar es siempre una caída evitada, la vida de nuestro cuerpo es un morir incesantemente evitado, una destrucción retardada de nuestro cuerpo; y finalmente la actividad de nuestro espíritu no es sino un hastío evitado.³⁸

Existir en el mundo es emprender una carrera en el tiempo, cuya meta es la muerte. Existir es experimentar la decadencia del cuerpo, condenado al deterioro y la enfermedad, es experimentar el hastío en lo más hondo del espíritu y luchar constantemente contra ello. Esa lucha motiva a unos cuantos hombres a sumergirse en la acción creadora, mientras que la gran mayoría de humanos aturdidos combaten el aburrimiento con frivolidades. El hombre mientras vive jamás encuentra descanso, pues ello solo es posible al ser arrancado de este mundo por la muerte.

La muerte representa el asunto fundamental del drama humano. Porque la presencia de la muerte revela la insuficiencia, la miseria y el desamparo del individuo; lo vano de ese apego al mundo, de esa adhesión a las cosas de la tierra; el sinsentido de todos los esfuerzos por alcanzar lo que anhela. La muerte rompe todo vínculo del hombre con el mundo. Ser arrebatado por la muerte es ser arrancado del mundo. Si después de su fallecimiento los hombres pudieran estar en contacto con otros hombres, en este mundo o en otro mundo, entonces no existiría la muerte.

Los humanos nacen, existen, se encuentran en el mundo y desaparecen, como estrellas fugaces, sin importar que tan intensa u opaca haya sido su luz en la vida. Al final todos, Reyes o mendigos, sabios o ignorantes, buenos o malos, se hunden en la insondable oscuridad de la muerte, de la nada. Dice Schopenhauer: “Si un Dios ha hecho ese mundo, yo no quisiera ser ese Dios. La miseria del mundo me desgarraría el corazón.”³⁹

³⁸ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, p. 314

³⁹ Arthur Schopenhauer, *El amor las mujeres y la muerte*, p. 97

CAPITULO III

EL HOMBRE

FRENTE A LA REALIDAD INMINENTE DE LA MUERTE

III. EL HOMBRE FRENTE A LA REALIDAD INMINENTE DE LA MUERTE

*Qué va a pasar conmigo cuando mueras, qué quedará de mí cuando te vayas;
con quién me abrazaré cuando la pena recorra las cavernas de mi alma.
Entonces no sabré si la materia es cosa real o soledad pintada,
o sueño nada más o nube entera lo que quede, mi amor, cuando te vayas.
Quedará el tiempo en un reloj de arena y una valija con mis versos de agua,
y las pinturas que pinté de veras sólo mi amor porque conmigo estabas.
Y qué parte de mí se irá contigo en el viaje larguísimo del alma.
Qué armas hallaré en los arsenales para sobrellevar mi circunstancia.
Si estando ahora aquí, luchando juntos, se mueven dentro mío estos
fantasmas,
Qué va a pasar conmigo cuando mueras, qué quedará de mí cuando te vayas.¹
Anzoátegui.*

A. LA MUERTE COMO ACONTECIMIENTO CONCRETO

Pensar la muerte en su sentido puramente abstracto, es decir, a distancia, como algo lejano, que no afecta de manera directa y personal es, quizá, cosa sencilla. Desde esta perspectiva cualquier persona se atribuye el derecho a opinar o expresar su punto de vista respecto a cómo ha de entenderse o cómo ha de enfrentarse a la muerte.

En cambio, ocuparse de la muerte como un acontecimiento, es decir, como un hecho particular y concreto, que afecta de manera directa a los hombres de carne y hueso, es una realidad de la que pocos se atreven a hablar. A pesar de que, todos y cada uno de los humanos se reconocen en teoría como seres mortales, solo algunos aceptan en los hechos tal realidad.

La muerte como acontecimiento, la más clara y cruel de las realidades, visible y accesible para todo el mundo, constatada todos los días, constituye para la mayoría de los humanos un conflicto y problema relevante, por lo que es un asunto digno de considerarse. Sin embargo, siendo el problema fundamental en la vida del hombre, por el grado de afectación que le acarrea, se ha convertido paradójicamente en una especie de tabú, en algo impronunciable. ¿Por qué? Porque el hombre se resiste a aceptar a la muerte como una realidad, aunque en el fondo sea para él la certeza más clara e inevitable que pueda tener. Realidad

¹ Anzoátegui, *poemas sin guitarra*, pp. 110-103

contundente e indeseable por el profundo dolor, sufrimiento y conflicto interno que provoca a la gran mayoría de personas en el mundo.

Perder a un ser querido o saber de su muerte próxima o de la propia, es siempre un saber que desgarrar y violenta los más profundos sentimientos del ser pensante, porque lo enfrenta consigo mismo. El mortal que piensa o toma conciencia sobre su condición de mortal, percibe a la muerte como el fin de su existencia, como el término de su estancia en el mundo, como la ruptura definitiva de sus relaciones significativas.

La muerte inminente representa para el hombre el aniquilamiento de sus proyectos y aspiraciones. Tener conciencia de la muerte próxima es tener los ojos bien abiertos para mirar de manera cruda, cruel y dramática esa realidad ineludible. “La muerte es un golpe a la conciencia, un golpe que remueve nuestros más secretos principios. Pues para el hombre no existe muerte natural, nada de lo que sucede al hombre es natural puesto que su sola presencia cuestiona al mundo.”²

Por ello, abordar el tema de la muerte, desde esta perspectiva, exige un trato distinto, un análisis cargado de objetividad y sensibilidad humana para poder entender los sentimientos, sensaciones y emociones desagradables que experimenta quien tiene que enfrentar a la muerte como un hecho fehaciente.

Asunto que la filosofía, y otras áreas del conocimiento, no deben ignorar, porque sería como olvidarse de los hechos que motivaron el análisis metafísico de la realidad humana, porque sería como negar el punto de partida para la elaboración de los conceptos y pensamientos elevados, sublimes y admirables que se han aportado en torno a la muerte. Pero, sobre todo, sería negar el sufrimiento, que finalmente es la realidad más pura y esencial del hombre, realidad que motiva a la reflexión de cualquier otro problema humano. Pues si el enfrentar la muerte no implicara el sufrimiento, no habría necesidad de pensar sobre ningún otro asunto.

² Simone De Beauvoir, *Una muerte muy dulce*, p. 122.

Pero, ¿por qué la muerte ha de ser entendida como acontecimiento? Porque la muerte es un fenómeno natural que acontece en el mundo de manera cotidiana. A diario podemos presenciar, constatar o enterarnos de la muerte de miles de personas, en desastres naturales (terremotos, tsunamis, huracanes, etc.); en guerras, hambrunas, enfermedades, miseria, etc. La muerte es un acontecimiento porque es algo con lo que se convive cotidianamente.

La muerte es un acontecimiento porque los hombres fallecen. Mueren las personas de carne y hueso, singulares y concretas, individuos específicos, en circunstancias y condiciones específicas. Desde esta perspectiva ya no se concibe al hombre como un ser mortal (en abstracto), sino como un individuo singular que muere de forma singular (de forma concreta).

Y si la muerte es un acontecimiento ¿qué evidencias o pruebas empíricas se tienen de esta realidad? *El cadáver*³ de la persona que muere es la evidencia más clara y objetiva de que la muerte ha acontecido. El cuerpo sin vida, en el que todas las funciones biológicas han cesado, es precisamente la prueba empírica e irrefutable de esa realidad. “La visión de un cadáver me muestra que ahí han cesado la sensibilidad, la irritabilidad, la circulación sanguínea, la reproducción, etc. De ahí deduzco con seguridad que aquello que hasta el momento puso en marcha aquellas funciones, pese a ser siempre desconocido, ya no volverá a hacerlo, se ha alejado de ellas.”⁴

El cadáver es la evidencia que deja la muerte, evidencia a la cual es imposible ser indiferente. Pues, ante la objetividad de la misma es preciso dar cuenta de dicho suceso. Lo primero que hace clínicamente para certificar la muerte de una persona es verificar si está realmente muerta, para luego dar paso a una serie de trámites y acciones al respecto.

³ El significado de la palabra *cadáver* proviene del latín *cadavere*, que a su vez se deriva del verbo *cadere* (caer) y significa *caído, mortal*.

⁴ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. II, p. 522.

El tratamiento que se le da al cadáver de la persona que ha fallecido es una clara expresión de la manera cómo ha afectado la vida de quienes le sobreviven. Pues dar cuenta del acontecimiento de la muerte de una persona, a partir del cadáver, involucra varios aspectos de la vida humana: salubridad (conservación del cadáver), económico (gastos funerarios), social (reunión de familiares y conocidos para el sepelio o funeral, el luto) religioso (ritual, misa, plegarias oraciones), jurídico (acta de defunción), periciales (necropsia), entre otros.

La muerte, por lo tanto, no es una simple idea que se forma el hombre sobre su caducidad y finitud, sino una realidad con la que tiene que lidiar, y que tarde o temprano tiene que enfrentar de manera personal. La muerte es tan real que reta al hombre en todo momento. Y dirá Schopenhauer que los humanos nacen para aceptar ese reto,

La muerte como acontecimiento es una realidad que toca de cerca a los individuos singulares y concretos, que los pone en jaque, a tal grado que despierta en ellos sus más profundas emociones, sus más ocultos sentimientos, poniendo al descubierto su vulnerabilidad, sus debilidades y flaquezas.

Y no nos referimos aquí a la muerte del *hombre abstracto* del que se habla en los sistemas filosóficos y científicos. Sino al hombre concreto, que discurre en un espacio y en un tiempo. De un individuo que es localizable, que tiene un nombre y un cuerpo que constituye la evidencia no sólo de su existir, sino de su morir.

Nos referimos a la muerte del hombre que habita el mundo físico. “El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come, bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.”⁵

Hablamos de ese hombre concreto que llora, que se angustia, que se estremece de miedo, que entierra y rinde culto a sus muertos doblegándose a la propia muerte.

⁵, Miguel De Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 9.

Imaginemos a una persona que ha perdido a su ser más querido, o a aquella que ha recibido la noticia de su muerte inminente y próxima. No podemos pensarlas de otro modo que no sea en una atmosfera de profundo dolor y sufrimiento.

La muerte entonces, es un acontecimiento que hace de la vida humana un drama cotidiano. Pues todos los días sabemos de la muerte de miles de personas en el mundo, y todos los días vemos sufrir por su pérdida a otros tantos.

En él se nos presenta ante todo el hecho innegable de que, según la conciencia natural, el hombre no sólo teme la muerte de su propia persona sobre cualquier otra cosa sino que también llora intensamente la de los suyos y, por cierto, no de manera egoísta por su propia pérdida sino por compasión de la gran desgracia que les ha afectado; por eso censura a aquel que en tales casos no llora ni muestra su aflicción por su dureza y falta de sensibilidad.⁶

El sufrimiento y dolor que se experimenta al afrontar la muerte de los otros o la propia (cuando nos es anunciada), puede experimentarse en distintos niveles, dependiendo de quién haya muerto o quién esté por morir. Luego, la muerte por la que se sufre es de dos tipos de muerte: La muerte de los *otros*, y la muerte propia.

1. La muerte de los otros

La muerte de los *otros* es una realidad, como ya se dijo, de lo que siempre podemos dar cuenta o testimonio. Porque todo hombre que muere, deja evidencias claras de su muerte. Y en mayor o menor grado somos afectados por ello en cualquier aspecto de nuestra vida. Pues es imposible la indiferencia total ante los hechos, ante la muerte de un humano. “La muerte de un hombre nos empobrece, nos llena de asombro, de angustia y de protestas acalladas.”⁷

⁶ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* II, pp. 516-517.

⁷ Agustín Basave Fernández del Valle, *Metafísica de la muerte*. p. 6.

Según el grado de afectación que nos cause la muerte de los otros, podemos dividirla a su vez en dos tipos⁸: la *impersonal* y la *interpersonal*. “La primera se refiere al distanciamiento emocional con que recibimos la noticia de la muerte de seres lejanos en tiempo y espacio; [...]”⁹ Este tipo de muerte suele afectarnos de forma pasajera. Por ejemplo, enterarnos de la muerte de miles de personas con el terremoto en Nepal¹⁰, saber de la muerte de personajes importantes en la filosofía, como la muerte de Sócrates, enterarse de la muerte de vecinos, etc. Muertes que nos conmueven de alguna manera, pero que no afectan de manera impactante nuestra vida.

“La segunda visión de la muerte es la *interpersonal* y tiene que ver con la muerte de un ser cercano que conocemos o queremos, [...]”¹¹ Tal es el caso de los hermanos, los padres, la pareja, los amigos. Este tipo de muertes nos afectan en gran medida porque hay vínculos sentimentales muy fuertes. La convivencia constante da lugar a un arraigado apego, por lo que no es fácil aceptar este tipo de muertes. Pues ninguna persona está dispuesta a desprenderse de sus seres queridos que forman o formaban parte de su vida. Quien sufre la pérdida de un ser querido o tiene el diagnóstico de su muerte próxima experimenta con frecuencia el desgarramiento ante la sorpresiva certeza de su inminencia.

La muerte de los seres queridos simplemente es inaceptable. Es inaceptable mirar sus cuerpos a los que se les extinguió la vida, constatar que ya no respiran, ya no hablan, ya no aman, ya no odian. “El profundo dolor que nos causa el óbito de un amigo procede de que cada individuo implica cierto sentimiento indefinible, suyo, exclusivo, y por tanto, absolutamente irreparable.”¹² Cada persona que muere es singular e insustituible.

⁸ Cfr. Federico Ortiz Quesada, *El acto de morir*, p. 17.

⁹ *Ibid.*, p. 17

¹⁰ Terremoto ocurrido en abril de 2015, reportándose más de 7000 muertos.

¹¹ Federico Ortiz Quesada, *Ibidem.*, p. 17

¹² Arthur Schopenhauer, *Sabiduría de la vida. En torno a la filosofía. El amor, las mujeres, la muerte y otros temas*, p. 224

Algunos filósofos, como Heidegger, sostienen que en realidad no se puede pensar, ni mucho menos experimentar el morir de los otros, que a lo sumo asistimos a ello. Eso hasta cierto punto es cierto. Pero lo que no se puede negar es el acontecimiento de la muerte como tal y el profundo dolor que provoca en los hombres.

2. La muerte propia

Como si ver morir a los demás y sufrir por ello no fuera suficiente, hay que enfrentar también la propia muerte.

Cierto que hay seres humanos a los que la muerte les toma repentinamente, sin darles tiempo para resistirse, de modo que ni siquiera logran enterarse de ello. Pero la gran mayoría de los humanos, tarde o temprano, tienen que enfrentar su propia muerte en circunstancias críticas, por enfermedades, accidentes, violencia, desastre natural, etc.

El individuo que enfrenta su propia muerte es aquel que tiene la plena certeza de que en breve morirá. Es aquel que entabla una guerra contra la muerte misma, con la intención de prolongar su vida hasta donde sea posible. El individuo que enfrenta su propia muerte experimenta cómo la vida se le escapa.

El rasgo característico del hombre frente a su propia muerte (vista no como un concepto universal, sino como una realidad personal, cercana y propia), es el estado de angustia, desamparo e impotencia en el que se sume y se percibe a sí mismo.

Difícil será entender lo que se experimenta una persona ante la certeza de su propia muerte. Lo que sí resulta evidente es el dramatismo que encierra su existir, en ese encaminarse precipitadamente al final al cierre de su vida. Vida que se extingue, que se esfuma como niebla imposible de atrapar.

Afrontar la muerte propia es algo para lo que ningún hombre, excepto los sabios y los santos, está preparado y dispuesto a aceptar. “Todos los hombres son mortales: pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aun si la conoce y la

acepta, es una violencia indebida.”¹³ El hombre ante la certeza de su muerte próxima se resiste y lanza un rotundo ¡No! a esa clase de realidad.

La confrontación de la muerte propia, implica el enfrentamiento consigo mismo. Enfrentamiento que lleva al individuo al reconocimiento de sus propios límites. La muerte vista desde esta perspectiva se convierte en algo personal e intransferible. Muerte contra la que el individuo tiene que luchar ferozmente hasta el último aliento de vida, para terminar vencido en los brazos de la muerte.

La certeza de la muerte propia pone en suspenso vida cotidiana del hombre. Pues ese irrumpir inesperado de la certeza de la muerte inminente quebranta su visión y continuidad de la su vida. La muerte se le presenta ahora como una situación límite. “La muerte es el desate doloroso del nudo formado por la generación con voluptuosidad. Es la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño.”¹⁴

A partir del momento, en el que el individuo tiene la certeza de su muerte próxima nada es igual para él. La certeza de la muerte rompe la continuidad del tiempo en un antes y un después. Un ahora doloroso y dramático, en la espera de un fausto final. Nada volverá a ser igual para el individuo que espera contra su voluntad su propia muerte.

Esperar vale tanto como confundir el deseo de un acontecimiento con su probabilidad. Tal vez ningún hombre se ve libre de esta vesania del corazón, que hurta a la mente el juicio exacto de la contingencia, hasta el punto de considerar una probabilidad entre mil como un caso muy posible. A pesar de todo, un suceso desgraciado y sin esperanzas se asemeja a la muerte repentina, mientras que la esperanza, siempre engañada y siempre viva, es a modo de óbito tras la lenta agonía.¹⁵

¹³ Simone De Beauvoir, Op.cit. p. 122.

¹⁴ Arthur Schopenhauer, *Sabiduría de la vida. En torno a la filosofía. El amor, las mujeres, la muerte y otros temas*, p. 344

¹⁵ *Ibid.* p. 225

Sin importar lo adverso de las circunstancias el hombre, singular y concreto, se resiste con vehemencia a morir, no sólo por el rechazo natural al sufrimiento, o por la degradación de la vida que precede el trance final, sino por el profundo e irracional apego al mundo, a los seres y a las cosas que ama. Por ello, “Todos los hombres ansían no desaparecer del recuerdo de sus deudos después de muertos; los grandes ambiciosos aspiran a la gloria póstuma; este deseo deriva, en nuestro sentir, del apego a la vida. Ante la existencia real, nos aferramos a la única existencia todavía posible, aunque únicamente ideal, es decir, a una ineludible muerte, [...]”¹⁶ La muerte en este sentido significa el fin, el cierre definitivo de toda posibilidad, en el que la conciencia del hombre singular y concreto se diluye en la nada.

Morir no es un hecho cualquiera, es un hecho cargado de significado humano. La pérdida de un ser querido o el saber de su muerte próxima o de la propia, constituye un golpe rotundo que noquea y deja derrotados a los humanos. El enfrentar a la muerte, como un acontecimiento presente o próximo, lleva implícitos una serie de cambios en la vida del ser humano pues, como ya se dijo, representa siempre un rompimiento y una separación. “Un hombre siente que sus ligaduras se van desatando una tras otra y presiente la muerte que se le acerca, disolviendo a la vez su cuerpo y su voluntad; [...]”¹⁷ La experiencia que sufre el que espera a la muerte es una experiencia desgarradora, experiencia de desprendimiento. Experiencia que se extiende a los seres queridos que le sobrevivirán.

La muerte como acontecimiento representa la aceptación forzada y cruel de la finitud, vulnerabilidad e impotencia del ser humano ante la realidad inevitable. El hombre frente a la muerte de sus seres queridos o frente a su propia muerte experimenta un gran sufrimiento, dolor y miedo.

¹⁶ Ibidem. p. 224

¹⁷ Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*, p. 393

B. TANATOFOBIA O MIEDO A LA MUERTE

1. Concepto de Tanatofobia

La Tanatofobia o miedo a la muerte es uno de los fenómenos humanos más generalizados que se pueden percibir cotidianamente. Particularmente en quienes se encuentran cerca del final de su vida o algún ser querido y lo saben o son conscientes de ello. Quien se encuentra en situación de muerte próxima e inminente no sólo tiene que luchar contra esta realidad, buscando todas las alternativas para conservar la vida, sino que además tiene que enfrentar su propio miedo y angustia ante un acontecimiento real, empírico y concreto, lo cual hace de la vida de miles de personas algo existencialmente doloroso y dramático.

El significado de la palabra *tanatofobia* proviene de tres vocablos griegos: *tanatos* (θάνατος) que significa *muerte*, *fobos* (φόβος) que significa *miedo*, e *ia* (ια) que significa *acción* o *actividad*. Es decir, el acto de tener miedo a la muerte.

El diccionario define a la tanatofobia como un persistente, anormal e injustificado miedo a morir o miedo a que mueran los seres queridos. En psicología se define como un miedo irracional, enfermizo y obsesivo a morir, es decir, como algo patológico.

¿Pero en realidad hemos de considerar el miedo a la muerte como anormal o patológico?

Schopenhauer afirma que el miedo a la muerte es lo más universal y natural en el ser humano. El miedo es una de las sensaciones humanas que más fácilmente podemos comprender, porque es una sensación que se experimenta cotidianamente, como el hambre y la sed.

A pesar de que culturalmente se reprime o se niega el miedo a morir, es algo que está presente en todo momento en la vida de todos los animales y los humanos, pues como se dijo anteriormente, a cada instante, a cada minuto los seres vivos luchan para vivir o sobrevivir: respirando, alimentándose, evitando o previniendo cualquier peligro que ponga en riesgo su vida, es decir, para evitar la muerte.

Pero el hombre no solo experimenta miedo, sino algo más profundo y propio a su existencia que es la angustia que le provoca pensar y anticiparse al inevitable fin.

El miedo a morir es algo ancestral porque es algo inherente a la naturaleza de los animales, incluyendo al hombre. El miedo es algo que todos llevamos dentro, y que viene desde dentro. Aunque ciertamente, para algunas personas puede constituirse en una idea obsesiva que los incapacite para llevar una vida “normal”. La gran mayoría de los humanos experimentan el miedo a morir o el miedo a que mueran las personas queridas.

La palabra *miedo* proviene del término latino *metus*. El miedo es la reacción normal, de los animales y las personas, ante estímulos (situaciones, personas, cosas, fenómenos, etc) que representan peligro o amenaza. El concepto refiere también a la aversión que se experimenta a aquello que represente un riesgo o peligro de perder lo que se tiene, o de no obtener lo que se desea. El miedo es una excitación o emoción provocada por la intuición o representación de un peligro, real o imaginario. Dicha emoción va acompañada por un deseo intenso de evitar el peligro o escapar de la amenaza. Es el miedo un impulso o reacción instintiva común de todos los seres humanos, del que nadie logra liberarse. El miedo es siempre irracional, puesto que es una reacción espontánea ante la presencia de una amenaza.¹⁸

Todas las personas tienen miedo en mayor o en menor grado: miedo al fracaso, a estar solos, a ser abandonados, a no despertar, a perder la conciencia, a envejecer, a sufrir, a morir, etc. En fin, los seres humanos sienten miedo hacia todo aquello que representa pérdida o fracaso.

La naturaleza está provista de lo necesario para su supervivencia. Y el miedo cumple con esa función esencial y primaria, porque incita al individuo a luchar por su vida ante cualquier amenaza. Está ligado al instinto de conservación. El miedo es parte de la condición mortal de los seres vivos. Si los seres vivos no estuvieran

¹⁸La naturaleza del miedo es siempre irracional. Aunque podemos razonar sobre los motivos y causas del mismo, y tener un control o dominio de este, como lo hacen los sabios, según Schopenhauer, pero para ello, se requiere de preparación.

condenados a morir, no estarían provistos naturalmente del poderoso impulso a la supervivencia, del poderoso instinto de conservación.

Además del miedo, el hombre experimenta la angustia, que torna su vida en una atmosfera de gravedad.

2. Motivos del miedo a la muerte

La muerte representa para el hombre una realidad inaceptable, una realidad que le produce miedo y angustia. Pero, ¿por qué la tanatofobia es un fenómeno generalizado? ¿Cuáles son los motivos por los que el hombre tiene miedo a la muerte?

El filósofo alemán plantea que detrás del miedo a la muerte se esconden todos los miedos que pueda experimentar el ser humano: al dolor, al sufrimiento, a la destrucción del organismo, a la anulación de la conciencia, a la aniquilación, a la nada, a la oscuridad, a lo desconocido. En fin, existen diversos motivos por los que el ser humano teme a la muerte. Entre los principales podemos mencionar los siguientes:

El instinto de conservación.- Desde la perspectiva biológica diremos que el miedo a la muerte tiene su raíz inmediata en la voluntad. Pues como ya se dijo, la voluntad es el impulso que se manifiesta de manera poderosa en la conservación del individuo. Es decir, el instinto tiene su principio en la naturaleza misma. Biológicamente el miedo a la muerte es algo *a priori* o innato no solamente en el hombre, sino también en los animales.

De hecho, el miedo a la muerte es independiente de todo conocimiento: pues el animal lo posee, pese a no conocer la muerte. Todo lo que nace lo trae ya consigo al mundo. Pero ese miedo a la muerte *a priori* es solo la otra cara de la voluntad de vivir que somos todos nosotros. Por eso a cada animal, igual que el cuidado por su conservación, le es también innato el miedo a su destrucción: este, y no la mera evitación del dolor, es lo que se muestra en la angustiosa cautela conque el animal intenta ponerse a sí mismo, y más a su prole, a

salvo de cualquier cosa que pudiera resultar peligrosa. ¿Por qué el animal huye, tiembla e intenta esconderse? Porque es pura voluntad de vivir y como tal está entregado a la muerte, y quiere ganar tiempo. Exactamente igual es por naturaleza, el hombre. El mayor de los males, la peor amenaza, es la muerte, y el mayor temor es el temor a la muerte.¹⁹

El instinto de conservación es un impulso ciego e irresistible que excita desde dentro a los seres vivos, apuntando siempre no a la preservación del individuo en sí mismo, sino a la preservación de la especie. Considerando al instinto de conservación como motivo de miedo a morir, en nada se distingue el hombre de los animales. Desde esta perspectiva, el miedo en su origen, no tiene que ver con la conciencia, el conocimiento o concepto de peligro. Es decir, no del saberse el hombre un ser para la muerte. Más bien, es el resorte originario que impulsa al individuo a la preservación de su vida. “(...) el gran apego a la vida o, más bien, el miedo a la muerte, no brota en modo alguno del *conocimiento*, en cuyo caso sería el resultado de conocer el valor de la vida; sino que aquel miedo a la muerte tiene su raíz inmediata en la *voluntad* en su ser originario, que carece de todo conocimiento y es ciega voluntad de vivir.”²⁰ El miedo es inherente al impulso de vida de los animales y del hombre. El miedo como instinto es completamente irracional y violento, pues es voluntad.

Recuerdo del dolor.- La esencia de la vida es dolor, como se dijo al principio de este trabajo. Luego, las experiencias dolorosas provocan miedo. En el caso del hombre, no sólo experimenta el dolor en el presente, sino que se anticipa a situaciones dolorosas, racionalmente. El anticiparse es lo que lo distingue al hombre de los animales. Luego, el hombre asocia la muerte con el sufrimiento, formándose una concepción nefasta de la misma, naciendo en lo profundo de su ser un miedo atroz. De tal manera que nadie quiere llegar a ella. Pues desde esta perspectiva es entendida como el peor de los males. Por ello se explica el por qué las personas que quieren causar daño a otras -por los motivos que sean- les desean o les infligen

¹⁹ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. II, p. 517

²⁰ *Ibid.* p. 551

la muerte, como el peor de los males. "...el afán de venganza en su grado máximo busca la muerte del rival como el mayor mal que se le puede infligir."²¹

Agresión o desintegración del cuerpo.- Otro de los motivos del sentimiento de amenaza y miedo a la muerte es el asociarla con la desintegración del cuerpo. El cuerpo es la objetivación fenoménica de la voluntad. El conocimiento del individuo se da a partir del conocimiento del cuerpo. "El objeto inmediato, es decir, la representación que sirve de punto de partida al sujeto para el conocimiento, es aquí el cuerpo"²²

La objetivación inmediata de la voluntad es el cuerpo. Y cuando referimos a la muerte clínicamente, se habla del cese total de las funciones orgánicas, es decir del cuerpo. De modo que, el temor más grande en la espera de la muerte es la anulación del funcionamiento de los órganos, y como consecuencia el estado de descomposición y desintegración del cuerpo. El miedo a herirse, a infectarse, lleva implícito el miedo a la disgregación del cuerpo, que culmina finalmente con la muerte. "Conforme a lo dicho, lo que nos resulta tan temible de la muerte no es el término de la vida, ya que este no le puede parecer a nadie especialmente digno de ser lamentado, sino más bien la destrucción del organismo: porque este es la voluntad misma que se presenta como cuerpo."²³ La enfermedad, el deterioro y la vejez son indicadores que anticipan la desintegración del cuerpo que se alcanza al consumarse con la muerte.

Lo desconocido.- Un motivo más del miedo a morir es la idea de la muerte como un salto a lo desconocido, como el umbral de algo de lo que no se sabe, que no podemos entender y explicar. Desde esta perspectiva, la muerte representa un misterio para el hombre, algo que no se puede pensar priori ni a posteriori. Y lo que es desconocido para el hombre es motivo de angustia. Pues la incertidumbre provoca miedo, el no saber qué sigue. Miedo a no saber que nos espera, a no saber

²¹ Ibidem. p. 517

²² Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 36

²³ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. II, p. 521

lo que se puede experimentar, a que suceda algo distinto de lo que se desea o anhela.

Los humanos experimentan muchas veces miedo a la muerte, porque se les muestra como un enigma indescifrable. El no saber qué sigue o qué hay después de morir, hunde al pensamiento de los seres humanos en el desasosiego. Podríamos decir que este tipo de miedo genera angustia, que es el temor a algo indefinido, algo que no se puede delimitar objetivamente, algo indeterminado e insondable, es decir, impenetrable e incomprensible. El hombre teme a aquello que desconoce, y la muerte reúne esos aspectos que angustian al hombre.

Como se mencionó, el miedo es innato, no es aprendido, lo que se aprende es a temerle a ciertas cosas. Y el miedo a la muerte, se puede decir que es un principio de la naturaleza que responde a la supervivencia de los individuos. Pero, culturalmente ese miedo se refuerza, se acentúa y se niega a la vez.

El egoísmo.- El egoísmo es también un motivo de miedo a la muerte. Cada individuo piensa, erróneamente que es el ser más extraordinario del universo. Que lo que él hace, decide o evita es lo más importante, y que nadie podría ocupar su lugar. La idea de la muerte entonces, perturba el pensamiento de las personas partiendo de la idea de que el mundo no sería el mismo, de que los *demás* no podrán vivir como hasta ahora sin su presencia, sin sus consejos, sin su apoyo, etc. Es decir, cada individuo se considera indispensable para los demás. “El egoísmo consiste propiamente en que el hombre reduce toda la realidad a su propia persona, al figurarse que sólo existe él y no los demás. La muerte lo desengaña suprimiendo esa persona, (...)”²⁴ Las personas niegan la contingencia de su existir, y consideran una injusticia el que la muerte los arranque de la vida, porque se consideran la cosa más maravillosa que pudo haber existido. La sola idea de truncar sus proyectos, sus ideales, sus sueños les parece aterrador. Esta idea provoca generalmente una resistencia y una lucha encarnizada contra la muerte, donde el hombre termina siendo vencido, lo cual resulta sobrecogedor e insensato.

²⁴ Ibid. p. 560

Exigir la inmortalidad de la individualidad significa propiamente querer perpetuar un error hasta el infinito. Pues en el fondo cada individualidad no es más que un error especial, un paso en falso, algo que sería mejor que no fuese, e incluso liberarnos de eso constituye el verdadero fin de la vida. Esto se confirma también porque la mayoría, en realidad todos los hombres, son de tal condición que no podrían ser felices en ningún mundo en el que se les pudiera colocar. (...) Así que para que el hombre alcanzara un estado feliz no bastaría con que se le pusiera en un «mundo mejor» sino que también sería necesario que sufriera una transformación radical, es decir, que dejara de ser lo que es y, por el contrario, fuera lo que no es. Pero para eso, primero tiene que dejar de ser lo que es: ese requisito lo cumple transitoriamente la muerte.²⁵

Lo anterior nos indica que hagamos lo que hagamos no podemos renunciar a nuestra naturaleza y destino final: la muerte. Así que todos los esfuerzos por encumbrarnos por encima de la naturaleza son vanos. El egoísmo, motivo del miedo y resistencia a la muerte, transforma a la vida humana en un espectáculo disparatado, donde el ego y egolatría terminan hechos trizas.

Ese gusanillo llamado “hombre”, podrá pavonearse cuanto quiera en la inmensidad del universo, que sólo en muy pocos puntos muestra la posibilidad (sólo la posibilidad) de la “vida”, y en un minúsculo trozo de la historia terrestre nos ofrece el espectáculo del llamado “hombre”. Podrá pavonearse cuanto quiera y sentirse todo lo importante que le plazca en su historia; podrá envanecerse de haber producido Estados, obras artísticas, ciencias, instrumentos, idiomas, poemas, etc..., y vanagloriarse de tener “conciencia”, y de no estar como el animal, *en éxtasis* sobre el mundo. No por ello deja de ser la vía muerta, la enfermedad de la vida.²⁶

²⁵ *Ibidem*, p. 545

²⁶ Max Scheler, *La idea del hombre y la historia*, pp. 54-55

El hombre con todo su egoísmo, con todo su sentido de grandeza, con todos sus sueños, con todos sus aportes finalmente sucumbe ante la muerte. Ni la religión, ni la ciencia, ni la tecnología, ni la filosofía han podido combatirla. Tampoco han logrado hasta ahora acallar el miedo que le provoca.

Idea de la inexistencia o aniquilación.- La idea de la inexistencia, con la llegada de la muerte, es algo que aterra al hombre. Al ser humano, como ya se dijo, le es inherente el impulso a la vida, el instinto de conservación. Pero como ser pensante, lo envuelve también la idea de la inmortalidad. No quiere dejar de ser. “Cuando *todavía no* existíamos había pasado toda una eternidad: pero eso no nos aflige en absoluto. En cambio, el que al momentáneo *intermezzo* de una efímera existencia haya de seguir una segunda infinitud en la que *ya no* existiremos nos resulta duro y hasta insoportable.”²⁷ La idea de hundirse en la nada, en el vacío le resulta intolerable al hombre.

Schopenhauer afirma que el miedo a la idea de la inexistencia con la muerte, resulta insensato, tan insensato como que el hombre llorara o sufriera por la inexistencia que antecedió a su nacimiento. “Si fuera el pensamiento de la inexistencia lo que nos pareciese tan terrible de la muerte, tendríamos que pensar con el mismo horror el tiempo en el que aún no existíamos. Pues es incontestablemente cierto que la inexistencia tras la muerte no puede ser distinta de la anterior al nacimiento y, por tanto, tampoco más lamentable.”²⁸ Antes de la existencia precedió un tiempo infinito, y después de la muerte prosigue ese tiempo infinito. El individuo es como una luz fugaz que apareció en ese infinito.

El dolor o el sufrimiento, motivos de miedo a la muerte, según Schopenhauer, son propios de la vida. Y mientras el hombre los experimente es claro que aún vive, que la muerte aún no llega. Una vez que esta llega es ya imposible experimentar sufrimiento alguno, pues la conciencia queda anulada, por lo que no es posible ya formular juicio alguno sobre sensación, sentimiento o pasión alguna. “Tampoco la muerte violenta puede ser dolorosa, ya que ni siquiera las heridas graves se sienten

²⁷ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. II, p. 519

²⁸ *Ibid.* p. 519

por lo regular más que un instante después y con frecuencia solo se notan por los signos externos: sin son inmediatamente mortales, la conciencia desaparece antes de descubrirlas: si matan más tarde, entonces son como las demás enfermedades.²⁹

Los pesares, preocupaciones y desdicha que se padece ante la inminencia de la muerte, propia o de un ser querido, muchas veces son fruto del concepto y la opinión errada que nos hemos formado de ella. Pero si se reflexiona y se tiene un conocimiento profundo sobre la esencia de la vida, sobre la naturaleza humana, llevará al hombre a reconocer que la muerte es el destino final de todo organismo vivo. Entonces formaremos juicios fundados sobre las circunstancias que rodean a dicho acontecimiento. El conocimiento lleva al reconocimiento y finalmente a la aceptación.

“Además, la vida en todo caso ha de terminar pronto; de modo que los pocos años que quizá hayamos de existir aún desaparecen completamente ante el tiempo infinito en el que ya no existiremos. Por eso ante la reflexión parece hasta ridículo preocuparse tanto por ese lapso de tiempo, temblar tanto cuando la vida propia o ajena está en peligro, y componer tragedias cuyo horror tiene su nervio único en el miedo a la muerte. Aquel poderoso apego a la vida es, por tanto, irracional y ciego: solo se puede explicar porque todo nuestro ser en sí es ya voluntad de vivir a la que la vida le ha de parecer el supremo bien, por muy amarga, breve e incierta que sea; y también porque aquella voluntad es en sí misma y en origen ciega. En cambio el conocimiento, lejos de ser el origen de aquel apego a la vida, lo contrarresta al revelar su falta de valor y combatir así el miedo a la muerte. —Cuando vence y el hombre se enfrenta a la muerte tranquilo y sereno, se le honra como grande y noble: entonces celebramos el triunfo del conocimiento sobre la ciega voluntad de vivir que es, no obstante, el núcleo de nuestro propio ser. Igualmente despreciamos a aquel en quien el

²⁹ *Ibidem.* p. 521

conocimiento sucumbe en aquella lucha y que así se aferra incondicionalmente a la vida, se resiste manifiestamente a la llegada de la muerte y la recibe con desesperación.”³⁰

Pero, ¿por qué la distinción entre los hombres que enfrentan a la muerte cobardemente y aquellos que la enfrentan con arrojo y valentía? Porque el hombre se distingue del resto de los animales por su capacidad de pensar. Y el pensamiento lleva al conocimiento. De manera que, a través de la reflexión y conocimiento de la naturaleza de la vida, tiene dos opciones: La primera, morir oponiendo resistencia, creando una atmósfera de tragedia y sufrimiento y, la segunda, prepararse para morir, resignarse, aceptar y esperar la llegada de la muerte sin miedo, sin resistencia, y por ende sin sufrimiento. En ambos casos, si la muerte es inminente entonces será inevitable. Pero la primera estará acompañada de mucho dolor y sufrimiento innecesario, mientras que la segunda ahorrará penurias y será una forma mucho más digna de morir.

El dolor y el sufrimiento pertenecen a la vida. Y la muerte es el remedio a todos los males y miserias del hombre. “Entonces, puedo consolarme del tiempo infinito tras mi muerte en el que no existiré, con el tiempo infinito en que no he existido, como un estado habitual y verdaderamente cómodo para mí. Pues la infinitud *a parte post* sin mí no puede ser más terrible que la infinitud *la parte ante* sin mí, ya que ambas no se distinguen más que por el intervalo de un efímero sueño de la vida.”³¹ La vida del individuo es como una luz fugaz, como un rayo que cruza la eternidad.

Ahora bien, si el miedo a morir está motivado por la idea de la inexistencia o aniquilación del individuo después de la muerte entonces, dice Schopenhauer, “(...) es en sí y por sí absurdo considerar la inexistencia como un mal; pues todo mal, como todo bien, supone la existencia y hasta la conciencia (...)”³²

³⁰ Ibidem. p. 518

³¹ Ibidem. pp. 519-520

³² Ibidem. p. 520

La muerte no debe ser temida porque, afirma Schopenhauer, se asemeja al desmayo y al sueño (dormir), en los que las personas se desconectan del mundo y de sus problemas.

Quien alcanza un sueño profundo logra un descanso profundo. Y siendo la muerte como un sueño profundo y definitivo, alcanza también un descanso profundo y definitivo. Quien duerme o se desmaya deja de padecer y sufrir, pues al desconectarse del mundo, entra en un estado de quietud y descanso. Quietud y descanso que, al despertar, el individuo agradece.

Luego la muerte que es semejante al sueño, solo puede dar al hombre una quietud y descanso permanente. "(...) la sensación mientras se produce es todo menos desagradable y, sin duda, como el sueño es hermano de la muerte, el desmayo es su gemelo."³³ La muerte no es más que un sueño profundo. Quien muere duerme por toda la eternidad, alcanzando por fin la paz.

Schopenhauer afirma que el hombre debe dominar el miedo a la muerte. Porque todo lo que aqueja al hombre pertenece a la vida. Ciertamente que con la muerte se pierde la vida, pero no se puede considerar un mal lo que ya no se puede echar de menos.

La vida es el infierno para el hombre, dice Schopenhauer, mientras que el reposo, la quietud y la paz definitiva solo se alcanzan con la muerte. "Si llamáramos a la puerta de los sepulcros y preguntáramos a los muertos si quieren resucitar, menearían la cabeza."³⁴

La muerte es la liberación de toda pena, molestia, envidia, rabia, sufrimiento, etc. "Por encima de todo esto, la muerte es la gran ocasión de dejar de ser yo: dichoso aquel que la aprovecha."³⁵ Luego qué sentido tiene dejarse dominar por el miedo.

³³ Ibidem. p. 521

³⁴ Ibidem. p. 517

³⁵ Ibidem. p. 561

Además, dice el filósofo alemán, el hombre, para dominar sus miedo, debe reconocer el carácter indestructible de su ser con la muerte³⁶. Porque como se dijo en el primer capítulo de este trabajo, la voluntad, la esencia del mundo, la fuente que constituye el principio y fin de todos los seres es infinita, eterna, inagotable, por consiguiente la muerte de un individuo no es otra cosa que un retorno a lo infinito, a lo indestructible.

La muerte no es el ocaso total del hombre. El hombre, en esencia, es indestructible. “(...) el ser viviente no sufre una destrucción absoluta con la muerte sino que permanece en, y junto con la totalidad de la naturaleza.”³⁷ Morir no significa otra cosa que un retorno al seno de la voluntad, de la madre universal de todo cuanto existe. “Gracias a ella, nada se pierde a pesar de milenios de muerte y putrefacción, ni un átomo de materia, y menos aún algo de la esencia interna que se presenta como naturaleza. Por consiguiente podemos aclamar gozosos: «¡A pesar del tiempo, de la muerte y la putrefacción, estamos todos juntos!»”³⁸

Por ello el significado de la trillada frase: *simplemente se nos adelantó*, que se escucha en los funerales, en el contexto de la filosofía de Schopenhauer, hemos de interpretarla de manera literal, porque al morir estaremos juntos nuevamente con todos los que anteriormente han muerto. Pues la esencia de todo lo que existe es una y la misma.

El miedo a la muerte es motivo de conflicto interno en el hombre. El miedo es sufrimiento. Enfrentarlo, dominarlo se hace necesario, porque tener miedo a la muerte es condenar la vida al sufrimiento.

³⁶ Cfr. *Ibidem*. p. 515

³⁷ *Ibidem*. p. 525

³⁸ *Ibidem*. p. 532

C. EL DUELO ANTE LA INMINENCIA DE LA MUERTE

Schopenhauer sostiene que el hombre debe prepararse para morir. Preparase conscientemente para aceptar la muerte de nuestros seres queridos o la propia, e ir más allá de una actitud de espectadores temerosos, angustiados, mudos y sufrientes. ¿Cómo? Conociendo y aceptando que la muerte es un suceso inevitable, algo que siempre ha acontecido, que acontece y seguirá aconteciendo.

Aunque dicha preparación y aprendizaje supone, sin embargo, una dosis de sufrimiento porque implica: trabajo intelectual, desarrollo de las capacidades y virtudes morales; esfuerzo en el conocimiento de la naturaleza del mundo, de la vida y del hombre mismo; preparación espiritual, dominio de las pasiones y flaquezas humanas. Lo cual resulta difícil para la gran mayoría de los seres humanos que, impulsados por su egoísmo, luchan por obtener y poseer todo lo que pueden en esta vida. De este modo establecen vínculos con el mundo, vínculos que los atan y cuyos lazos no están dispuestos a romper.

Schopenhauer propone prepararse para la muerte, porque con ello el hombre evitará grandes sufrimientos, pues otra manera la muerte le será siempre insoportable. Prepararse implica significar a la muerte, no sólo como el cese total e irreversible del funcionamiento de los órganos y del cuerpo, sino como el cese total de toda penuria, de todo dolor y sufrimiento.

Le es preciso al hombre adoptar una actitud valerosa y apacible ante las circunstancias funestas de la vida. Porque de lo contrario seguirá haciendo de su vida, al resistirse a la muerte, una tragedia y un drama.

Hasta ahora, para la gran mayoría de los hombres, la pérdida de un ser querido o el conocimiento de la muerte propia inminente constituye una experiencia de desprendimiento desgarradora, tanto para el que muere como para sus seres queridos. “En él se nos presenta ante todo el hecho innegable de que, según la conciencia natural, el hombre no sólo teme la muerte de su propia persona sobre

cualquier otra cosa sino que también llora intensamente la de los suyos y, por cierto, no de manera egoísta por su propia pérdida sino por compasión de la gran desgracia que les ha afectado; por eso censura a aquel que en tales casos no llora ni muestra su aflicción por su dureza y falta de sensibilidad.”³⁹

Aprender a afrontar la muerte es aprender a despedirse. El morir no sólo implica aceptar la corrupción del cuerpo, sino algo más profundo, el fin de toda relación con el que muere. Esto representa una sacudida a la conciencia, porque a pesar de que la muerte es algo cotidiano, y de que todos los humanos saben de algún modo que han de morir, la mayor parte de su vida niegan dicho acontecimiento, así que esta se presenta siempre, como algo sorpresivo, como algo nunca esperado que hunde al hombre en un estado de dolor y sufrimiento: duelo.

1. Concepto de duelo

Desde el pensamiento de Schopenhauer, podemos decir que el duelo es el proceso de sufrimiento, desesperanza y dolor por el que atraviesa un ser humano ante la pérdida de un ser querido, ante una situación adversa, es decir, cuando la naturaleza (voluntad) se le muestra con toda su crudeza y le trunca sus sueños o le arrebató lo que tenía, que en realidad nunca fue suyo.

Así que, según Schopenhauer, la vida del ser humano se caracteriza por la pérdida constante: Pérdida de la satisfacción, pérdida de las esperanzas, de las cosas, de la salud, de la juventud, de las personas queridas.

Las pérdidas son algo que nos acompaña desde que nacemos hasta que morimos. Las pérdidas, como nuestros deseos son ineludibles, de manera que el dolor, el sufrimiento y las lágrimas son una constante universal en el ser humano. Desde el dolor físico causado por enfermedades, accidentes, violencia, guerras, etc., hasta el dolor moral, provocado por remordimientos, sentimientos de culpa, apegos, incomprensión de los demás, sensación de impotencia, percepción de trato injusto, frustración, etc.

³⁹ *Ibidem*. pp. 516-517

Lo cierto es que el hombre siempre está anhelando aquello de lo que carece. Pero, el desear no es garantía de satisfacción, de manera que constantemente los deseos se impactan contra la realidad, y literalmente quedan hechos añicos, destruidos.

Pues cuando un hombre, al verse abatido por un revés, se desespera o se encoleriza, demuestra que las cosas han sucedido de otro modo de lo que él pensaba; por consiguiente, que estaba en un error, que no conocía el mundo, ni la vida, no sabía cómo ante nuestros pasos se cruzan tanto la naturaleza material con sus fines opuestos como los intereses de los demás hombres; por consiguiente, o ha hecho uso de su razón para llegar a un conocimiento general de las leyes de la vida o su inteligencia carece, del vigor necesario para aplicar al caso particular su saber general, y por esto se siente sorprendido y pierde su ecuanimidad⁴⁰

Schopenhauer plantea que el ser humano vive en constante duelo. Ese choque entre los deseos de cada individuo y su condición fenoménica es lo que le provoca un impacto a su razón, generando en él un proceso de dolor y sufrimiento. Toda pérdida genera un duelo, y mientras mayor sea la pérdida, más difícil será el duelo, sobre todo si se trata de la muerte de un ser querido, que es lo que aquí nos ocupa.

El psicoterapeuta y dramaturgo Jorge Bucay, expresa de una manera sencilla y clara el concepto de duelo: “El duelo es el doloroso proceso normal de elaboración de una pérdida, tendiente a la adaptación y armonización de nuestra situación interna y externa frente a una nueva realidad.”⁴¹ El Duelo es una serie de experiencias de carácter subjetivo que se genera a partir de una percepción funesta de un acontecimiento (muerte de un ser querido) o de una situación (enfermedad grave que pone en riesgo la vida).

Ahora bien, al consultar diferentes diccionarios y bibliografía del argentino Jorge Bucay⁴² para rastrear el origen etimológico de la palabra *duelo*, nos encontramos

⁴⁰ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 104

⁴¹ Jorge Bucay, *El camino de las lágrimas, en Hojas de Ruta*, p. 393

⁴² Cfr. *Ibid.* pp. 385-386

que el término tiene diferentes significativos. Significados que, a mi parecer nos permite esclarecer el concepto de dicho término en el marco del pensamiento filosófico de Schopenhauer.

Los significados etimológicos de la palabra *Duelo* son: 1. Del bajo latín, *duellum* que significa *lucha, desafío*, 2. De *duellum* que da lugar a *bellum*, que significa combate, guerra. 3. Del latín *duo*, que significa *dos*, y *bellum*, que significa “pelea entre dos, precediendo desafío o reto.”⁴³ 4. Del latín *dolus* o *dolo* que significa *engaño, fraude, ardid, treta*. 5. Según Schopenhauer, *Duelo* no se deriva de la voz latina «duellum», sino de la palabra española «duelo», que significa dolor, queja, lamento, pena y protesta⁴⁴ particularmente ante la pérdida de un ser querido. Los distintos significados son verdaderamente reveladores para aproximarnos y entender en su sentido más profundo la experiencia de duelo por la que atraviesa todo aquel que sufre una pérdida o el anuncio de su muerte próxima.

Si partimos del primer significado etimológico de la palabra *Duelo*, como desafío, diremos que toda persona en este estado emprende una lucha consigo mismo, desafiando a su débil y frágil naturaleza, para soportar el dolor más intenso, pues no está hecho para aceptarlo, pero si para soportarlo y superarlo.

Respecto al segundo significado, pensemos que toda persona que está de duelo entabla una guerra, una lucha contra la “*realidad*”, llevando hasta sus últimas consecuencias sus esfuerzos por prolongar la vida. Quizás recurriendo a todas las opciones posibles por mantener con vida o evitar la muerte de la persona amada.

En cuanto al tercer significado hemos de sostener que el que está en duelo experimenta un conflicto interno entre dos aspectos psíquicos opuestos: Uno, el de saber y reconocer que el acontecimiento que nos provoca dolor es inevitable y por otro lado el no aceptar la situación, en negar el hecho, esperando que ocurra un milagro y que todo vuelva a la normalidad.

⁴³ Agustín Mateos M, *Etimologías latinas del español*, p. 195

⁴⁴ Cfr. Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena*. Vol. II, p. 399

Sobre el cuarto significado, la persona que está de duelo, experimenta la sensación de haber sido engañada, defraudada por la vida, de la que siempre espera más de lo que esta le da. “A veces ocurre que hemos trazado un plan y nos hemos aferrado a él, y más tarde se demuestra que no era en modo alguno adecuado para nuestro verdadero bien; entretanto lo seguimos celosamente, pero experimentamos una conspiración en su contra por parte del destino, que pone en movimiento toda su maquinaria a fin de hacerlo fracasar, con lo que finalmente nos empuja contra nuestra voluntad hacia el camino verdaderamente adecuado.”⁴⁵ La naturaleza le juega una treta al ser humano, convirtiendo su vida en drama.

El quinto significado, de acuerdo a la aclaración etimológica que plantea Schopenhauer, refiere a la experiencia de dolor, de pena que padece el ser humano ante las distintas pérdidas que tiene durante su la vida. “En cuanto a la vida de los individuos, cada biografía es una historia de dolor, pues por regla general cada existencia es una serie continuada de desdichas, que cada cual oculta todo lo posible, porque sabe que los demás rara vez sienten interés o lástima y casi siempre satisfacción, ante el relato de los dolores de que en aquel momento se hallan libres.”⁴⁶

El duelo, entonces, es un proceso dinámico que requiere una adaptación y un ajuste continuo para poder sobreponerse al sufrimiento ante el objeto perdido y asimilar los aspectos positivos y bondadosos, que conlleva toda pérdida.

El duelo refiere, entonces al sufrimiento que se padece al verse forzado a afrontar la muerte con todos los sentimientos y pensamientos que rodean ese momento inevitable.

2. El duelo como proceso

Como ya se dijo anteriormente, el duelo hemos de entenderlo como un proceso doloroso que supone siempre una pérdida. Y elaborar el duelo, significa enfrentar

⁴⁵ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena*. Vol. I, pp. 241-242.

⁴⁶ *Ibid.* P. 326

el vacío que ha dejado aquello que se ha perdido, y soportar el sufrimiento y el golpe de la frustración que deja su ausencia. Porque, como dice Jorge Bucay: “Me guste o no, voy a ser abandonado por cada persona, por cada cosa, por cada situación, por cada etapa, por cada idea, tarde o temprano, pero inevitablemente.”⁴⁷

Elaborar el duelo, significa trabajo, esfuerzo, lucha, labor constante para superar, aminorar o suprimir el dolor provocado por las pérdidas significativas. Esto significa entonces, que el ser humano debe prepararse para morir o ver morir a los suyos.

El duelo tiene manifestaciones de carácter físico, psicológico, emocional y social en los individuos. Manifestaciones físicas, porque hay malestares somáticos. Al respecto Schopenhauer plantea que toda emoción, pasión o sentimiento, perturba el funcionamiento del cuerpo, y viceversa. “cada afecto conmueve inmediatamente al cuerpo y su mecanismo interior y perturba la marcha de sus funciones vitales”⁴⁸ Psicológicas porque hay una alteración en la percepción de la “*realidad*” en el individuo. Sociales, porque se da una modificación en las relaciones, manifestando apatía, aislamiento, etc.

El duelo es un proceso. Primero, porque es un camino que se recorre gradualmente; segundo porque implica una serie de momentos, fases o etapas por las que necesariamente ha de pasar toda persona que sufre la pérdida de un ser querido o que sabe de su muerte próxima de alguien o de sí mismo. El duelo es un proceso en el que se pueden distinguir diferencias en la reacción, la actitud y comportamiento de la persona que lo padece.

Elizabeth Kubler-Ross, psiquiatra y tanatóloga norteamericana, pionera en el estudio y análisis del duelo, definió y caracterizó las distintas fases por las que cruza una persona durante el proceso de duelo. Según esta especialista, el duelo comprende las siguientes etapas: Negación, ira, negociación, depresión y

⁴⁷Jorge Bucay, Op. Cit. p. 364

⁴⁸Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 117

aceptación. Desde la primera que representa un estado de violencia, un golpe, una bofetada a la persona, hasta la última que representa la aceptación o resignación constituyen un proceso de dolor y sufrimiento para el hombre. Podemos sostener que Schopenhauer hace alusión de forma indirecta a dichas etapas, al explicar el estado de crisis por el que transitan las personas en duelo.

La fase de Negación, se caracteriza por una resistencia y rechazo de la “*realidad*”. Saber sobre la muerte próxima (de sí mismo o de un ser querido), recibir la noticia de que ha muerto alguien a quien amamos, generalmente constituye un anuncio catastrófico, en virtud de que la mayoría de los humanos no están preparados para ello. Una noticia de esa naturaleza genera un impacto, un conflicto en la psique humana, de manera que los mecanismos de defensa y negación se intensifican.

La negación es una etapa de desolación, pues las personas se resisten a renunciar a lo que tenían o deseaban. “En la mayoría de nosotros, los grandes dolores son los que se encargan de quebrantar nuestra voluntad para que su negación pueda producirse.”⁴⁹ La muerte, como un acontecimiento concreto, se muestra a la conciencia humana como algo inconcebible e inaceptable.

De manera que en esta etapa es común escuchar del doliente, frases como: *¡No puede ser! ¡Esto no puede ocurrirme a mí! ¡Díganme que no es cierto! ¡Esto tiene que ser una pesadilla, un sueño desagradable!* etc. Las conductas evasivas manifiestan un esfuerzo por no tocar el tema, rehuir a un diagnóstico, ocultar resultados de exámenes, son ejemplos de estas actitudes que en la mayoría de los casos experimenta el doliente.

En esta etapa, muchas veces contribuye el personal médico, manteniendo la esperanza en los dolientes. De ellos son comunes las frases: *“Estamos haciendo todo lo está en nuestras manos por salvarle la vida” “Vamos a someterlo a un tratamiento que quizás tenga efectos positivos.”* Así, los médicos se niegan a

⁴⁹ *Ibid.*, p. 389

aceptar la realidad, indicando una serie interminable de estudios, de tratamientos y terapias progresivamente más agresivos que pueden ser más bien causa de sufrimiento que de mejoría, pudiendo hacer de la agonía algo indigna y tormentosa. Schopenhauer plantea que el dolor será mayor, mientras mayor sea la resistencia, mientras no se esté dispuesto a desprenderse de aquello que ya no se tiene o que ya no se tendrá consigo. El ser humano niega la muerte hasta que acepta la condición de irreversible e inevitable. También tiende a creer, ante la muerte del otro, que se podía sin duda haber evitado. “El golpe de la adversidad no nos atormenta tanto como la idea de que hubiéramos podido evitarle...”⁵⁰ El hombre evade esa realidad, envileciéndose hasta los últimos segundos, tratando de violentar a la naturaleza misma, pretendiendo combatir a la muerte.

Fase de Ira e Indignación, esta fase se presenta después del momento devastador. Es una etapa de enojo, de furia y frustración, de resentimiento contra el mundo, contra sí mismo, contra la vida misma. Surgen sentimientos de envidia, de culpa, de remordimiento, pensando que lo que aconteció o acontece pudo haberse evitado.

Schopenhauer dice al respecto: “En el caso de un suceso desgraciado que se ha producido ya, y por lo tanto no se puede cambiar, no debemos permitirnos una sola vez el pensamiento de que podría haber sido de otra manera, y todavía menos el de cómo podríamos haberlo evitado; pues eso hace el dolor insoportable, de tal modo que uno se convierte en un autotorturador”.⁵¹

En esta fase son clásicas las frases como: *¿por qué a mí? ¿Por qué a mi hijo, si era tan joven?* ¡Si hubiera dicho o echo tal cosa esto no hubiera ocurrido! Esta fase representa una reacción de reclamo, de protesta, de rebelión contra lo acontecido. Por parte del personal médico, se escucharán comentarios, tales como: “No está respondiendo al tratamiento! ¡El paciente no pone de su parte para mejorar! ¡Ya no está luchando!

⁵⁰ *Ibidem.* p. 310

⁵¹ *Ibidem.* pp. 448-449.

Aunque, dirá Schopenhauer, al final todos terminamos aceptando la “*realidad*”. “Somos como los elefantes cautivos que forcejean furiosos durante algunos días, pero cuando se convencen de la inutilidad de su furor aceptan tranquilamente el yugo y quedan domados para siempre.”⁵²

Fase del Pacto.- Algunos estudiosos del duelo denominan a etapa *fase de regateo*. Es una fase caracterizada porque el ser humano experimenta una sensación de fracaso, de impotencia y sumisión ante la dificultad de afrontar la difícil realidad. Las personas solicitan ayuda, ruegan y suplican prometiendo cambiar. Por ejemplo, las personas que enfrentan su muerte próxima prometen: seguir estrictamente las indicaciones de su médico, si su enfermedad es SIDA por contagio, jurará que si se le ayuda a sanar nunca más practicará la promiscuidad, etc. “[...]; el enfermo trata de establecer un convenio por el cual pueda prolongar su vida o pasar unos días sin sentir dolor, sin molestar.”⁵³ En el caso de los familiares prometen también muchas cosas y sacrificios. Aseguran que si se salva se salva su ser querido, serán buenas personas, perdonarán a sus enemigos, se responsabilizarán de los hijos, etc.

La actitud de la persona, en esta etapa, se transforma. Y de la ira, la exigencia e incluso la ofensa a los demás, pasa a la súplica, a la búsqueda de ayuda para salir del bache existencial en el que se encuentra atorado.

Fase de Melancolía. Es una etapa en la que, quien padece el duelo, acepta contra su voluntad su situación. Se caracteriza por un sentimiento generalizado de derrota, por un reconocimiento involuntario de la fragilidad, de la vulnerabilidad e impotencia de cara a la realidad. “Se trata de una melancolía que hace abstracción de las consideraciones egoístas y nace de la convicción de que todos los bienes de este mundo no son más que vanidad y la vida no es otra cosa que dolor. Sin embargo, esta convicción puede nacer de desgracias meramente personales, sobre todo

⁵²Ibidem. p. 310

⁵³Federico Ortiz Quesada, *El acto de morir*. p. 48.

cuando provienen de un dolor único y excesivo.”⁵⁴ También se manifiesta un ferviente deseo de comprensión, de consuelo y protección. “Cuando poseemos la firme conciencia de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades, no trataremos jamás de aparentar fuerzas de que carecemos, no intentaremos dar moneda falsa, pues en este punto todo engaño acaba por ser descubierto.”⁵⁵

Resignación o etapa de Aceptación.- Es el reconocimiento de que, me guste o no, mis seres queridos, al igual que yo, son finitos, efímeros, mortales, y que en cualquier instante serían arrebatados por la muerte. “En realidad, sólo nos quejamos y lloramos cuando tenemos la esperanza de influir de este modo sobre los demás o de excitarnos a nosotros mismos a hacer esfuerzos supremos. Pero ya seamos niños u hombres, cuando sabemos que la cosa no tiene remedio nos resignamos fácilmente.”⁵⁶

Según Schopenhauer, cuando tomamos conciencia de que el sufrimiento y la muerte son realidades de la vida, adquirimos una fuerza y seguridad especiales que nos hacen enfrentarnos a ellas con serenidad y tranquilidad, sabiendo que podemos superarlas y llegar a aceptarlas. Los grandes dolores son los que quebrantan la voluntad, para que la resignación pueda darse.

Las personas que han sufrido más suelen ser personas maduras, realistas y centradas. “Los dolores que sentimos y no los que vemos sentir a los demás son los que nos conducen a la resignación más absoluta, sobre todo al borde del sepulcro.”⁵⁷ Para alcanzar la madurez humana tenemos que aprender a aceptarnos a nosotros mismos con todo lo que somos y lo que nos rodea. El sufrimiento provoca una madurez en las personas y en su forma de ver la vida.

Entonces vemos al hombre, después de haber sufrido todos los embates de la adversidad y de haber estado a punto de entregarse a la desesperación,

⁵⁴ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. I, p. 392

⁵⁵ *Ibid.* p. 310

⁵⁶ *Ibidem.* p. 310

⁵⁷ *Ibidem.* p. 388

reconcentrarse de repente en sí mismo, reconocerse y reconocer al mundo, cambiar de ser, elevarse por encima de sí mismo y de su dolor, y purificado y santificado, con una paz, y una alteza de espíritu que nada puede alterar, renunciar libremente a cuanto codiciaba hasta entonces con tan vehementes deseos, y esperar la muerte con júbilo.⁵⁸

Aceptar la pérdida significa dejar de pelear con la “*realidad*”. Aprender a afrontar la muerte es aprender a despedirse. Ir a la muerte, dejarse ir, como en un retorno a nuestro propio fundamento.

⁵⁸ *Ibidem*. P. 389

CAPÍTULO IV

SABIDURÍA PRÁCTICA PARA LA VIDA EN RELACIÓN A LA IDEA DE LA MUERTE

IV. SABIDURÍA PRÁCTICA PARA LA VIDA EN RELACIÓN A LA IDEA DE LA MUERTE

*Convéncete bien de esta verdad: un día
tu alma se desprenderá de tu cuerpo,
y serás arrojado tras el velo que flota
entre el universo y lo desconocido.
Mientras tanto, sé feliz: no sabes de
dónde vienes; ignoras a dónde vas.¹*
Omar Khayyam

Para Schopenhauer, la filosofía no sólo hace posible el conocimiento y la comprensión del dolor, del sufrimiento y la muerte del hombre en el mundo. La filosofía va más allá, proponiendo la preparación para la muerte, ofreciendo caminos y alternativas para dominar el miedo, evitar el dolor, prevenir el sufrimiento innecesario y morir con dignidad.

Como vimos, a lo largo del trabajo, Schopenhauer hace un análisis del conflicto existencial que representa para el hombre la idea de la muerte, de la frustración que significa reconocer su condición de mortal, del estado de impotencia y turbación en que se coloca ante la inminencia de la muerte propia o la de otras personas.

El miedo, la angustia, el dolor y el sufrimiento en que se ve envuelto el hombre ante la idea de la muerte, las circunstancias de tragedia en la que se inscribe su vida, y el drama que representa su existencia en el mundo constituyen, como vimos, el centro de atención, reflexión y preocupación en la filosofía de Schopenhauer.

Schopenhauer plantea que la vida humana es voluntad de vivir, y como tal es un impulso ciego e irresistible, una lucha encarnizada para sobrevivir, una resistencia instintiva ante la muerte. Pero esa resistencia a la muerte lleva al hombre a resultados inhumanos. Entonces propone negar esa voluntad y emprender un camino opuesto, para escapar del remolino de dolor y sufrimiento.

Es así que, después de un análisis y exposición teórica sobre la muerte, de su análisis como fenómeno empírico, Schopenhauer propone una sabiduría práctica para la vida, que incluye una moral y un humanismo fundados en la compasión, así

¹ Omar Khayyam. *Rubayat* p. 74.

como la práctica de ciertas máximas y reglas de vida con el propósito de evitar, aminorar o disminuir el dolor y sufrimiento que tanto aquejan al ser humano ante el fenómeno de la muerte. Propuesta que a continuación desarrollamos.

A. LA ÉTICA EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE

La filosofía de Schopenhauer sobre la muerte humana, nos remite necesariamente a un análisis ético del comportamiento y conducta moral del hombre en relación a dicho fenómeno. ¿Por qué? Porque la muerte, según él, ha constituido desde siempre un problema esencialmente humano, un problema por excelencia, un problema fundamental que tiene que afrontar el hombre anticipadamente, y que le causa dolor, sufrimiento y angustia. De manera que se hace necesaria una forma para prevenir, disminuir o evitar, en lo posible, dolor y sufrimiento.

En virtud de que la muerte se presenta, en sentido estricto, como un fenómeno puramente humano, su estudio involucra necesariamente a la ética, puesto que se debe estudiar, analizar y discernir sobre los conflictos entre la voluntad de vivir y la condición mortal del ser humano. Ya que si el fenómeno de la muerte no fuera una realidad, o mejor dicho, si el hombre no fuera mortal no habría necesidad de reflexiones sobre los criterios de comportamiento moral, tanto de quien enfrenta la muerte como de quienes le rodean.

La mortalidad del hombre, y la conciencia que se tiene de ella, marca el principio de una serie de planteamientos de carácter ético. Porque aunque el acto de morir, existencialmente hablando, es un asunto personal e intransferible, no significa que carezca de un impacto en la esfera social del individuo.

Si el hombre fuera inmortal no tendría sentido reparar en límites humanos. Y el límite final y último de la vida es la muerte. Luego no sólo es necesario fundamentar una teoría ética, sino también una teoría moral, es decir, pensar sobre el tipo de comportamiento humano que se desea y el establecimiento de normas y principios

que lo guíen, y contribuyan a frenar el egoísmo, motivo principal de los males humanos en el mundo ante el fenómeno de la muerte.

1. Definición de la ética

¿Qué es la ética para Schopenhauer? Este filósofo distingue claramente entre ética y moral². La ética es la disciplina filosófica que analiza o estudia el fenómeno moral en la conducta humana. Mientras que la moral es una serie de reglas, preceptos normas o principios que se consideran válidos, y que son acordados para una convivencia más cordial y justa entre los individuos que por naturaleza son egoístas. “En otras palabras: *la moralidad es por esencia, contra natura*. Todo resorte moral, de ser tal, tendrá que ir dirigido contra el móvil natural del egoísmo. Así pues, aquí no nos encontramos con una simple divergencia de ser y deber ser, sino con una oposición directa entre ellos.”³

Mientras que la función de la ética es la reflexión, análisis y conocimiento del fenómeno moral. Su propósito no es el establecimiento de imperativos sino el de comprender la naturaleza e importancia del fenómeno moral. Pues, “Tan insensato sería pedir a los sistemas de moral que hicieran hombres virtuosos, nobles y santos, como pretender que los libros de estética crearan poetas, escultores y músicos.”⁴ Pero lo cierto es que el análisis que se realiza desde la ética sobre el fenómeno moral o inmoral de la acciones, permite entender las condiciones de comportamiento humano, y en base a ello establecer preceptos de conducta.

2. La compasión como fundamento de la moral

La muerte como un concepto abstracto, como una idea *a priori* constituye ya un conflicto para el hombre porque el pensamiento le descubre su condición de mortal. La frase “*todos los hombres son mortales*” parece ser aceptada como una verdad

² Cfr. Arturo Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. Vol. I, pp. 277-278

³ Arthur Schopenhauer. *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Introducción de Pilar López de Santa María, p. XIV.

⁴ Arturo Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*. Vol. I, p. 277

universal, evidente e inevitable, pero lejana. Desde esta perspectiva nadie niega su condición de mortal.

Pero, dirá Schopenhauer, la muerte se torna en un auténtico problema para el hombre, en un problema serio y preocupante cuando se presenta como una realidad inminente, cuando se muestra a la conciencia como un acontecimiento empírico ineludible. Pues la muerte, desde esta perspectiva acontece en el mundo, a cada segundo, nadie puede negarlo. Las personas mueren de causas naturales, por enfermedad, en catástrofes naturales, en accidentes, en guerras, crímenes, etc. La muerte vista desde este ángulo se torna en algo dramático, en algo que al hombre le es difícil enfrentar, particularmente cuando acontece o está por acontecer en los seres queridos o en nuestra propia persona. Entonces el sufrimiento se hace presente. Sufrimiento que pocos están dispuestos a soportar.

El hombre se ve obligado a confrontar la vida con la muerte. La muerte lo enfrenta a su condición de mortal, a su finitud, a su enfermedad, a su debilidad, a su vejez, a su vulnerabilidad, etc. Lo enfrenta no solo a la pérdida de los seres amados, sino con la evidencia de que la muerte puede acontecerle de improviso, en cualquier momento. La muerte, vista de cerca, provoca duelo. Y el duelo, como se dijo anteriormente, es un proceso difícil por el que atraviesan las personas que han tenido o están por sufrir la pérdida de un familiar o de un ser querido o de la propia vida.

Pero, las fuentes principales del dolor y sufrimiento humano no están en los hechos como tales: en la enfermedad, en la vejez, en la debilidad, en nuestra condición de indigentes, de seres mortales, sino en la resistencia, en la lucha encarnizada que se entabla para combatirlos, en el enfrentamiento y conflicto entre las personas que se encuentran en dichas circunstancias.

El problema fundamental no es, por ejemplo, que en algún momento de su vida, un hombre se encuentre enfermo, débil, viejo, en riesgo de morir o en duelo; el problema central es cómo es tratado por sus congéneres. El problema central es como enfrenta su situación y cómo es tratado por las personas que lo rodean. El

punto a considerar éticamente en estos casos es qué tipo de acciones se realizan en favor o en contra de su persona, si se comete justicia o injusticia con él, si recibe los beneficios de la compasión, de la bondad o caridad, o si por el contrario es víctima de maldad, de crueldad, de mentiras, de simulación o traición. Es decir, si su dolor y sufrimiento es provocado por la inmoralidad.

La mayor parte de los sufrimientos que padece el hombre, sobre todo en circunstancias especiales como la muerte, sostiene Schopenhauer, son provocados por el propio hombre mismo. Esto es un asunto conmovedor que exige atención. Y esa atención, filosóficamente hablando, tiene también una respuesta y una propuesta desde la ética. ¿Por qué desde la ética? Porque la vida del hombre tiene que ver directamente con la acción, con la moralidad o inmoralidad de sus actos que afectan, positiva o negativamente, a los demás.

Schopenhauer busca una salida a los sufrimientos innecesarios del hombre. ¿Cómo? Buscando un fundamento a la moral. Un principio eficaz que evite en el hombre actos egoístas e inmorales, la causa principal del sufrimiento en el mundo.

Schopenhauer propone una ética en la que se expliquen los móviles principales del sufrimiento humano, en la que se establezca un fundamento de la moral que de luz al hombre para el reconocimiento y práctica de las virtudes, con el propósito de comprender, disminuir o suprimir los sufrimientos derivados de la conducta inmoral del hombre.

Una teoría ética que pretenda ser objetiva, según el filósofo mencionado, debe partir de un análisis de la realidad humana, y tener como punto de apoyo el conocimiento de la naturaleza del hombre.⁵ Es decir, saber lo que verdaderamente es el hombre, partiendo de lo que empíricamente podemos constatar de él.

Schopenhauer sostiene que si se parte de un análisis y conocimiento de la realidad, entonces el fundamento de la ética tiene que ser de carácter empírico. Es decir,

⁵ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 153

analizar y distinguir las acciones de las personas, para ver si se les puede atribuir un valor de carácter moral.

Y lo que nuestro filósofo de estudio ha explicado, desde la metafísica, y que observa empíricamente, es que el egoísmo y la crueldad constituyen las fuentes principales e inagotables del sufrimiento humano, por ende son las fuentes principales de inmoralidad.

La preocupación central de Schopenhauer es encontrar un fundamento de la moral, no establecer una tabla de reglas morales. Pues como se mencionó, el egoísmo se perfila como un rasgo constitutivo del ser humano. Por lo tanto, es preciso reconocer que el establecimiento e imposición de preceptos y reglas morales son ineficaces y contra natura.

La ética por sí misma no hace moralmente buenos a los hombres. “Pero todo lo que puede hacer es iluminar la *cabeza*, corregir el *conocimiento*, llevar al hombre a una comprensión más correcta de lo objetivamente existente, de las verdaderas relaciones de la vida.”⁶

¿Qué significa lo anterior? Que por difícil que sea aceptar la naturaleza egoísta del hombre, no se debe idealizar o pretender alcanzar lo inalcanzable. Es decir, que el compromiso del filósofo es la verdad, sin importar cuán terrible sea.

Luego, si el egoísmo se perfila como el rasgo constitutivo del ser humano, ¿cómo fundamentar a la moral?

Schopenhauer, parte de la tesis de que el móvil del comportamiento moral no debe ser la amenaza, el castigo, la promesa de recompensa, etc., porque entonces la moral estaría fundada en el interés egoísta, luego no sería una moral auténtica.⁷

⁶ Ibid. p. 302

⁷ Cfr. Ibidem. p. 151

Por lo tanto, ¿qué aspectos deben caracterizar a ese tal fundamento para que pueda considerarse moral?

Schopenhauer trata de apuntalar una moral, partiendo de un fundamento que tenga que ver con la naturaleza propia del hombre. El fundamento no puede venir fuera, de una fuerza física, o de una fuerza ajena o extraña al hombre (reglas, mandatos o leyes). Porque si es impuesta pierde su sentido moral. Tampoco puede ser un principio a priori de la razón, porque el dictado de un mandato, imperativo categórico, exige el *cumplimiento del deber por el deber mismo*, sin interés alguno. Lo cual es inconcebible e inhumano, pues el hombre es por naturaleza egoísta e interesado. Una moral en este sentido es imposible, como se explicó en otra parte de la tesis.

Además, el *imperativo categórico*, que plantea Kant, según Schopenhauer, pretende ser un mandato autónomo y autosuficiente. Es decir, se postula la autonomía de la voluntad, donde la ley viene del sujeto y para el sujeto mismo. La orden que obedece el sujeto viene del sujeto mismo. Lo cual, dice Schopenhauer es una tautología. “Es absolutamente imposible imaginarse una voz imperativa, venga de dentro o de fuera, de otra forma que amenazando o prometiendo: mas entonces, quien la obedezca será ciertamente, según las circunstancias, prudente o tonto, pero siempre interesado y, por consiguiente, sin valor moral.”⁸

El fundamento de la moral, por tanto, tiene que responder a una facultad propia del hombre, que no sea la razón. Una facultad natural en el hombre, que surja de lo más profundo de su ser, que sea espontánea, para evitar toda coacción o imposición que violente a su voluntad. El resorte moral tiene que impulsar desde dentro del individuo para tener el efecto esperado. Pues, como plantea Schopenhauer, con quien estoy de acuerdo, ninguna fuerza interna (imperativo categórico, la razón) o externa (reglas, coacción, ley positiva, etc.) ha podido, a lo largo de la historia, limitar la voluntad de los individuos para evitar las injusticias, la maldad y la crueldad.

⁸ *Ibidem.* p. 163

“Como todos los motivos que mueven la voluntad, el móvil moral tiene que anunciarse por sí mismo, por tanto, actuar positivamente y, por consiguiente, ser *real*: y, puesto que para el hombre solo tiene realidad lo empírico o, si no, lo que se supone que puede existir empíricamente, el móvil moral tiene que ser *empírico* y anunciarse como tal sin ser invocado, venir a nosotros sin esperar a nuestra demanda, presionarnos por sí mismo, y ello con tal fuerza que, al menos en potencia, sea capaz de superar los motivos egoístas opuestos y de enorme fuerza. Pues la moral tiene que ver con el obrar *real* del hombre y no con apriorísticos castillos de naipes, de cuyos resultados ningún hombre haría caso dentro de la seriedad y los afanes de la vida y cuyo efecto frente a la tormenta de las pasiones sería tanto como el de una jeringa frente a un incendio.”⁹

Como podemos darnos cuenta, Schopenhauer apela a un fundamento que provenga de la naturaleza misma del hombre, para que no se violente, se obligue o imponga algo ajeno al hombre mismo.

Para describir y delimitar ese tal fundamento, partamos de los siguientes planteamientos: ¿Cuál es ese tal fundamento ético que evite los vaivenes de moralidad en el hombre? ¿Cuál es el criterio para distinguir una acción moral de una acción inmoral?

Cómo se escribió, en la primera parte de este capítulo, existen tres móviles centrales de la acción humana que son el egoísmo, la maldad y la compasión. En el primero, se quiere el bien propio, el sujeto de la acción busca su propia satisfacción y procuración. En el segundo se busca el dolor ajeno, el sujeto de la acción quiere el daño y sufrimiento a otros. En el tercer móvil se quiere el bien ajeno, el individuo de la acción busca el bienestar del otro, y ese bien constituye el fin mismo de la acción, pudiendo alcanzar la nobleza y la magnanimidad.

⁹ *Ibidem*, pp. 183-184

Schopenhauer plantea que el egoísmo, la maldad y la compasión son inherentes a la naturaleza humana. Con ello finalmente admite que no todo en el hombre es egoísmo y maldad. Y reconoce que empíricamente hay acciones moralmente dignas de reconocimiento. Dice al respecto: “Los tres móviles éticos fundamentales del hombre: egoísmo, maldad y compasión, están presentes en cada uno en proporción distinta e increíblemente / diversa. Según sea esta, así actuarán los motivos sobre él y resultarán las acciones.”¹⁰

El primer móvil (egoísmo) puede dar lugar a acciones moralmente indiferentes; el segundo (maldad) a acciones moralmente reprobables, solo del tercero (compasión) pueden provenir acciones morales.¹¹

Argumenta Schopenhauer que siendo los humanos diferentes unos de otros, con necesidades e intereses distintos, con un egoísmo desmesurado, que los separa; la única posibilidad de vincular a los humanos y hacer de la vida algo digno es la compasión que se encuentra también en su naturaleza, debilitada por móviles más intensos. Y solo a partir de esta es posible disminuir, aminorar o hacer del sufrimiento algo soportable o tolerable. Este principio común a todos los humanos, debe constituirse en el fundamento de la ética y base de criterio moral.

Entonces vemos que Schopenhauer, trata de apuntalar éticamente una moral, partiendo de un fundamento que no venga de fuera, sino que surja de lo más profundo de los sentimientos humanos, pues de esta manera no será obligado a cumplir con reglas que violenten a su naturaleza. Ese fundamento tiene que responder a una facultad propia del hombre. La coacción moral no debe venir de una fuerza física, o de una fuerza ajena o extraña al hombre. Tiene que venir de dentro del individuo para tener el efecto esperado.

¿Cuál es el criterio para discernir entre una acción moral de una antimoral? Es muy claro, según el planteamiento de Schopenhauer. Una acción de valor moral es

¹⁰ Ibidem. p. 300

¹¹ Cfr. Ibidem. p. 253

aquella en la que el interés fundamental de satisfacción, es el beneficio o bienestar del otro. Cuando el fin es el bienestar personal o el mal ajeno, entonces es antimoral.

El móvil de las acciones morales debe ser totalmente desinteresado y el bien de los demás su propio fin. De aquí deducimos que la única fuente de acción y valor moral es la compasión.

La compasión, entonces, se constituye en la piedra angular, en el fundamento y principio supremo de la teoría ética de Schopenhauer. Pues reúne, según él, las condiciones apropiadas y necesarias que un fundamento de carácter moral debe tener. Tales condiciones son: que sea un móvil natural (innato en el hombre), que excluya todo egoísmo (el bienestar de los otros sea la prioridad), que anule toda intención de causar daño a los demás (justicia), y que su fin aliviar el dolor ajeno (bondad).

Las acciones fundadas en la compasión, dan lugar a las virtudes cardinales, justicia y bondad, de las cuales se desprenden todas las demás virtudes. “Las acciones del tipo mencionado son, pues, las únicas a las que se atribuye verdadero *valor moral*.”¹²

La compasión es la única fuente de moralidad, porque da lugar a la acción al margen del egoísmo, fuera de toda imposición, fuera de la búsqueda de un bien y fin personal. “Si una acción benéfica tiene, en cambio, cualquier otro motivo, entonces no puede ser más que egoísta, cuando no malvada.”¹³

¿Qué es la compasión? Schopenhauer usa el término *compasión* en su sentido etimológico. Del latín *compassio*, que significa *sufrir o padecer con otro, sufrimiento compartido*. Del prefijo *cum-con*, el verbo *patior*-sufrir, sentir, padecer, y el sufijo *tio o ción-* acción o efecto. La *compasión* se entiende como “*sufrimiento compartido*”, “*sufrir juntos*”. Compasión es sentir el sufrimiento del otro. “Sufrimos con él, es decir,

¹² Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 247

¹³ *Ibid.*, p. 272

en él: sentimos su dolor como suyo / y no imaginamos que sea el nuestro: incluso, cuando más feliz es nuestro estado y más contrasta así nuestra conciencia del mismo con la situación del otro, tanto más receptivos somos para la compasión.”¹⁴

La compasión es un sentimiento humano que se origina a partir del sufrimiento de los otros. La compasión describe la captación del estado de sufrimiento de un *no Yo*, acompañado de un impulso natural, espontáneo de aliviarlo. La compasión es un sentimiento que se produce subjetivamente (motivado por el padecimiento del *otro*), y que impulsa objetivamente a evitar, aliviar o remediar ese dolor o sufrimiento.

Es importante aclarar que la compasión no es un simple sentimiento de lástima, es decir, un simple sentimiento donde el sujeto adopta una actitud pasiva, de reconocimiento y dolor ante la desgracia del otro. La compasión de la que habla Schopenhauer es un sentimiento profundo cuya importancia de carácter moral radica en la acción. La compasión así entendida, mueve a la persona a actuar, apoyar, ayudar o cambiar, si es posible, las circunstancias de dolor en las que se encuentra la persona que padece.

Y ¿cómo es posible que un sufrimiento que no es el mío, que no me afecta, pueda convertirse en el motivo de mi acción?

La compasión: “supone que yo, en cierta medida, me he identificado con el otro y que, por consiguiente, la barrera entre yo y no-yo se ha suprimido momentáneamente: solo entonces el asunto del otro, su necesidad su carencia, su sufrimiento, se convierten inmediatamente en míos: entonces ya no lo veo, tal y como la intuición empírica me lo ofrece, como extraño a mí, indiferente para mí y totalmente distinto de mí: sino que *en él*, compadezco yo [*leide ich mit*], pese a que su piel no esté conectada con mis nervios. Solamente de ese modo puede *su* dolor, *su* necesidad,

¹⁴ *Ibidem.* , p. 255

convertirse en motivo *para mí*: fuera de eso, sólo pueden hacerlo los míos propios.”¹⁵

En la vida humana es necesaria la compasión. Por desgracia tendemos a la búsqueda de satisfacciones personales, convirtiendo a los demás en medios para nuestros propios fines. Y como ya se ha dicho, el drama fundamental no es la desgracia misma, sino el egoísmo que impide volver la mirada al que padece, la maldad que mueve a dar la espalda a quien requiere ayuda, o a sacar ventaja de ello. Por ejemplo cuando alguien ayuda a una persona para persuadirla a que le deje sus bienes; el que apoya al desvalido, como una forma venganza, para humillarlo, para hacerle sentir más su sufrimiento; o aquel que se muestra insensible, apático al dolor ajeno, dejando que el que sufre afronte su dolor en un estado de abandono.¹⁶

Hay miles de casos que podemos constatar todos los días, observando con detenimiento a los necesitados y a los que por distintos motivos, en muchos casos de carácter inmoral, los *ayudan*. Mencionemos el caso de hospitales y clínicas de salud, donde médicos, enfermeras y demás personal, con sus acciones, atención de los enfermos, buscan en un alto porcentaje sólo su propio beneficio, en vez ocuparse de la enfermedad, de los males y sufrimiento de las personas que tienen a su cargo; el fin de su acción no es la salud y bienestar de los enfermos, sino su fuente de empleo, su salario, y en otros casos, el lucro en sí mismo. El egoísmo desmedido también puede observarse en el maltrato, en la negligencia, en la omisión, la incompetencia.

Schopenhauer señala que es común ver el sufrimiento magnificado por las personas que rodean a aquel que está en desgracia: que padece una enfermedad, que ha sufrido un accidente, que está en la cárcel, que ha envejecido, que está en duelo o en riesgo de morir. ¿Por qué? Porque además del sufrimiento propio de las circunstancias que vive la persona, digna de compasión, se ve rodeada por otras

¹⁵ *Ibidem.* p. 274

¹⁶ *Cfr. Ibidem.* p. 272

que con su incomprensión, egoísmo y maldad generan mayor sufrimiento. Es decir, se crea una atmosfera de drama porque la mayor parte de nuestras acciones tienen como móvil el egoísmo.

La compasión, considerada por Schopenhauer, y otros filósofos, como el móvil cardinal y necesario para la acción moral es algo que hace falta en el tiempo actual. Somos indiferentes al dolor, a los sufrimientos, a los padecimientos de los demás, siendo el egoísmo el punto rector de nuestras acciones.

Por lo anterior considera necesario apelar a la compasión. Un sentimiento que está en todas las personas, que forma parte de nuestra naturaleza, pero que, siendo más débil que el egoísmo y la maldad, pocas veces triunfa. Sin embargo, el filósofo de Frankfurt afirma que los hombres deben empeñarse en despertar este sentimiento para que florezca, motive o impulse acciones moralmente dignas de reconocimiento. Pues cuántas veces los individuos se han hundido o han hundido a los demás en el dolor, el sufrimiento, angustia, abandono o desamparo, por ocuparse solo de sí mismos, en el afán de alcanzar sus intereses mezquinos.

Por ello el filósofo alemán propone trascender el egoísmo y motivar desde nuestro interior acciones nobles. Una sincera muestra de compasión, ante una persona moribunda, (paciente, familiar, amigo, etc.), es dejarla ir, para evitarle dolor innecesario. Para ilustrar la compasión cito al tibetano Rimpoché quien dice al respecto:

Cuando me preguntan por la mejor manera de darle a alguien permiso para morir, les digo que se imaginen que están de pie junto a la cabecera de la persona amada y que le dicen con la más profunda y sincera ternura: <<Estoy aquí contigo y te quiero. Estás muriéndote, y eso es completamente natural; le ocurre a todo el mundo. Me gustaría que pudieras seguir aquí conmigo, pero no quiero que sufras más. El tiempo que hemos pasado juntos ha sido suficiente, y siempre lo tendré como algo precioso. Por favor, no sigas aferrándote a la vida. Déjate ir. Te doy mi más

sincero y pleno permiso para morir. No estás solo, ni ahora ni nunca.
Tienes todo mi amor>>. ¹⁷

Generalmente, en una situación embarazosa, como el enfrentar la inminencia de la muerte de un ser querido, ocurre lo contrario. No convertimos a la persona que sufre el objeto directo de nuestra congoja y preocupación. El punto de interés son nuestras propias necesidades, angustias, miedos. Nos preocupamos por lo difícil que sería estar sin la persona amada. Exigimos, incluso, a las personas moribundas que no nos abandonen. Anteponemos nuestro egoísmo a la compasión. Y muchas veces expresamos frases como: ¡Mi padre está muriendo y no puedo hacer nada! Ese egoísmo, presente en circunstancias tan especiales como la agonía de nuestros seres queridos, intensifica el dolor para ambos. Si verdaderamente practicamos la compasión, sabremos que siempre hay algo importante que hacer. Pues la compasión es acción. Quizás no podemos evitar con ello que nuestro ser querido muera, pero si podemos, antes de que la muerte ocurra, ayudarlo a sentirse acompañado, amparado, amado. Apoyo que sólo puede brindarse a partir de una auténtica compasión.

La condición para que se dé la compasión es principalmente el sufrimiento, la vulnerabilidad o la desgracia del otro, las situaciones de pérdidas, de dolor. La alegría, el placer o el bienestar nunca motivan la compasión, a menos que derivadas de éstas se vislumbre la desdicha inmediata, próxima o futura. Por eso dice Schopenhauer que los grandes amigos y las personas que verdaderamente nos aman, se reconocen en las desgracias, en circunstancias en las que, inundados de sufrimiento, se corre al auxilio de quien lo necesita.

La compasión es el deseo y el propósito de que los demás estén libres de sufrimiento. “Pues la compasión ilimitada con todos los seres vivos es el más firme y seguro aval de la buena conducta moral, y no precisa de ninguna casuística. Quien está lleno de ella es seguro que no ofenderá a nadie, a nadie perjudicará, a nadie hará daño, sino que más bien tendrá indulgencia con todos, perdonará a

¹⁷ Rimpoché Sogyal. *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, pp. 228-229

todos, a todos ayudará tanto como pueda, y todas sus acciones llevarán el cuño de justicia y caridad.”¹⁸ Schopenhauer sostiene, compartiendo las ideas de Rousseau y Lessing, que el hombre más compasivo es el mejor hombre, porque está dispuesto a todas las demás virtudes.

La compasión constituye para Schopenhauer la manera más eficaz para conjurar los grandes males del hombre: egoísmo, la injusticia, la envidia, la crueldad, la codicia, la ambición, la competencia, que son los motivos centrales del sufrimiento y drama humano. Para ello no requiere de coacción, imperativos o leyes que limiten su voluntad. Porque el fundamento de la moral está en lo más profundo del ser del hombre, y basta con dejarlo florecer. “La ética es, en verdad, la más fácil de todas las ciencias, tal y como es de esperar; porque cada uno tiene la obligación de construirla por sí mismo y, a partir del principio supremo que radica en su corazón, deducir por sí solo la regla para cada caso que se presente: pues pocos tienen el ocio y la paciencia para aprender una ética ya construida.”¹⁹

La compasión, entonces, es el único resorte moral que puede conducir al hombre por un camino de luz en favor de la humanidad.²⁰

¹⁸ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 281

¹⁹ *Ibid.*, p. 275

²⁰ *Cfr. Ibidem.* p. 244.

B. HUMANISMO EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE

Como se ha visto a lo largo del trabajo, Schopenhauer muestra en su filosofía un particular interés por el ser humano en todos los sentidos. Otorga al hombre un lugar y papel central en el mundo. Pero, ese lugar central que Schopenhauer da al hombre en su filosofía, no es porque lo considere un ser excelso, o una promesa para alcanzar algo mejor en el mundo.

Podemos decir que hay un antropocentrismo y humanismo a la inversa. El hombre constituye, entre todas las cosas, el centro de atención y preocupación filosófica por su situación miserable en el mundo, por su condición indigente, por el drama que representa su vida, por su miedo y sufrimiento que le provoca la idea de la muerte inminente que lo hacen digno de estudio, consideración y trato especial.

Schopenhauer desnuda al hombre y lo muestra describiéndolo de la siguiente manera:

La vida de cada hombre, vista de lejos y desde arriba, en su conjunto y en sus rasgos más salientes, nos presenta siempre un espectáculo trágico; pero si se recorre en detalle, tiene el carácter de una comedia. El modo de vivir, el tormento del día, el incesante arrumaco del momento, los deseos y los temores de la semana, las desgracias de cada hora, bajo el azar que trata siempre de chasquearnos, son otras tantas escenas de comedia. Pero los anhelos siempre burlados, los vanos esfuerzos, las esperanzas que pisotea la suerte implacable, los funestos errores de la vida entera, con los sufrimientos que se acumulan y la muerte en el último acto: he aquí la eterna tragedia. Parece que el destino ha querido añadir la burla a la desesperación de nuestra existencia, cuando ha llenado nuestra vida con todos los infortunios de la tragedia, sin que ni aun siquiera podamos sostener la dignidad de los personajes trágicos. Lejos de esto, en el amplio detalle de la vida representamos inevitablemente el ruin papel de bufones.²¹

²¹ Arthur Schopenhauer. El amor, las mujeres y la muerte, pp. 92-93

Con ese retrato, Schopenhauer nos muestra la realidad humana en toda su crudeza, afirmando que la vida del hombre es sufrimiento constante desde que nace hasta que muere. Pero ese dolor y sufrimiento en un alto porcentaje es provocado por el hombre mismo, quien hace de su vida un valle de lágrimas.

El hombre, dominado por su egoísmo natural, arrastrado por sus necesidades, por el afán de satisfacer sus instintos, sus pasiones y deseos, entabla una lucha sin cuartel con sus semejantes, rivalizando con ellos o utilizándolos para el logro de sus propios fines. Convirtiéndose a sí mismo cada individuo en el centro del mundo, quien refiere y quiere todo para sí: la mayor satisfacción, la suma posible de bienestar, poder, riquezas. “Todo obstáculo que se alza entre su egoísmo y sus concupiscencias excita su mal humor, su cólera, su odio; es un enemigo que hay que aplastar. Quisiera en lo posible gozar de todo, poseerlo todo, y cuando no, querría por lo menos dominarlo todo.”²² Lo cual significa la perdición no solo para los demás sino también para sí mismo, pues el dolor y sufrimiento natural de la vida se magnifica cuantitativa y cualitativamente para cada individuo, convirtiendo su mundo en un infierno.

Luego, ante la realidad humana que nos pinta Schopenhauer, ¿qué le queda al hombre? ¿Hay alguna salida? Schopenhauer, no solo diagnostica y muestra la enfermedad, también ofrece el remedio. Aunque ese remedio represente, para cada individuo, un trabajo y un esfuerzo difícil de alcanzar, pero no imposible.

En consecuencia, la tanatología o teoría de la muerte de Schopenhauer, no solo desencadena en una propuesta ética, como se ha explicado en el anterior apartado, sino que además hace una propuesta humanista en lo que respecta a la relación y trato entre los hombres, colocando a la *compasión* como el eje rector de la misma, como la brújula del actuar humano: “Aquella compasión natural innata e indestructible en todo hombre, que ha resultado ser la única fuente de *acciones no egoístas*: [...]”²³

²² *Ibid.*, p. 114

²³ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 311.

Con dicha propuesta Schopenhauer no pretende erradicar el dolor y sufrimiento en el mundo, pues tal intención sería considerada en su pensamiento una misión imposible. Pero si vemos en tal propuesta una clara intención de dignificar la existencia humana, ofreciendo una alternativa para mejorar las condiciones de la vida del hombre, para evitar, disminuir, eliminar o afrontar todo dolor y sufrimiento innecesario en el hombre. Dicha propuesta representa una salida que este filósofo ofrece al más vulnerable y desdichado de los seres en el mundo.

La compasión, que al igual que el egoísmo es natural en el hombre, es una alternativa de solución a todos los males evitables en el mundo. Alternativa que está al alcance de todos los seres humanos según el pensador alemán. El egoísmo, móvil principal de muchos males, puede ser contrarrestado o combatido con la compasión, porque conlleva a la práctica de virtudes que de ella se derivan. “La misma compasión me retendrá de buscar la satisfacción de mis apetitos a costa de la felicidad de la vida de los individuos fenómenos, o de seducir a la mujer de otro, o también de corromper moral y físicamente a los adolescentes con la inducción a la pederastia.”²⁴ La compasión constituye un freno interno en las personas a cometer males y sufrimientos a los demás, pero también impulsa a la comprensión, al apoyo y auxilio del *otro*.

Ahora bien, ¿por qué cabe hablar de un *humanismo* o propuesta *humanista* en el pensamiento de Schopenhauer? Porque Schopenhauer establece un vínculo inmanente entre el los conceptos: *humano*, *humanidad* y *humanismo* con el concepto de *compasión*. Los primeros remiten necesariamente al último, y viceversa.

La relación de dichos conceptos la establece en dos sentidos: Primero, porque expresa que *ser humano*, *tener humanidad* o *practicar el humanismo* significa tener capacidad para experimentar la compasión y tenerla como principio y punto final de toda relación. Segundo, porque todos y cada uno de los hombres han de

²⁴ *Ibid.*, p. 257.

considerarse *humanos*, por su condición existencial mísera, por su naturaleza vulnerable que los hace dignos de *compasión*, es decir, de un trato humanista.

Pero esa compasión misma es un hecho innegable de la conciencia humana, es esencialmente propia de ella y no se basa en supuestos, conceptos religiones, dogmas, mitos, educación y cultura sino que es originaria e inmediata, se encuentra en la misma naturaleza humana, justamente por ello tiene solidez en toda situación y se muestra en todos los países y épocas; por eso siempre se apela confiadamente a ella como a algo existente necesariamente en todos los hombres, y en ninguna parte pertenece a los <<dioses extraños>>. En cambio, a aquel a quien parece faltarle se le llama inhumano; como también <<humanidad>> se utiliza a menudo como sinónimo de compasión.²⁵

Tener *humanidad* es tener conciencia sobre la vulnerabilidad del hombre y la sensibilidad para brindar un trato fundado en la compasión. Humanizar es despertar en primer término la conciencia en los hombres sobre el dolor y sufrimiento de los *otros*, en segundo término es despertarles la compasión por ellos.

Ser *humano* o tener *humanidad* es tener como eje rector del actuar, del comportamiento y conducta a la compasión. Ser inhumano o no tener humanidad es dar muestra de una falta de compasión hacia los *otros*. La falta de compasión da lugar a la indiferencia, a la apatía (negligencia, descuido, abandono, etc), a actos de injusticia (robo, traición, deslealtad), a actos de venganza, entre otros males. En casos extremos de falta de compasión, el hombre puede dar muestras de crueldad²⁶ como la tortura, el sadismo (prolongar la agonía de personas o animales con fines experimentales, etc.). La crueldad es considerada por Schopenhauer como la máxima expresión de actos inhumanos. Dice textualmente: “Nada indigna tan hondamente nuestro sentimiento moral como la crueldad. Podemos perdonar

²⁵ *Ibidem*, p. 256

²⁶ *Cfr.* *Ibidem*, pp. 277-278

cualquier otro delito, la crueldad, no. La razón de esto es que la crueldad es directamente lo contrario de la compasión.”²⁷

El humanismo es entonces, en el pensamiento de Schopenhauer, una filosofía práctica para la vida, sustentada en la compasión. Considerada, por él, como la virtud capital de la cual derivan todas las demás virtudes. Escribe: “[...] establezco, por tanto, dos virtudes, la de la justicia y la de la caridad, que denomino virtudes cardinales porque de ellas nacen en la práctica y se pueden deducir en la teoría todas las demás. Ambas tienen su origen en la compasión natural.”²⁸ .

La compasión es considerada por nuestro filósofo como una virtud natural y esencial en la vida del hombre no sólo porque de ella se derivan todas las demás virtudes (como se explicó en el apartado de la ética), sino fundamentalmente porque sirve de antídoto contra el egoísmo. Es decir, la compasión atenúa el principio de individuación, acerca a los hombres, derrumbando el muro que los separaba. La compasión es el camino por el que puede transitar el hombre para hacer de la vida más humana, más tolerable y digna. O si se prefiere decir, menos trágica, menos dramática.

Al superar el egoísmo, a través de la compasión, cada hombre mirará a los *otros* como a sí mismo, los reconocerá como prójimos, como compañeros de sufrimiento, de miserias. Luego ningún dolor le será ajeno, pues dominado su egoísmo ya no tendrá la mirada puesta en sí mismo.

La compasión no solo representa un vínculo entre los seres humanos y el reconocimiento del dolor y sufrimiento ajeno, sino algo más importante y esencial: la acción, la realización de obras para aminorar, aliviar, remediar o evitar sufrimiento en los *otros*. Es decir, se acude al auxilio, al apoyo y cuidado de quien sufre. Lo que constituye la máxima expresión del humanismo. Humanismo necesario para el trato

²⁷ *Ibidem.* p. 277

²⁸ *Ibidem.* p. 256

y cuidado que se debe brindar a todas las personas, en particular a los que han caído en desgracia, a los que por calamidades los agobia el sufrimiento.

La compasión no solo mueve al hombre a acudir al auxilio del que sufre. Sino que lo lleva también al reconocimiento, respeto y comprensión al prójimo, al saber que de una u otra manera todos los humanos se encuentran, o la vida lo pondrá en algún momento, en circunstancias difíciles: de carencia (material, afectiva o espiritual), de peligro (accidentes, enfermedades, muerte, etc.), de desamparo (discriminación, rechazo, abandono, soledad, etc.), en duelo (perdida de la salud, de la juventud, de un ser querido). Circunstancias de dolor y sufrimiento que reclaman compasión.

Schopenhauer distingue, en su fenomenología de la compasión, dos grados o niveles a los que puede llegar o experimentar el hombre, en relación con quien despierta tal sentimiento. En el primer grado de compasión identificamos tres aspectos centrales: uno, que el sujeto de la compasión repara en el sufrimiento del *otro*; dos, conmovido por el dolor ajeno, contrarresta o frena sus motivos egoístas o malvados; tres, evita causar daño o mayor sufrimiento a la persona que le ha despertado la compasión. En este primer grado, la actitud del compasivo es meramente pasiva, pues se abstiene de actuar o solo desempeña el papel de testigo de las desgracias ajenas. En el segundo grado de compasión, se le abre al hombre la conciencia y el corazón. La conciencia porque toma conciencia y comprende las circunstancias en las que se encuentra quien sufre, y el corazón porque le nace la bondad, la caridad, el altruismo, y emprende una acción objetiva para aliviar el sufrimiento.

“Considerando más de cerca el proceso de la compasión mostrando antes como fenómeno ético originario, se hace evidente a primera vista que hay dos grados claramente separados en los que el sufrimiento de otro se puede convertir inmediatamente en mi motivo, es decir, determinarme a obrar o dejar de obrar: en primer lugar, en el simple grado de que, contrarrestando motivos egoístas o malvados, me contenga de causar a otro un sufrimiento,

es decir, de producir lo que todavía no existe y convertirme yo mismo en causa del sufrimiento ajeno; y luego, en el grado superior en el que la compasión, actuando positivamente, me impulsa a la ayuda activa.”²⁹

El primer grado de compasión se caracteriza porque el individuo que la experimenta muestra una actitud pasiva. Es decir se ve afectado por el sufrimiento del *otro*, pero solo siente lástima, pena o dolor por él. La tristeza que le causa el dolor de ese *otro* puede desaparecer tan rápido como surgió, o ser muy intensa y duradera, pero quien experimenta la compasión no se esfuerza, no emprende acciones para remediar los males de quien sufre o ha de sufrir.

El segundo nivel de la compasión se caracteriza por ser sentimiento es mucho más elevado. El hombre que experimenta la compasión entra en empatía con el que sufre, se pone en su lugar, hace suyo el sufrimiento del *otro*, que, “sin embargo lo con-siento, [mitempfinde], lo siento como mío, pero no en mí, sino en otro.”³⁰ manifestando en sus acciones un interés franco por aliviarlo. Se podría decir que hay un auténtico acercamiento, no necesariamente en el sentido físico, pero si en el los aspectos: emocional, psicológico e intelectual. Pues la aproximación permite la comprensión de la naturaleza de la situación del estado interno en el que se encuentra el que sufre. “Pero eso supone necesariamente que yo compadezca [*mit leide*] directamente en *su* dolor como tal, que sienta su dolor como en otro caso siento el mío. Más eso requiere que de alguna manera *esté identificado con él*, es decir, que aquella total *diferencia* entre mí y todos los demás, en la que precisamente se basa el egoísmo, sea suprimida al menos en un cierto grado.”³¹ La compasión en este nivel se identifica con el amor, la bondad y otras virtudes. En este nivel el sentimiento de la compasión se mantiene vivo, porque se respalda en la conciencia, es decir, en el conocimiento de la naturaleza de la vida y del hombre. Sólo en este nivel de compasión se puede hablar de auténticas muestras de humanismo y de actos heroicos.

²⁹ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, pp. 255-256

³⁰ *Ibid.* p. 273

³¹ *Ibidem.* p. 251

Como ya mencionó, Schopenhauer sostiene que la compasión es algo natural en el hombre. Todos los hombres están capacitados para sentir y expresar compasión por los demás, a excepción del malvado y el perverso que en el extremo de su egoísmo y afán de dar rienda suelta a la satisfacción de sus instintos y pasiones han bloqueado o anulado dentro de sí ese sentimiento. Móvil necesario y fundamental en los actos humanos para contrarrestar el sufrimiento en el mundo.

Pero, si la compasión es un sentimiento, una virtud natural en las personas, ¿por qué entonces no la vemos brillar de manera destacada y con frecuencia en las relaciones humanas?

Schopenhauer plantea que a diario se puede testificar y dar cuenta de relaciones y actos humanos admirables, donde el móvil central es la compasión. Afirma que a diario se ve o se sabe de personas que, conmovidas por el sufrimiento sus semejantes, realizan proezas dignas de reconocimiento al correr al auxilio de quienes sufren, poniendo incluso en riesgo su propia vida.

Pero, siendo el egoísmo un móvil poderoso, es más fácil presenciar o enterarse de actos de negligencia, de omisión, de descuido, de injusticia, de traición, de envidia, de odio, etc., porque cada individuo egoísta hace una diferencia radical entre él y los *otros*, marcando una distancia que no le permite ver más allá de sus propios intereses, mirando al otro como un *extraño*. Pero ello solo provoca mayor dolor que el que la vida misma implica. De manera que cada individuo egoísta se siente insatisfecho, desprotegido, solo, con temores y desconfianza, cuidándose siempre de los demás.

Es así que las relaciones y actos cuyo móvil es el egoísmo logran opacar a las acciones humanitarias, fundadas en la compasión. A pesar de que solo estas pueden ser dignas de admiración porque exigen esfuerzo y trabajo consigo mismo.

Luego entonces, ¿habría que afirmar que la propuesta humanista de Schopenhauer es una utopía? La propuesta humanista de Schopenhauer no ha de considerarse una utopía, puesto que tiene como principio rector a la compasión. Y la compasión,

según él, es una virtud natural del hombre. Es decir, una virtud que no le viene de fuera, que no la aprende, sino que radica en su propio ser. Luego, poseyendo el hombre esa virtud, tiene en sus manos el arma para combatir el sufrimiento, los dolores, las desdichas, las desgracias innecesarias que lo aquejan al mundo.

Si hasta ahora la compasión no ha sido el móvil rector de las acciones humanas es porque ello exige (en su segundo nivel) un grado de conciencia y conocimiento profundo de la naturaleza del mundo, de la vida y del hombre mismo. Pero la mayoría de los hombres, sumidos en la ignorancia, engañados por las apariencias y falsas creencias, conciben al sufrimiento humano como algo circunstancial u ocasional. Sin darse cuenta que el sufrimiento constituye la esencia misma de la vida. Y que, con las relaciones sin compasión que establece con los demás, magnifican o agregan otros sufrimientos. Así, el hombre cegado por el egoísmo no se da cuenta que da lugar a males, que sin éxito y de manera individual pretende combatir.

Luego, despertar la compasión, convertirla en el móvil fundamental del trato y relaciones humanas se hace necesario si el hombre no quiere seguir en un mundo de infierno.

Pero, ¿cómo lograr que sea la compasión, y no el egoísmo, el móvil principal de la conducta humana? Schopenhauer sugiere un procedimiento para excitar la compasión natural en los seres humanos. Propone, primero, iniciar con una reflexión profunda y objetiva de la propia realidad, dejando de lado las ilusiones, los anhelos y las esperanzas que son un obstáculo para el conocimiento. Y poner en la balanza, por un lado las experiencias de alegría, bienestar, satisfacción y felicidad; y por el otro las necesidades, los deseos insatisfechos, las enfermedades, accidentes, muerte seres querido, las frustraciones, decepciones, traiciones, etc. Esto permitirá al hombre reconocer que la balanza se inclina, porque el sufrimiento por el que ha atravesado a lo largo de la vida es significativamente mayor que la felicidad a la que siempre ha aspirado. Ello despertará la compasión de sí mismo. Este momento, es claramente egoísta aún, pero muy importante porque al dolerse

de sí mismo, volverá la mirada al mundo. Es decir, sale de sí mismo, aunque solo sea para comparar sus desgracias con la de los otros, y consolarse al ver que sus desgracias son inferiores a las muchos. “El consuelo más eficaz en toda desgracia, en todo sufrimiento, es volver los ojos hacia los que son más desventurados que nosotros. Este remedio está al alcance de cada uno. Pero ¿qué resulta de ello para el conjunto?”³²

En un segundo momento hay que ocuparse de los otros, los más cercanos (familiares, amigos, conocidos), y olvidarse por un momento de sí mismo. Y ser testigos de sus desventuras, de sus desgracias, de su dolor y sufrimiento. De manera que se podrá constatar que ninguna persona a la que nos hemos acercado ha estado a salvo de dolores, desdichas o desgracias, y admitir que los demás como uno mismo viven luchando continuamente para aliviar sus males. Entonces surgirá la compasión y el deseo incondicional de socorrerlos.

En un tercer momento hay que volver la mirada a las desgracias que aquejan al mundo. Enterarse de los fenómenos naturales que causan destrucción dolor y muerte, así como los problemas causados por el hombre: violencia, crímenes, injusticias, intrigas, guerras. En este punto se llega a comprender que el dolor y el sufrimiento no son algo que afecta a una persona, a unos cuantos individuos, a un pueblo o país, sino que son universales. Es el momento de la verdad objetiva, el paso de la autocompasión y la compasión de los seres queridos, a la compasión por cualquier hombre, por la humanidad misma.

El conocimiento de la realidad humana tiene sus ventajas. Pues “La compasión no nace de un error en nuestro conocimiento del fenómeno sino, por el contrario, de un conocimiento verdadero de la esencia.”³³ El conocimiento auténtico de la realidad excita la compasión en su más alto nivel. A tal grado que se trata a los demás como a sí mismo, la compasión se identifica con el amor, y el amor a los demás con el amor a sí mismo.

³² Arthur Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 76

³³ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Introducción de Pilar López de Santa María, p. VIII

Para llegar a este punto era necesario reconocer en primer término al individuo, la autocompasión y amor que se profesa a sí mismo antes que a cualquier otra cosa. Porque, por su natural egoísmo, es imposible que antes que a sí mismo su compasión y amor se encaminara a los demás. El reconocimiento del Yo antecede al reconocimiento del *otro*. Schopenhauer afirma que esto se expresa muy claramente, en uno de los mandamientos de la moral cristiana Y dice: “La imposibilidad de infringir el deber del amor propio está ya supuesta por el mandamiento supremo de la moral cristiana: <<Ama a tu prójimo como a ti mismo>>; según lo cual, el amor que cada uno abriga hacia sí mismo es aceptado de antemano como el máximo y como la condición de cualquier otro amor. Pero de ninguna manera se añade: <<Amate a ti mismo como a tu prójimo>>; cualquiera sentiría que en eso se pide demasiado poco: [...]”³⁴ Aclara Schopenhauer que ni siquiera es necesario declarar a la compasión y el amor a sí mismo como un deber, pues tal imperativo resulta absurdo.

Para mayor comprensión de la propuesta de Schopenhauer, para excitar la compasión, hemos de ilustrar con una parábola de tradición budista, que dice así:

Reflexión y cambio

Cuando era niño y vivía en Tíbet, oí la historia de Krisha Gotami, una joven que tuvo la buena fortuna de vivir en la época de Buda. Cuando su hijo primogénito contaba cosa de un año, cayó enfermo y murió. Agobiada por la pena, con el cuerpecito en brazos, Krisha Gotami vagaba por las calles suplicándole a todo el mundo un remedio que le devolviera la vida a su hijo. Algunas personas pasaban por su lado sin hacerle caso, otras se reían de ella, y aun otras la tomaban por loca, pero finalmente dio con un sabio que le dijo que la única persona del mundo que podía realizar el milagro que ella pretendía era Buda.

Así pues, fue en busca de Buda, depositó el cadáver de su hijo ante él y le expuso su caso. Buda la escuchó con infinita compasión, y luego respondió con amabilidad:

³⁴ *Ibid.*, p. 167.

– Sólo hay una manera de curar tu aflicción. Baja a la ciudad y tráeme un grano de mostaza de cualquier casa en la que no haya habido jamás una muerte.

Krishna Gotami experimentó un gran alivio y se dirigió a la ciudad de inmediato. Cuando llegó, se detuvo en la primera casa que vio y explicó:

– Me ha dicho Buda que vaya y busque un grano de mostaza de una casa que nunca haya conocido la muerte.

– En esta casa ha muerto mucha gente – le replicaron.

Fue a la casa de al lado.

– En nuestra familia ha habido incontables muertes – le dijeron.

Y lo mismo en la tercera y en la cuarta casa, hasta que por fin hubo visitado toda la ciudad y comprendió que la condición de Buda no podía cumplirse.

Llevó el cuerpo de su hijo al osario y se despidió de él por última vez, y a continuación volvió a Buda.

– ¿Has traído el grano de mostaza?

– No – respondió ella – Empiezo a comprender la lección que intentas enseñarme. Me cegaba la pena y creía que yo era la única que había sufrido a manos de la muerte.

– ¿Por qué has vuelto? – le preguntó Buda.

– Para pedirte que me enseñes la verdad de lo que es la muerte, de lo que puede haber detrás y más allá de la muerte y de lo que hay en mí, si algo hay, que no ha de morir.

Buda empezó a enseñarle:

– Si quieres conocer la verdad de la vida y la muerte, debes reflexionar continuamente sobre esto: en el universo sólo hay una ley que no cambia nunca, la de que todas las cosas cambian y ninguna cosa es permanente. La muerte de tu hijo te ha ayudado a ver ahora que el reino en que estamos, el samsara, es un océano de sufrimiento insoportable. Sólo hay un camino, y uno solo, para escapar del incesante ciclo de nacimientos y muertes del samsara, que es el camino de la liberación. Puesto que ahora el dolor te ha preparado para aprender y tu corazón se abre a la verdad, te la voy a mostrar.

Krishna Gotami se arrodilló a sus pies y siguió a Buda durante el resto de su vida.

Se dice que cuando su vida llegaba a su fin, alcanzó la Iluminación.³⁵

³⁵ Sogyal Rimpoché, *Libro Tibetano de la vida y de la muerte*. Círculo de lectores S.A. Traducción de Jorge Luis Mostiches. Barcelona, 1994, pp. 51-52

En esta narración es muy claro ver cómo el personaje que sufre la pérdida de su ser querido, cegado por su egoísmo y hundido en la desesperación, al abrir los ojos a la realidad humana, al reconocimiento de los *otros*, es capaz de trascender su egoísmo (motivo de sus apegos, de su dolor, y sufrimiento desmedido), del cual se libera al despertar la compasión, ya no de sí misma, sino por los demás. Experimentar el sufrimiento, después de todo, puede al individuo a trascenderse a sí mismo, y reparar en el sufrimiento de los demás. Si sufrimos, dirá Schopenhauer, seremos más sensibles al sufrimiento de los que nos rodean, y por la compasión que despiertan en nuestro interior aliviar dicho dolor o contenernos de causar mayor daño.

El sufrimiento, nacido del egoísmo ciego, puede destruir al hombre, pero si se tiene consciencia (conocimiento) de sus alcances destructivos y de la magnitud de sufrimiento que provoca, entonces se abre la oportunidad de comprender a los otros, de enriquecer la propia vida y ser más humano con todos. Quien a toda costa mantiene la mirada sobre sí mismo, destruye sus posibilidades de combatir el sufrimiento, no sólo de los demás, sino de sí mismo. Es a partir del análisis del propio sufrimiento como se hallará la comprensión y compasión necesarias para con quienes nos rodean.

La propuesta humanista de Schopenhauer es fundamental porque la compasión, como móvil principal de los actos humanos, permite al hombre arrostrar su egoísmo, encarar sus apegos, dominar sus miedos y liberarse de las ataduras que el mismo se ha puesto.

Despertar la compasión e incitarla a constituirse en el móvil central de las relaciones y acción humanas es fundamental por varias razones. La compasión es un camino para sortear las dificultades y resistir al remolino del dolor y el sufrimiento. Pero también constituye un obstáculo para cometer actos inhumanos de toda índole. La compasión permite ofrecer consuelo y alivio a quien sufre (que padece una enfermedad grave, teme a la muerte inminente o atraviesa un duelo), previene incitar a la muerte a las personas (combate la negligencia, la irresponsabilidad, el

abandono), es un impedimento para provocar la muerte de las personas o ejecutar un crimen (combate la insensibilidad, el maltrato, la violencia, la venganza, etc.).

La compasión o trato humanista sirve como obstáculo para incitar a la muerte. Pensemos, por ejemplo, en un hombre enfermo de gravedad, con amenaza de muerte inminente. Si las personas que lo rodean (familiares, médicos, etc.), expresan actos inhumanos como apatía, negligencia, descuido, abandono, etc. Su miedo ante la muerte se intensificará, puesto que su final estará asociado no solo con los dolores y sufrimientos propios de la enfermedad, sino por la naturaleza del trato que recibe de quienes le rodean. El trato inhumano incita paradójicamente en el enfermo el deseo de morir, con el simple objetivo de evitar llegar a una penosa e indigna situación. La falta de compasión puede causar mayor dolor y sufrimiento que la enfermedad misma.

La falta de humanismo (falta de compasión) es la principal característica de quienes desarrollan una apología de la eutanasia y el suicidio. Desde la perspectiva de Schopenhauer, estas personas (profesionistas o no) manifiestan un claro egoísmo. En la medida en que sólo miran sus propios intereses (comodidad, remuneración, prestigio, reconocimiento, etc.). De manera que provocan o intensifican el dolor y sufrimiento de quienes tienen bajo su responsabilidad, porque no están dispuestos a brindar apoyo que no sea con fármacos, cirugías, tratamientos que muchas veces representan una agresión contra el enfermo. Quien piensa que no tiene más alternativa que acelerar el fin (sea suicidio o eutanasia).

Sin embargo, dice Schopenhauer, cuando una persona desea morir o pide lo maten, en realidad está suplicando que le alivien sus padecimientos, sean físicos, psicológicos o morales, principalmente estos últimos. “El suicida ama la vida; lo único que le pasa es que no acepta las condiciones en que se le ofrece. [...] Quiere vivir, aceptaría una vida sin sufrimientos y la afirmación de su cuerpo, pero sufre indeciblemente porque las circunstancias no le permiten gozar de la vida.”³⁶

³⁶ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. p. 394

Pero si al enfermo se le brinda un trato humano, entonces la atención, los cuidados, la comprensión y consuelo moral psicológico que recibe atenuarán su miedo y sufrimiento. En consecuencia abandonará la idea de dar término a su vida. Luego, contando con la confianza, el acompañamiento y comprensión de quienes le rodean (familiares, amigos, médicos, etc.) estará fortalecido para afrontar su muerte. Es claro que la compasión de quienes lo asisten no necesariamente evitará su muerte, pero si contribuye a ahorrarle sufrimientos innecesarios, y a que esta ocurra en condiciones menos dramáticas, es decir, más dignas.

La compasión frena también en el hombre la ira, el odio o deseo de venganza e intenciones homicidas. La compasión aplaca los impulsos destructivos contra los demás. Pongamos como ejemplo a un hombre que ante una ofensa lo invade el deseo de venganza, por lo que premeditadamente planea matar a su enemigo. Pero en el proceso del plan imagina la situación de sufrimiento en la que colocaría a su víctima, cosa que le conmueve y de pronto aflora en él la compasión, la cual será un conjuro contra sus malévolas intenciones.

Pues lo que es la lluvia para el fuego, eso es la compasión para la ira. Por eso aconsejo a aquel que no quiera tener que lamentar nada que, si se enciende de ira contra otro, se proponga ocasionarle un gran sufrimiento; que se imagine vivamente que se lo ha ocasionado ya, que le vea ahora retorciéndose con su dolor espiritual o corporal, o con la necesidad y la miseria; y que entonces tenga que decirse a sí mismo: esta es mi obra. Si hay algo que pueda mitigar su ira, es eso. Pues la compasión es el correcto antídoto de la ira; y con ese recurso se anticipa, mientras todavía se está a tiempo.³⁷

Para ilustrar el poder que tiene la compasión para apaciguar en el hombre sentimientos y pasiones destructivas, hagamos referencia la narración imaginaria³⁸ que hace Schopenhauer sobre dos jóvenes: Cayo y Tito, enamorados apasionadamente cada uno de una muchacha distinta. A cada uno se le interpone

³⁷ Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, P. 283.

³⁸ *Ibidem*. P. 276

un rival con el que ante las muchachas se encuentran en desventaja, por lo que cada cual decide matarlo. Estando seguros de encontrarse fuera de toda sospecha o de ser descubiertos, no hay nada que se los impida. Así que cada uno, por su lado, procede a la preparación de su crimen.

Después de imaginar la situación de dolor y sufrimiento en el que colocarían a su víctima entablan una lucha consigo mismos, y al final desisten de ejecutar el crimen. Cayo, dice Schopenhauer, desiste del crimen, quizás, por miedo al castigo, por razones religiosas, por respeto a la ley moral, etc. El otro, Tito, lo hace porque se despierta en él la compasión a su rival. Escribe Schopenhauer: “Pero Tito, cuya explicación me he reservado, dice: <<Como empezase con los preparativos y, por tanto, de momento tuviera que ocuparme no de mi pasión sino de mi rival, solo entonces se me hizo totalmente claro lo que había de suceder verdaderamente con él. Y entonces me conmovió la piedad y la misericordia, me dio lástima de él, no pude decidirme, no he podido hacerlo>>.”³⁹ La compasión da lugar a la comprensión, al respeto, a la justicia, a la consideración por los otros, como se exige para sí mismo. Luego, el caso de Tito, y no el de Cayo, es un claro ejemplo de humanismo.

Por lo tanto, la compasión es un remedio, una alternativa para prevenir, evitar o aliviar sufrimiento propio y el sufrimiento de los demás. Pues reconocer el dolor del otro, es reconocer que lo que a él le afecta, me afecta también a mí. “[...] la compasión, es decir, de la participación totalmente inmediata e independiente de toda otra consideración, ante todo, en el sufrimiento de otro y, a través de ello, en la obstaculización o supresión de ese sufrimiento, en la que en último término consiste toda satisfacción y todo bienestar y felicidad.”⁴⁰ La conducta humanista, en el pensamiento de Schopenhauer, hemos de entenderla como una manifestación objetiva de la compasión, como la actitud y acciones emprendidas para apoyar o auxiliar a los demás, para aliviar su dolor y sufrimiento, recibiendo a cambio la satisfacción de haberle evitado un mal o haberle hecho un bien a otra persona, pero

³⁹ *Ibidem.* p. 277.

⁴⁰ *Ibidem.* p. 251.

sobre todo por haber logrado un acercamiento, un vínculo con el ella, de tal modo que se ha dado la identificación y comprensión.

Y ¿cuál ha de ser el motivo y el interés que incite al hombre para mantener una relación compasiva o trato humano con sus semejantes? Dice Schopenhauer que donde hay motivos hay interés. Y el motivo o lo que ha de mover al hombre a despertar dentro de sí su compasión, virtud innata, es el aliviar el sufrimiento del otro y verlo feliz. “Pero si mi acción debe producirse únicamente en razón del otro, entonces su placer y dolor tienen que ser inmediatamente mi motivo; igual que en todas las demás acciones lo son los míos.”⁴¹. Luego, ¿qué mueve a la voluntad del compasivo para que el placer o dolor de los otros constituyan el fin último de sus acciones? Lo que mueve al hombre compasivo a auxiliar a los otros, es que al hacer un bien a estos, se hace un bien así mismo. Porque al aliviar el sufrimiento de ese otro, se alivia el propio sufrimiento que ha sido motivado por aquel. El único interés que puede tener el hombre compasivo es la gran satisfacción de ver feliz a su prójimo,

Afirma Schopenhauer que la satisfacción o insatisfacción que sentimos con nuestras relaciones tienen que ver con la satisfacción o insatisfacción de lo que somos: egoístas o compasivos, expresado en nuestras acciones. Estas dicen en gran parte lo que somos. De ahí ciertas frases con las que los demás se refieren a dichas acciones. Schopenhauer menciona algunas como⁴²: “¡Ahora veo cómo eres!”, “¡Me he equivocado contigo!”, “Bien nacido”, como virtuoso, generoso.

Lo que da sentido a la existencia humana es justamente la virtud de la compasión, porque como dijimos, de ella nacen todas las demás. Esto es fundamental en la vida de cada persona, porque da cuenta de lo que ha sido a lo largo de su vida, y en razón de ello obtendrá la mayor satisfacción, porque logra comprender que su ser y el ser de todos los demás constituyen la unidad. Por ello, “La experiencia enseña continuamente que los moribundos desean reconciliarse con todos antes de la

⁴¹ Ibidem. p. 251.

⁴² Cfr. Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 305

separación.”⁴³ De allí que el egoísta tenga la necesidad del perdón y clemencia de aquellos a quien trato injusta o cruelmente. Lo cual tiene un fundamento metafísico: “pues tal apelación es un recuerdo de la consideración en la que todos somos uno y el mismo ser.”⁴⁴ Lo que le fue difícil reconocer porque siempre percibió la distancia y la diferencia, siendo incapaz de mirarse en los otros. Por lo cual vive en constante angustia y desesperación, pues se siente solo y aislado, desconfiando de cualquiera.

Mientras que el hombre compasivo, que ha traspasado el principio de individuación se reconoce en todo, entablando una relación amistosa, armónica con todos y todo, participando del dolor y alegría de sus semejantes, de manera confiada. “De aquí nace la honda paz de su interior, así como aquel ánimo confiado, sereno y satisfecho, gracias al cual todos se sienten bien a su lado.”⁴⁵ Acepta con resignación la muerte de sus seres queridos, porque el vínculo que guardaba con ellos era de amor, y esperará su propia muerte sin miedo sin angustia, porque ha llegado a comprender que es el final natural de su vida.

Por ello traspasar el principio de individualidad, a partir del conocimiento y la compasión constituyen el propósito final de la propuesta humanista de Schopenhauer. Porque la compasión representa un camino de liberación de las ataduras, de las necesidades y sufrimientos innecesarios y evitables. La propuesta es una invitación al hombre para combatir los grandes males provocados por egoísmo (violencia, guerras, dolor y muerte) e inclinar la balanza en favor de la verdad, del amor, la caridad, la justicia, etc., fundadas en la compasión para hacer de la vida lo más deseable posible. En esto podría basarse, desde luego no totalmente, pero si en gran parte, la distinta / forma en que se enfrentan a la muerte los hombres especialmente buenos y los predominantemente malvados.”⁴⁶

⁴³ *Ibid.* p. 309.

⁴⁴ *Ibidem.* p. 318.

⁴⁵ *Ibidem.* p. 319.

⁴⁶ *Ibidem.* pp. 320-321.

Gracias a la compasión el hombre deja de hacer diferenciaciones egoístas entre él y los otros, reconociéndose ellos, al grado de sentir y hacer suyos los sufrimientos de sus semejantes, pudiendo alcanzar la bondad, el altruismo, hasta la abnegación. “[...]: en resumen, en cuanto mi fin es cualquier otro que no sea más que el puramente objetivo de que quiero ver al otro auxiliado, arrebatado de su necesidad y aflicción, y liberado de su sufrimiento: ¡nada más y nada menos! Solo entonces, y nada más que entonces, he demostrado realmente aquella caridad, caritas.”⁴⁷

La compasión es la virtud donde la humanidad se pone a prueba, donde cada hombre con sus muestras de sensibilidad, empatía, comprensión y calidez hacia los otros y hacia sí mismo puede hacer de la existencia más digna y menos dramática.

El sentimiento de la compasión puede ser despertado en el hombre, desarrollarse y manifestarse en las relaciones y trato humano, hasta convertirse en un hábito, en una forma de vida.

⁴⁷ *Ibidem.* pp. 272-273.

C. EUDEMONOLOGÍA EN RELACIÓN AL FENÓMENO DE LA MUERTE

Filosofar, en el contexto del pensamiento de Schopenhauer, es prepararse para morir. Pensar la muerte implica necesariamente examinar la vida.

Siempre que reflexionamos sobre la muerte humana, nos damos cuenta que está hermanada con la vida. Pensar la muerte en realidad es remitirse necesariamente a un encuentro con la vida. Solo tiene sentido reflexionar sobre la muerte para aprender a vivir y por ende aprender a morir.

La conciencia sobre la muerte tiene sus ventajas, le abre al hombre un horizonte de luz en medio de la oscuridad para salir de su estado de turbación y alcanzar la tan ansiada "felicidad". Felicidad que todo hombre anhela con vehemencia, y que a lo largo de su vida persigue dando tumbos una y otra vez, viendo cómo se esfuma como niebla entre los dedos.

Ante estas consideraciones y en una expresión de suma compasión y bondad, nos encontramos con un Schopenhauer que sensible al sufrimiento humano, ofrece la solución para aliviarlo.

Por consiguiente la tanatología (teoría de la muerte) de este pensador alemán desencadena en una eudemonología (sabiduría de la vida). En la que establece una serie de sugerencias, máximas y reglas para la vida práctica, con el fin de que el hombre logre, hasta donde sea posible, evitar, disminuir o suprimir sufrimientos y desdichas, ante los acontecimientos y circunstancias adversas, entre las que destaca la muerte.

Pues afirma que si hay algún objetivo fundamental que deba plantearse la filosofía es saber cómo liberarse de las ataduras del mundo fenoménico y alcanzar en la medida de lo posible la tan ansiada felicidad. Y dice: "Tomo ahora la noción de la sabiduría de la vida en su acepción inmanente, o sea que entiendo por ella el arte

de hacer la vida tan agradable y feliz como sea posible. Este estudio podría llamarse también *Eudemonología*, es decir, un tratado sobre la vida dichosa”⁴⁸.

Ante esta declaración de uno de los máximos representantes del pesimismo, seguramente algunos se sorprenderán exclamando: ¡Hey! ¿Qué ocurre con la filosofía de Schopenhauer? ¿Acaso su teoría de la felicidad (eudemonología) no contradice su concepción fatalista del mundo, de la vida y del hombre expuesta a lo largo de este trabajo? ¿Cómo explicar el giro inesperado del pensamiento de este escritor?

Cierto que parece un error de interpretación sostener que el campeón del pesimismo alemán propusiera una teoría de la *felicidad* y sobre todo un modo de alcanzarla. Pero tal contradicción no existe. La aparente incongruencia se resuelve con el concepto que formula de la felicidad, como veremos más adelante.

Además es comprensible una propuesta de esa naturaleza en un pensador que se interesó y estudio profundamente el sufrimiento, la desdicha y la muerte del ser humano. Pues sólo alguien así, tenía que preocuparse también por hallar una salida a ese camino escarpado y espinoso por el que transitan los hombres durante su vida, dando lugar a su eudemonología o propuesta para ser feliz.

La Eudemonología schopenhaueriana está edificada entonces sobre una concepción trágica de la vida. Siendo considerada como uno de los grandes y novedosos aportes de nuestro escritor en el terreno de la filosofía.

Se considera que fue Schopenhauer quien acuñó el término “eudemonología”, para referirse al pensamiento sistematizado y centrado (*logos*) en la felicidad (*eudemonía*). Aristóteles había utilizado ya la palabra y desarrollado el concepto, aunque someramente y como complemento de otros temas humanísticos, lo que hicieron y siguen haciendo muchos otros autores. El mérito de Schopenhauer es el haber

⁴⁸ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 13.

sido el primero en hacer de la felicidad el objeto de estudio y escribir un libro acerca de un tema que para los escritores en general, y los filósofos en particular, se consideraba poco digno de ser tratado con seriedad, siendo la felicidad algo así como una fantasía ingenua [...].⁴⁹

Es así que debemos a Schopenhauer haber dado lugar a una explicación sistemática de la felicidad y sugerencias para alcanzarla.

Y se preguntarán ¿cómo es que siendo el sufrimiento la esencia de la vida, le sea posible al hombre combatirlo? Además de las propuestas de la práctica de una ética y un humanismo fundados en la compasión, ya explicados en los apartados anteriores, el filósofo alemán propone un conocimiento de los bienes humanos y una serie de reglas o máximas de vida para lograr una vida feliz, misma que se expone en su ya mencionada eudemonología, a la que damos paso.

1. Concepto de felicidad

¿Qué hemos de entender por felicidad en el pensamiento de Schopenhauer? La felicidad no debe ser entendida en un sentido positivo, es decir como algo que existe en la realidad. La felicidad es entendida por este filósofo en un sentido negativo, es decir, como carencia, como falta de algo que si existe y que es parte de la realidad humana. La felicidad es la ausencia de dolor y sufrimiento.

Schopenhauer no concibe a la *felicidad* como el máximo de placer que se obtiene al dar rienda suelta a la satisfacción de los instintos, pasiones, deseos, impulsos ciegos, como es entendida por la mayoría de los hombres. Felicidad no es un estado permanente de satisfacción, placer y dicha, pues entendida de esta manera es inalcanzable para los seres humanos, como ya se ha visto.

La felicidad para él solo puede ser entendida como la ausencia de dolor y sufrimiento Y para lograr tal cosa es preciso un gran esfuerzo del hombre para renunciar por convicción de manera consciente a la fuente misma de esos males.

⁴⁹ Ibid. , pp. 10-11

La vida feliz tiene como condición el conocimiento y la renuncia a aquello que provoca dolor y sufrimiento. “El hombre más feliz es, pues, el que pasa la vida sin grandes dolores, tanto en lo moral como en lo físico, y no el que tiene de su parte las alegrías más vivas o los goces más intensos.”⁵⁰

El concepto de felicidad, aplicado a la vida humana, no es más que un eufemismo⁵¹ en la filosofía de Schopenhauer, como él mismo lo afirma. Pues siguiendo la línea de su filosofía pesimista declara que la *vida dichosa* es la existencia que una vez meditada, reflexionada de manera fría, objetiva y madura decididamente es preferible a la no-existencia⁵². “La vida feliz, así definida, nos apegaría a ella misma, y no tan solo por temor a la muerte; de donde resulta que desearíamos verla durar indefinidamente.”⁵³ Lo cual sería maravilloso, si dicha definición no estuviera condicionada por una lucha contra el egoísmo; por el esfuerzo continuo en el dominio de las pasiones, de los instintos y deseos; por una renuncia del hombre al *mundo*. Lo cual parece difícil, pero no imposible.

La columna esencial de su propuesta es como veremos, la prudencia para evitar en la medida de lo posible, todo aquello que ponga en riesgo la tranquilidad del espíritu. Es decir, poner en práctica la sensatez, la moderación y la cautela para no ser atrapado y arrastrado por la desdicha.

Pues dejarse arrastrar por el egoísmo, los instintos, las pasiones, la seducción en la búsqueda de placer, es como jugar con un arma de doble filo, como hacer malabares con un revólver cargado que apunta siempre hacia el malabarista, con lo cual no solo pone en riesgo la salud, la integridad y la vida (por la que se lucha tanto contra la muerte), sino la tan ansiada felicidad. La felicidad, por tanto, es la

⁵⁰ Ibidem. p. 139

⁵¹ Cfr. Definición de eufemismo en: - Qué es, Significado y Concepto <http://definicion.de/eufemismo/#ixzz3aocJMIqx>

Eufemismo hace referencia a una manifestación decorosa, cuya expresión más directa y franca sería muy dura o sonaría mal. Se refiere a un concepto que sirve para reemplazar a otro más ofensivo. Esto significa que la utilización de un eufemismo impide chocar con el interlocutor al decirle algo que, de otra forma, podría ser intolerable para él.

⁵² Cfr. Ibidem. p. 13

⁵³ Cfr. Ibidem. p. 13

ausencia de dolor y sufrimiento, es tranquilidad del alma al no ser perturbada por desdicha alguna, es la paz del espíritu al no ser violentado.

2. Importancia de *lo que uno es para ser feliz*

Schopenhauer hace una distinción de tres cosas fundamentales que se deben tomar en cuenta porque, según sean consideradas por el hombre, influyen o pueden influir en la desdicha o en la felicidad de los seres humanos. Tres cosas que deben considerarse y saber en cuál de ellas se debe poner mayor atención y cuidado para evitar la desdicha y alcanzar la felicidad. Felicidad que no basta desearla o aspirar a ella para obtenerla, sino que es preciso saber cómo lograrla. Esas tres cosas son:

Primera: *Lo que uno es*; o sea, la personalidad en su sentido más lato. Por consiguiente, se comprende aquí la salud, la fuerza, la belleza, el temperamento, el carácter moral y la inteligencia y sus manifestaciones.

Segunda: *Lo que uno tiene*; es decir, las propiedades y bienes de todas las clases.

Tercera: *Lo que se representa*; por esta expresión se entiende, según es sabido, la manera como los demás consideran a un individuo. Es decir, su opinión sobre él; y se divide en honores, categoría y gloria.⁵⁴

Lo que uno es; refiere a la dote de cualidades, virtudes y capacidades propias del individuo, innatas o adquiridas a lo largo de su vida, como: belleza, salud, inteligencia, conocimiento, sabiduría, fortaleza, prudencia, alegría, etc. Es decir, son inherentes a cada hombre.

Lo que uno tiene; refiere a todo lo que el individuo ha conseguido obtener, que pueden ser: cosas (riqueza, bienes materiales), animales (perros, caballos, etc), personas (pareja, hijos, amigos, etc.).

Lo que se representa; Corresponde al reconocimiento de los otros hacía nuestra persona, el lugar en el que los otros nos han colocado social, económico, cultural, intelectualmente, etc. Por ejemplo, el que se nos considere inteligentes, sabios,

⁵⁴ Ibidem. p. 15

honrados, honorables, héroes, etc. Estos, como *lo que uno tiene*, corresponden a bienes exteriores

Schopenhauer declara que de esos bienes, los primeros son los más importantes y fundamentales para la felicidad de los hombres, si saben orientarlos para tal propósito. Más importantes que los bienes externos “Y sin duda alguna, para el bienestar del individuo y hasta para toda su manera de ser, lo principal es lo que se encuentra o se produce en él. [...]; todo lo que acontece fuera de él solo tiene una influencia indirecta.”⁵⁵

Si una persona posee entereza, por ejemplo, seguramente podrá afrontar de mejor manera las dificultades o desgracias, como la muerte de un ser querido. Mientras que aquel que ante una circunstancia semejante espera la comprensión y consuelo de los demás, seguramente se hundirá fácilmente en la desesperación, sino cuenta con el apoyo de los demás para aliviar su dolor, “Por ello, las mismas circunstancias, los mismos acontecimientos exteriores, afectan a cada individuo de forma diferente, y por ello también, aunque colocados en un mismo ambiente, cada uno vive en un mundo distinto.”⁵⁶

El sabio, por ejemplo, comprende mejor los acontecimientos desafortunados, los acepta y se resigna, porque sabe que no puede cambiar los hechos. El ignorante no los comprende, y no se explica cómo pudieron haber ocurrido. Esto se debe a que el primero posee el conocimiento, el otro carece de él. El primero aceptará la realidad y su dolor pasará pronto. El segundo, verá los acontecimientos como algo que nunca debió ocurrir, prolongando su dolor y desdicha. “Fácil es, pues, ver claramente cómo nuestra felicidad depende de lo que somos, de nuestra individualidad, mientras a menudo no se tiene en cuenta sino lo que tenemos o representamos.”⁵⁷

⁵⁵ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 16

⁵⁶ *Ibid.*, p. 16

⁵⁷ *Ibidem.* p. 19

De hecho, uno de los motivos centrales de sufrimiento y dolor en el mundo, es el arraigado apego del hombre a los bienes externos: cosas, personas, animales, propiedades, títulos, etc., que ha logrado adquirir a lo largo de la vida. Pues la gran mayoría de los hombres fundan la felicidad en lo que está fuera de ellos. De allí que ante la pérdida de cualquiera de esos bienes, su vida se ve quebrantada continuamente. Cuando esto ocurre, es porque el ser humano no se da cuenta que sólo se puede tener dominio sobre lo que se posee en sí mismo, nunca en lo que está fuera, es decir, en lo que no le pertenece. Pues “[...] los goces más elevados, más variados y más duraderos son los del espíritu, [...]”⁵⁸ El que posee una riqueza interior difícilmente será vencido ante las circunstancias desfavorables. En cambio quien sustenta su felicidad en lo ajeno, fácilmente lo pierde o puede ser despojado de ello.

Lo subjetivo es esencial para la felicidad y se impone siempre sobre lo objetivo. La salud, por ejemplo, que posee un individuo, siempre será un bien superior a cualquier bien externo, porque “[...] que en realidad un mendigo sano es más feliz que un rey enfermo.”⁵⁹ Una actitud noble, una razón lúcida, una conciencia clara, son bienes que ninguna riqueza, por espléndida que parezca, puede reemplazarlas.

Lo valioso y significativo para ser feliz está en lo que se es, en lo que nadie puede dar o quitar al hombre, más que las riquezas o lo que pueda aparentar ser ante los ojos de los demás. Si cada hombre aprecia en sí mismo lo que posee, seguramente se ahorrará decepciones, quebrantos, y mucho dolor y sufrimiento ante la pérdida de lo que no es él.

Un hombre de talento, en la soledad más absoluta, encuentra en sus propios pensamientos y en su propia imaginación con qué divertirse agradablemente, mientras el ser limitado, por más que varíe de fiestas, de espectáculos, de paseos y de diversiones, no llegará a sofocar el tedio que le atormenta. Un carácter bueno, moderado y dulce podrá estar contento en la indigencia, mientras que

⁵⁸ *Ibidem.* p. 19

⁵⁹ *Ibidem.* p. 20

todas las riquezas no pueden satisfacer a un carácter ávido, envidioso y perverso.⁶⁰

Un hombre dotado de un espíritu superior es capaz de prescindir de los goces que a la mayoría atrae y que son más bien motivo de carga, dolor y descontento. Mientras que el hombre que funda su felicidad en los bienes externos es proclive a la desdicha, pues ante la pérdida, por ejemplo, de su fortuna, del reconocimiento que los demás le daban, de su seres queridos se hundirá con facilidad en el sufrimiento, porque padece de riqueza espiritual, particularmente de tipo moral. ¿Qué hace la diferencia? Que uno cuenta con el bagaje de cualidades, capacidades o virtudes propias y necesarias (fortaleza, templanza, etc.) para hacer frente la realidad, mientras que el otro se encuentra desarmado ante las adversidades.

Lo que puede hacer entonces cada persona, es apreciar sus facultades, capacidades o cualidades, poniéndolas en juego en su relación con los demás, en sus ocupaciones, actividades, etc., en un género de vida que a ellas convengan. Entonces, la satisfacción del espíritu será tal, que cuando la fatalidad o la muerte se hagan presentes no habrá resistencia a soltar lo que en realidad no nos pertenece.

El hombre entonces, dice Schopenhauer, debe ocuparse en cultivar y proteger la riqueza humana, y nunca sacrificarla por los bienes y riquezas materiales. Por ese error “[...]; muchos ricos se sienten desgraciados porque están desprovistos de cultura real del espíritu, de conocimientos, [...]”⁶¹ Luego, quieren recibirlo todo de fuera, sin saciar nunca su pobreza espiritual. Pues no saben que lo que uno posee en sí mismo constituye un tesoro que estará presente en todo tiempo y lugar para afrontar cualquier situación en la vida.

Fenómenos como la enfermedad, el dolor, la vejez y la muerte es claro que no podrán evitarse, pero si podrán afrontarse con entereza, conocimiento y sabiduría, haciendo menos difícil la situación, puesto que la apreciación de las cosas es

⁶⁰ *Ibidem.* p. 20

⁶¹ *Ibidem.* p. 23

distinta para quien afronta su condición humana que para aquel que se resiste a ella.

Al conocer el hombre su naturaleza mortal, puede valorar en su justa dimensión los bienes con los que cuenta, para que llegado el momento de desprenderse de estos, lo acepte con resignación. Por ejemplo, es importante considerar la *salud* de la que se goza como un bien superior, y apreciarla en su justa dimensión, siendo feliz por ello, para cuando la enfermedad aparezca no se arrepienta de haber dejado pasar momentos felices. “De lo anterior se deduce que es la más grave locura sacrificar la salud a cualquier otra cosa: riqueza, carrera, estudios, gloria y, especialmente, a la voluptuosidad y a los goces fugitivos; por el contrario, todo debe cederle el puesto.”⁶²

Todo humano que posea un conocimiento profundo sobre la naturaleza del mundo, de la vida y del hombre sabe y acepta su realidad como tal: dolor, enfermedad, deterioro, sufrimiento, vejez y muerte en la existencia humana. Mientras que el hombre vulgar e ignorante generalmente cierra los ojos a la realidad, la niega o se resiste a ella intensificando con ello el dolor y el sufrimiento.

Cuando se carecen de los soportes espirituales, el hombre se desmorona fácilmente formándose una apreciación funesta de los acontecimientos, generándose un su interior un conflicto interno ante las mínimas contrariedades. Por ello, sugiere Schopenhauer, ningún humano debe basar su felicidad en lo que está fuera de la realidad. Tener conocimiento y sentido de la realidad permite al hombre vivir acorde a ello, y aceptar que todo es incierto, efímero, fugaz. El conocimiento de la realidad humana le permite reconocer que todo se acaba. “[...]: La muerte nos quita hasta los amigos y parientes.”⁶³ Pero cuando se niega la realidad son mayores las desgracias y desengaños del hombre.

Quien se derrumba ante las contrariedades de la vida, quien sufre desmedidamente ante la pérdida de un ser querido, quien se niega a aceptar la muerte inminente de

⁶² *Ibidem*, p. 31

⁶³ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 40

un familiar o quien desfallece ante la noticia de una enfermedad incurable que pone en riesgo su propia vida, dirá Schopenhauer, es porque su idea de la felicidad estaba puesta fuera de sí mismo. “Para caracterizar este estado del individuo, podemos decir que *su centro de gravedad está fuera de él.*”⁶⁴ De allí que fácilmente caiga en un estado de soledad, de abandono. Mientras que el hombre íntegro, independiente, autónomo, tiene puesto el centro de felicidad en sí mismo. Schopenhauer cita la frase de Aristóteles: “*La felicidad pertenece a los que se bastan a sí mismos.*”⁶⁵

3. Máximas y reglas de vida

En este apartado vamos a tratar las reglas y máximas para la vida práctica que Schopenhauer propone y que cada hombre debe tomar en cuenta para evitar sufrimientos y desdichas, y alcanzar la felicidad. Esas reglas y máximas que el maestro supremo del pesimismo propone son consejos de autoayuda, en los que cada hombre tiene que esforzarse en poner en práctica. Pues quien no es capaz de cuidar de sí, amarse y protegerse, difícilmente podrá cuidar, amar y proteger a los demás.

Como hemos visto a lo largo de todo este trabajo, Schopenhauer nos muestra la realidad humana en toda su crudeza, en consecuencia también nos ofrece el remedio no sólo para alcanzar la felicidad, sino para soslayar las penurias y golpes del destino, para afrontar con entereza y valor la muerte, realidad ineludible en el mundo fenoménico.

Para ello Schopenhauer propone un total de 53 reglas y máximas. De las cuales sólo serán seleccionadas las que refieran o estén relacionadas directamente con el punto central de nuestro tema: la muerte.

En cada una de las máximas se les colocara el número que le corresponde en la obra de Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, y en seguida se inscribirá una frase breve, nuestra, que sirva de título a cada a una. Demos paso.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 50

⁶⁵ *Ibidem.* p. 40.

Máxima 1. Principio de realidad. En esta primer regla Schopenhauer inicia diciendo: “Considero como la regla suprema de toda sabiduría en la vida la proposición enunciada por Aristóteles en su *Ética nicomaquea* (VII, 12), donde dice: *El sabio persigue, no el placer, sino la ausencia del dolor*”⁶⁶ Todos venimos al mundo llenos de aspiraciones y deseos, con la insensata esperanza de satisfacerlos siempre. Lo mejor entonces es saber que la realidad humana es diferente de lo que esperamos, y que termina mostrándonos que nada en este mundo nos pertenece.

Por lo tanto el hombre debe luchar por evitar el sufrimiento, no en alcanzar el placer o la felicidad entendida como el logro de todos los anhelos. Pues ello sería una necesidad. Ya que como se ha dicho el dolor y el sufrimiento son reales, mientras que el placer y la felicidad son solo ausencia de los primeros.

Considerando esta regla, Schopenhauer sugiere implícitamente que el hombre se ocupe de vivir el presente de la mejor manera posible, evitando cualquier dolor innecesario, para que cuando la muerte llegue no se lamente de haber dejado pasar la vida sin sentido. Si el hombre empieza por aceptar que la vida es sufrimiento, entonces se conducirá en la vida y actuará en consecuencia.

Por ello, tomar en cuenta esta regla es esencial para cualquier momento de la vida. Así, siendo consciente de que los seres queridos sufren -como yo y todos los seres humanos-, entonces será posible comprenderlos y tratarlos de la mejor manera posible, para que cuando se marchen, el espíritu se sienta complacido por haber estado en los mejores y peores momentos con ellos.

Particularmente en situaciones difíciles como enfermedad, vejez o muerte, es preciso ser objetivos. Engañarse a sí mismo genera mayor dolor al terminar vencido por las circunstancias. Por ejemplo, un padre que ve a su hijo grave en riesgo de muerte y su más grande sueño es verlo realizar magníficos proyectos, seguramente al ver morir a su hijo, se desgarrará por dentro, viendo truncados todos sus anhelos,

⁶⁶ *Ibidem*. p. 138

así también quien se resiste a la vejez o a la muerte inminente intensificara su sufrimiento. “No hay verdaderamente locura mayor que querer transformar este teatro de miserias en un lugar de placer y perseguir goces y alegrías en vez de tratar de evitar la mayor suma posible de dolores. ¡Cuántas personas incurren, sin embargo, en esta locura!”⁶⁷

Por ello no queda más opción que enfrentar al mundo y a la vida tal como son: “En cuanto a los peligros a que nos exponemos es preciso afrontarlos cara a cara.”⁶⁸ Si el hombre no acepta su realidad, su vida no será más que un continuo engaño que termine en desengaño, una vaga sospecha que culminará en dolorosa corroboración.

Máxima 2: *Preocuparse por lo que al otro le entristece.* Siempre tendrá mayores ventajas indagar que acongoja a los demás, que les entristece, y en consecuencia acudir a su ayuda y aliviar, si es posible, los males que padece: enfermedad, vejez, soledad, duelo, etc., o en su caso, congraciarnos con su dicha. “Cuando se quiera apreciar la condición de un hombre desde el punto de vista de su felicidad, no se debe enterar uno de lo que le divierte, sino de lo que le entristece; porque cuanto más insignificante sea en sí lo que le aflige, más feliz será el hombre.”⁶⁹

Máxima 3. *Conciencia de las limitaciones.* “Hay que guardarse de fundar la felicidad de la vida en una *base amplia*, elevando numerosas pretensiones a la felicidad; [...]. Poner sus pretensiones lo más bajo posible en proporción a nuestros recursos de toda especie, ése es el camino más seguro para evitar grandes desgracias.”⁷⁰

Esto significa que mientras mayores sean las expectativas y proyectos, mayores serán las desilusiones. Sobre todo en situaciones especiales como la esperanza de una larga vida, propia o de un ser querido, ante la que aparece inesperadamente una enfermedad grave, un accidente mortal, etc., que hace trizas dicha esperanza.

⁶⁷ *Ibidem.* p. 139

⁶⁸ *Ibidem.* p. 141

⁶⁹ *Ibidem.* p. 145

⁷⁰ *Ibidem.* p. 146

“Además, aun cuando se viviese una existencia muy larga, no se dejaría de comprender que es demasiado corta para los planes concebidos; su ejecución reclama siempre más tiempo de lo que suponía; está además expuesta, como todas las cosas humanas, a tantos fracasos y a tantos obstáculos de cualquier naturaleza, que rara vez se los puede llevar a su término.”⁷¹

Si las expectativas de años de vida que se tiene rebasan la realidad, enfrentar la muerte propia o de los seres queridos tendrá tintes dramáticos. Pues todo sueño será cortado de tajo. “De mismo modo, algunas riquezas adquiridas a costa de grandes fatigas y de numerosos peligros no pueden, a veces, servirnos ya, y encontramos que hemos trabajado para los demás; [...]”⁷² Entonces podemos proponernos metas a corto plazo para recibir sus frutos o en su caso para poder enfrentar con toda dignidad aquello que no tiene solución.

Máxima 4. *Formarse una visión general de la propia vida.* El consejo es, visualizar en su conjunto la propia vida, la propia existencia: cómo ha sido, como es y de acuerdo a esto, cómo llegará a ser. Ello es necesario, porque de esa manera el hombre podrá ocuparse de lo fundamental y dejar de lado aspectos banales que en nada contribuyen a la paz del espíritu. De manera que cada paso que se de en la vida apunte a un mismo objetivo: el bienestar, lo que es esencial para una vida digna y feliz. “Si todo eso es importante y elevado, entonces el aspecto del plan reducido de su vida le fortificará, le sostendrá le elevará más que cualquier otra cosa; este examen le animará al trabajo y le apartará de los senderos que pudieran extravíarle.”⁷³

Formarse una idea de la vida y la existencia en su conjunto, permite al hombre anticiparse a situaciones que habrá que enfrentar en el futuro, de acuerdo a lo que se ha dado en el pasado y vive en el presente. Ello para que nada le tome por sorpresa. Ello permitirá un vínculo más significativo y satisfactorio con el mundo, con los demás, porque sólo se aspirara a bienes auténticos. Considerar que cada

⁷¹ Ibidem. p. 146

⁷² Ibidem. pp. 146-147

⁷³ Ibidem. p. 149.

aspecto que atendemos de nuestra vida influye o confluye en lo que haremos de nuestra vida.

Máxima 5. *Equilibrio en la atención que se pone al pasado, al presente y al futuro.*

Pensar continuamente en lo que ha acontecido, sean desgracias o placeres, es quedar prendido en el pasado, lo cual resta potencial para vivir el presente.

Poner todas las energías y esfuerzos para el futuro, es morir en vida. Pues como vimos en otra parte de este trabajo, el pasado no existe, el futuro aún no llega. Por lo tanto, al hombre solo le queda vivir el presente.

“Un punto importante para la sabiduría en la vida es la proporción, en la cual consagramos una parte de nuestra atención al presente y otra al porvenir, a fin de que uno no nos eche a perder el otro.”⁷⁴

Luego del pasado hay que recuperar experiencias y adquirir sabiduría, respecto al futuro solo anticiparse a lo inevitable, como enfermedades, vejez y muerte, para que lo que se le dé el justo sentido y valor a lo que se posee en el presente: juventud, belleza, salud, vida.

Quedarse en el pasado es una necedad, ocuparse excesivamente del presente es una frivolidad, atender solo el porvenir es un absurdo. En el primer caso, añorar o lamentarse de experiencias pasadas, es no querer ver los bienes con los que cuenta o no prevenir las desgracias que le esperan. En el segundo caso se pierde de formarse un concepto general de la vida, para prever o evitar situaciones que pudieran arrastrar al dolor. En el tercer caso, es sacrificar la vida para algo que no existe aún, que no tiene garantía de acontecer, porque lo único que nos espera en el futuro es la muerte. “Los únicos males futuros que deben, con razón, alarmarnos son aquellos cuya llegada y el momento de ésta son seguros.”⁷⁵

Quien vive sólo para el futuro, desdeñando el presente, pone en juego todas sus energías para alcanzar la tan ansiada felicidad, que generalmente nunca llega y mueren en la espera. “[...] se parecen a esos asnos a los cuales, en Italia, se les

⁷⁴ *Ibidem.* p. 150

⁷⁵ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 151

hace apresurar el paso poniéndoles un atado de heno colgado de un bastón, delante de su cabeza; ven siempre el heno delante de sí y tienen la esperanza de comerlo.”⁷⁶

La vida del hombre se desenvuelve en un continuo presente, por ello debe darle su justo valor, y hacer de ese tiempo algo único, real y auténtico. Hacer de ese tiempo lo más deseable y agradable posible. “Así, pues, debe merecernos siempre una buena acogida; debiéramos disfrutar, con la plena conciencia de su valor, de toda hora soportable y libre de contrariedades o de dolores presentes, es decir, no turbarla con desilusiones del pasado o aprensiones para el porvenir.”⁷⁷ Es insensato despreciar algo digno de vivirse en el presente en pos de alcanzar algo grandioso en el futuro incierto.

Pero, ello con el fin de prepararse para cuando estos males lleguen no nos tomen por sorpresa, y con resignación aceptarlos como inevitables: enfermedad, vejez y muerte. Por otro lado es conveniente despojarse de toda pretensión inútil y banal que no contribuya al bienestar y tranquilidad del espíritu, que es la base de la felicidad.

“Apreciaríamos y saborearíamos también mejor el presente si, en, los días de bienestar y de salud, reconociésemos hasta qué punto, durante la enfermedad o la aflicción, el recuerdo nos representa como infinitamente envidiable cada hora libre de dolores o de privaciones; es como un paraíso perdido, como un amigo desconocido.”⁷⁸

Reparar en el presente, tiene sus ventajas, por ejemplo el de saber apreciar y disfrutar la compañía de los seres queridos que la muerte nos ha de arrebatarnos, el de no sacrificar la salud por un bien externo como el dinero. Cuando no se aprecian esos momentos, en épocas sombrías, en horas de infortunio, la añoranza envuelve al hombre llenándolo de arrepentimiento.

⁷⁶ *Ibid.* pp. 150-151

⁷⁷ *Ibidem.* p. 151

⁷⁸ *Ibidem.* p. 152

Máxima 6. *Restricción del círculo de visión, acción y contacto.* Schopenhauer propone restringirse a sí mismo en proyectos, radio de acciones y de relaciones humanas. Pues mientras menos sean estos, menores serán las posibilidades de frustración, de fracaso y decepción.

Si el círculo de personas con las que se trata es mínimo, también serán mínimas las batallas para evitarles peligros, enfermedades y muerte. Mínimos también serán los casos de pérdidas y de duelos por los que se haya que pasar. “Cuanto más reducido es nuestro círculo de visión, de acción y de contacto, más felices somos; cuanto más vasto es, más atormentados e inquietos nos sentimos.”⁷⁹ Lo más conveniente es la renuncia a todo lo que pueda arraigar apegos. Pues de lo contrario, será mucho más difícil enfrentar a la muerte.

Al irse ensanchando el horizonte del mundo y de las relaciones, aumentan las excitaciones, la inquietud y el riesgo. Como le ocurre a una gran cantidad de personas que en el afán de aliviar su soledad, el tedio y el deseo de reconocimiento se lanzan a todo tipo de relación, sufriendo luego las consecuencias. “[...], porque se recurre a todos los medios para desterrarlo; se prueban distracciones, reuniones, lujo, juego y otras mil cosas; de ahí prejuicios, ruina y desgracias de toda clase.”⁸⁰ Por ejemplo, accidentes mortales, enfrentamientos y muerte, etc. Conveniente es llevar una vida sencilla socialmente, a menos que medie la compasión y el propósito de ayudar a los semejantes. De esa manera la vida fluirá sin torbellinos.

Máxima 7. *Recogimiento espiritual.* Cada hombre debería esforzarse por cultivar su intelecto y practicar la introspección en un estado de aislamiento, en un encuentro consigo mismo. Porque ello permite el fortalecimiento de sus virtudes y facultades que le permitan un conocimiento de la realidad humana. Y el aislamiento permite al individuo un conocimiento de sí mismo, de sus límites y fortalezas para enfrentar al mundo.

⁷⁹ *Ibidem.* p. 153

⁸⁰ *Ibidem.* p. 154

“Hay que observar, además, que por una parte, la actividad exterior de la vida nos distrae, nos aparta del estudio y quita al espíritu la tranquilidad y el recogimiento exigidos, y que por otra parte, la ocupación continua del espíritu hace más o menos incapaz de mezclarse en el bullicio y el tumulto de la vida real; resulta pues prudente suspender esa ocupación cuando ciertas circunstancias necesitan de una actividad práctica y enérgica.”⁸¹

Schopenhauer propone el retiro, para alcanzar la paz y tranquilidad del espíritu. Pero también expresa la necesidad de intervenir o involucrarse en situaciones que lo ameriten. Podríamos pensar por ejemplo: salvar de morir a alguien, ocuparse del cuidado de otros para aliviar su dolor y sufrimiento, para auxiliarlos, para evitar su muerte o acompañarlos al enfrentar la muerte.

Máxima 8. *Vivir con prudencia.* Schopenhauer sugiere sacar toda la ventaja posible de la experiencia, aprender de esta para no repetir los errores y dar tumbos por la vida o pasar por los mismos sufrimientos. “Las faltas claramente cometidas no debemos, como solemos hacer, intentar disculparlas ante nosotros mismos, o disimularlas o minimizarlas, sino admitirlas y ponerlas claramente ante nuestros ojos en toda su magnitud, a fin de poder hacer el propósito firme de evitarlas en el futuro.”⁸²

Procurar equilibrar la experiencia con la reflexión. Para ciertos casos es necesario recapitular lo que se ha visto, hecho, aprendido o sentido en casos especiales de la vida, con el propósito de actuar o conducirse de la mejor manera para evitar situaciones desagradables, dolorosas o dramáticas.

Si se ha tenido la experiencia, por ejemplo, de perder a un ser querido al que no se le dio la atención, el amor y la compasión que demandaba en vida, dicha experiencia y el recuerdo del sufrimiento causado con su muerte, ha de tomarse en consideración para que en consecuencia se brinde la comprensión, el cuidado, el amor y la compasión que requieren los seres queridos que aún viven.

⁸¹ Ibidem. p. 155

⁸² Arthur Schopenhauer, *Parerga y Paralipónema*. Vol. I, p. 449

“La experiencia nos sirve así de profesor particular, que viene a darnos lecciones privadas. Se la puede considerar también como el texto, siendo el comentario la reflexión y los conocimientos.”⁸³ Tener memoria de los errores y los aciertos es fundamental, para así reconocer lo que es conveniente o no en la vida.

Máxima 9. *Ser independiente.* Bastarse a sí mismo y evitar en lo posible depender de los demás, en cualquier aspecto de la vida es fundamental. Pues ello permite asumir la responsabilidad de la propia vida, e incluso ante la inminencia de la propia muerte. Pues si se es autónomo, entonces es posible prever y tomar decisiones en circunstancias especiales y no depender de las decisiones de los demás sobre lo que incumbe de manera particular a uno mismo.

“Porque, por una parte, no hay que contar con seguridad más que consigo mismo; por otra, las fatigas y los inconvenientes, el peligro y las molestias que la sociedad trae consigo, son innumerables e inevitables.”⁸⁴ Si no se asume la responsabilidad de sí mismo, y la relega a los demás, seguramente se adoptará una actitud sumisa y quedará bajo las decisiones de quienes lo rodean. Pensemos, como ejemplo, en una persona que de pronto enferma de gravedad, pero nunca pensó qué hacer en circunstancias tales, de modo que los demás deciden respecto a lo que se debe o no hacer en dichas circunstancias (médicos, familiares, amigos, conocidos). El sufrimiento, seguramente, será mayor, que si fuera capaz de tomar decisiones respecto a su situación: acudir con tal o cual médico, estar solo o acompañado, someterse o no a un tratamiento, morir en su casa o en un hospital, en fin.

Los más grandes dolores y sufrimientos, sostiene Schopenhauer, vienen de la dependencia que se establece con los otros, porque es como permitir que otro tome el timón de nuestro barco y lo encamine en una dirección distinta contraria a la que no dirigíamos.

⁸³ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 155

⁸⁴ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 156

Dejar en manos de los demás, nuestra vida miserable, en este mundo de egoísmo, de mentiras e intereses es condenarse a sí mismo a la incomprensión, a la soledad, al abandono y sufrimiento.

Máxima 10. *Dominar la envidia.* Schopenhauer sostiene que la envidia es algo contra lo que se debe luchar porque es sentimiento temible, pues tiene efectos y consecuencias negativas tanto para el envidioso (que se llena de amargura y dolor por desear tener lo que otros tienen) y para el envidiado quien ha de soportar el deseo de todos los males posibles, por parte del envidioso. Por además de enfrentar el riesgo de que este le provoque la ruina. “La *envidia* es natural a los hombres; sin embargo, es un vicio y una desgracia a la vez. Debemos, pues, considerarla como una enemiga de nuestra felicidad, y tratar de ahogarla como a un espíritu maligno.”⁸⁵

La envidia es un sentimiento que surge en cualquier momento y aspecto de la vida. Pero, también es un sentimiento que se acentúa y que es característico en el proceso de duelo por el que atraviesa la mayoría de las personas que han perdido de un ser querido, o que enfrentan la muerte inminente próxima de un ser amado o propia. Según lo que se ha dicho anteriormente, el doliente envidia la alegría, la felicidad de los demás, deseando estar en el lugar de ellos, o que cualquier otro, y no él, estuviera en desgracia. Quien alimenta este sentimiento, difícilmente superará el duelo en el que se encuentra.

Si se piensa en que por la naturaleza mortal de los hombres, cada uno pasará por una situación semejante, entonces se comprenderá que en realidad, “Nada hay verdaderamente digno de envidia, ¡y cuántos merecen lástima!”⁸⁶ Pues cada persona tendrá que enfrentar la muerte de sus seres amados, cada persona está en riesgo latente de enfermar de gravedad, de morir. Pues el sufrimiento es inherente a la naturaleza humana, por lo que nadie queda excluido de este.

Máxima 11. *Meditar sobre los límites de la ciencia.* Es recomendable pensar seriamente y de manera anticipada en los proyectos, obras o acciones a realizar,

⁸⁵ *Ibidem.* p. 172

⁸⁶ Arthur Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 79

tomando en consideración los límites del conocimiento y de la ciencia que se posee, a fin de evitar errores fatales para sí mismo o para los demás. Y que luego den lugar a la culpa y arrepentimiento, y por ende, la pesadumbre y sufrimiento. Dice Schopenhauer, [...], y aún después de haberlo examinado escrupulosamente hay que tener en cuenta la insuficiencia de toda ciencia humana; vistos los límites de nuestros conocimientos, siempre puede haber circunstancias que ha sido imposible analizar o prever, y que pudieran falsear el resultado de toda nuestra especulación.”⁸⁷

Relacionando esta máxima con el tema que nos ocupa, podemos sugerirla a los médicos y a todo el personal de salud que fiándose del *progreso* de la ciencia, siguen al pie de la letra los métodos, procedimientos, terapias, y tratamientos que han aprendido, sin meditar y prever efectos nocivos de los mismos en los pacientes, poniendo en riesgo la vida de estos, o incluso llevándolos a la muerte. Siendo error también de ellos el haber confiado ciegamente en los conocimientos y procederes de los profesionistas.

Máxima 12. *Evitar pensar que lo que acontecido pudo ser de otra manera.* Ante acontecimientos desafortunados, enfermar gravemente, tener accidentes que cambian la vida, sufrir la muerte de un ser querido, etc., lo mejor es evitar pensar que tales acontecimientos pudieron ser evitados, pues tal idea provoca culpa e intensifica el sufrimiento, convirtiéndolo en tormento.

En presencia de un acontecimiento desgraciado ocurrido ya, el cual, por consiguiente, no hay medio de variar, es preciso no abandonarse a la idea de que pudiera ser de otro modo, y menos reflexionar en lo que hubiera podido hacerlo variar; porque eso es lo que lleva la gradación del dolor hasta el punto en que se hace insoportable, y convierte al hombre en “Uno que se atormenta a sí mismo”, como el título de una de las comedias de Terencio. Hagamos más bien como el rey David, que asediaba sin descanso a Jehová con sus oraciones y con sus súplicas

⁸⁷ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, pp. 173-174

durante la enfermedad de su hijo, y que, cuando este hubo muerto, hizo una pirueta castañeteando los dedos y no volvió a pensar más en ello.⁸⁸

Ante lo irremediable, no tiene caso sufrir. Lo mejor, según nuestro gran filósofo, es continuar la vida de la mejor manera, sin tormentos, culpas y remordimientos.

Aunque, afirma que cuando la responsabilidad que se tiene sobre el acontecimiento fatal, es real, el que el sentimiento de culpa esté presente, tiene su lado positivo, porque permite al hombre aprender de la experiencia, ser más prudente, enmendar los errores cuando es posible y evitarlos a futuro. “[...], como sucede las más de las veces, la culpa es, al menos en parte, de nuestra propia negligencia o de nuestra propia temeridad, entonces la meditación repetida y dolorosa de los medios que hubieran podido impedir el funesto acontecimiento es una mortificación saludable, propia para servirnos de lección y de enmienda para el porvenir.”⁸⁹

Es decir, que cada persona debe asumir las faltas, y no empequeñecerlas, sino afrontarlas. En caso, por ejemplo, de negligencia médica, impericia y otras faltas que tienen como consecuencia un daño físico, psicológico, moral o mortal para quien solicito los servicios, deben permanecer en la memoria, no solo de quien cometió la falta (que debe sentirse descontento de sí), sino de aquellos que pueden incidir para evitar un error más de esa naturaleza.

Máxima 14. *Valorar lo que se tiene.* Esta máxima es muy importante, porque si el hombre no es consciente de lo que posee, difícilmente le dará el justo valor que tiene en su vida. Y reconocer ese valor una vez que se ha perdido, carece de sentido.

Recomienda Schopenhauer que para darse cuenta del valor de las cosas con las que se cuenta, cada persona debería preguntarse: ¿qué ocurriría si esto ya *no fuese mío*? Y visualizarse así mismo sin ello. Lo cual le permitirá reconocer la valía de los bienes con los que cuenta. “[...]; y hablo aquí de los bienes de todas clases:

⁸⁸ Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 175

⁸⁹ *Ibid.* p. 175.

riqueza, salud, amigos, querida, esposa, hijos, caballos y perros; porque las más de las veces sólo la pérdida de estas cosas nos enseña su valor.”⁹⁰ Imaginar incluso las peores desgracias: enfermedades, muerte de la esposa, la pérdida de un amigo.

Lo anterior, permite dos cosas: una, ser más feliz con lo que se tiene, y no descuidarlo por la ambición de tener más; dos, cuidar y proteger esos bienes con los que se cuenta. Así se cuidará la salud, los amigos, a los seres queridos, etc.

Máxima 17. *Mantenerse activo.* Es necesario para la dicha del hombre la actividad constante, la producción, la creatividad. Vida es movimiento, dice Schopenhauer, en acuerdo con Aristóteles.

El hombre debe ocuparse en algo provechoso para su intelecto y para su cuerpo. La actividad tanto intelectual como física, contribuyen a la satisfacción y alegría del individuo, lo cual le hace más placentera y deseable la vida.

La inactividad por el contrario, es motivo, en la mayoría de las veces, de tedio, aburrimiento, vicios, sedentarismo, enfermedades y muchos otros males, que aceleran la muerte, a la que tanto teme el hombre.

Una idea central de esta máxima es que mientras más activos, más posibilidades de salud y larga vida

Máxima 33. *Reconocimiento de los verdaderos amigos.* En esta máxima, Schopenhauer sugiere antes que todo, la desconfianza a las personas que se dicen amigos, ello ahorrara muchos desengaños y sufrimientos. Pues por su egoísmo, como se ha dicho, lo que mueve a los hombres a las relaciones y trato de unos con otros es el interés de obtener lo que necesita, desea o anhela. En, tal caso, la mayoría utiliza al otro como medio. Hay que confiar más, dice el filósofo, en la lealtad de un perro, que en las muestras de amistad de las personas.

⁹⁰ *Ibidem.* p. 180

Y luego, ¿cómo hemos de identificar a los amigos sinceros? “Además de los casos en que se necesitan socorros serios y sacrificios considerables, la mejor ocasión para probar la sinceridad de un amigo es el momento en que le anunciáis una desgracia que acaba de ocurrirnos. Entonces veréis esbozarse en sus facciones una aflicción verdadera, profunda e inmaculada, [...]”⁹¹

Los auténticos amigos se conocen en las situaciones desafortunadas, cuando corren a nuestro auxilio, cuando se solidarizan y apoyan, sin ser solicitados. Entonces su compañía, sus palabras y sus actos son un bálsamo a nuestro dolor y sufrimiento.

Reconocer a este tipo de personas en la enfermedad, la vejez o al final de nuestros días es una gran fortuna y una dicha.

Máxima 36. *Practicar la cortesía.* Practicar la cortesía en el trato con los otros, convertirla en una virtud es una buena manera de hacerse la vida tranquila y grata.

La descortesía por el contrario, provoca fácilmente enfrentamientos o conflictos que pueden poner en riesgo la vida. “[...], crearse enemigos por grosería, sin necesidad y con gran satisfacción de ánimo, es locura; es como si se prendiese fuego a su propia casa.”⁹² La descortesía es como una forma intencional de suicidio. Las bravatas, los enfrentamientos, las guerras, la violencia traen consigo muerte.

La cortesía, por el contrario es una manera prudente y delicada de evitar todo rose, para no poner en riesgo la paz y tranquilidad en la vida. “Unir la cortesía a la dignidad es un golpe maestro.”⁹³ ¿Contra qué? Contra la enemistad, la rivalidad, y el desafío a la violencia y la muerte.

Máxima 51. *Guardar la serenidad ante los reveses de la vida.* Mantener la calma ante las adversidades tiene la ventaja de evitar otros males, iguales o peores que los que ya han acontecido.

⁹¹ Ibidem. p. 209

⁹² Arthur Schopenhauer, *Eudemonología o el arte de ser feliz*, p. 213

⁹³ Ibid. p. 214

Mantener el aplomo ante las circunstancias de infortunio, no sólo es conducirse con dignidad, sino que además permite mirar con objetividad y sentido de realidad lo que ha acontecido.

El hombre que permanece tranquilo en los reveses prueba que sabe cuán inmensos y múltiples son los males posibles en la vida, y que no considera la desgracia que sobrevive en cierto momento sino como una pequeña parte de lo que pudiera suceder; ése es el sentimiento estoico que obliga a no ser jamás *conditionis humanae oblitus* (“olvidadizo de la condición humana”), sino recordar sin cesar el triste y deplorable destino general de la existencia humana, así como el número infinito de sufrimientos a que está expuesta.⁹⁴

La imperturbabilidad ante la fatalidad, permite mirar a nuestro alrededor y reconocer que hay peores desgracias que las nuestras, permite reconocer que no se es el único que sufre o padece tales calamidades. Pero, además, aceptar que ante lo ocurrido no hay nada que hacer para remediarlo. De la serenidad viene la resignación ante lo inevitable. Pues, *“Todo lo que ocurre, desde lo más grande a lo más pequeño, ocurre necesariamente.”*⁹⁵

Nada pertenece al azar: ni el nacimiento, ni la vida, ni la vejez, ni la muerte, ni el dolor, ni el sufrimiento. Todo lo que acontece tiene su fuente y su explicación: La libertad absoluta de la voluntad.

Máxima 53. *Afrontar la muerte con valentía.* La muerte, como vimos a lo largo de este trabajo, es inevitable, es un asunto que se tiene que afrontar. Y la sugerencia es hacerlo de frente, con valentía.

Cuando se teme a la muerte, esta se torna en algo terrible, en algo espantoso para el hombre. Lo cual causa dolor y sufrimiento innecesario. Si el hombre la acepta como algo natural, y como un paso a la eternidad, será menos violenta. La resistencia innecesaria magnifica el drama humano. “Voltaire dice, con razón: “[...].

⁹⁴ *Ibidem.* pp. 226-227

⁹⁵ *Ibidem.* p. 228

(“Sólo con la punta de la espada se triunfa en este mundo; se muere con las armas en la mano”). Así que es de un alma cobarde dejarse abatir, perder valor y gemir, en cuanto las nubes se agrupan o simplemente asoman en el horizonte.”⁹⁶

Lo anterior no significa dejarse morir. Sino que él individuo, enfrente por sí mismo, con toda su energía las circunstancias, sin aterrarse. Mucho menos debe resistirse a la muerte por miedo a perder sus bienes en este mundo. “Ni la existencia misma, ni, con mayor razón, sus bienes, merecen, en definitiva, tan cobarde terror y tantas angustias.”⁹⁷ Quien experimenta terror es porque no ha comprendido la naturaleza de la vida y del hombre mismo.

Por consiguiente se hace necesario el conocimiento, la conciencia y la meditación respecto a lo que es el hombre, para evitar todo dolor y sufrimiento innecesario. Y hacer de su vida algo más deseable y digna. Lo más importante en la vida, y ante la proximidad de la muerte, es alcanzar la felicidad: estado de tranquilidad y paz espiritual.

-.-

Para Schopenhauer es necesario prepararse para morir. Y prepararse para morir no es otra cosa que entrenarse para dominar el miedo a la muerte, para aceptarla y esperarla con resignación. ¿Por qué es necesario dicho entrenamiento? Porque, según el filósofo alemán, la mayor parte de nuestras acciones y actitudes ante la vida lamentablemente están condicionadas, en mayor o en menor grado, por el miedo a morir.

Schopenhauer, como Epicteto, sostiene que la fuente de todas las miserias para el hombre no es la muerte, sino el miedo a esta. El miedo a la muerte y el esfuerzo por escapar de ella o de encontrar una explicación consoladora, hace de la vida del hombre un drama inútil. Resistirse a la muerte no la evita. Por lo cual el hombre debe conocer y aceptar su naturaleza efímera y mortal. En aceptarla está su dignidad. Quien sucumbe a sus flaquezas, a sus debilidades, a su miedo hace de

⁹⁶ *Ibidem.* p. 229

⁹⁷ *Ibidem.* p. 230

su vida un infierno. “[...] la victoria más grande y trascendente que puede producir la tierra no es del que vence al mundo, sino la del que se vence a sí mismo; [...].”⁹⁸

Por ello el ser humano debe prepararse para enfrentar la muerte de una manera digna, sin miedo, sin angustia ni sufrimiento. El miedo a la muerte inminente, es decir el miedo a morir, paraliza la vida de los humanos, quienes se ven envuelto en una atmosfera de dolor y sufrimiento innecesario. No tiene sentido condenarse o dejarse arrastrar por el miedo, hundirse en el sufrimiento que no contribuye más que a hacer de la vida algo intolerable.

Mejor, es dar sentido a la vida, a la que tanto apego se tiene y de la que tanto se teme perder. La vida tiene como condición a la muerte y viceversa. Aceptar la vida es aceptar la muerte.

Por consiguiente, la propuesta de Schopenhauer, como se dieron cuenta, no tiene que ver con la resignación y quietismo absoluto. Si no con trabajo y esfuerzo constante que cada hombre debe hacer para evitar el sufrimiento y atrapar la felicidad. Ciertamente que la muerte es inevitable, pero si se cultivan las cualidades, facultades y virtudes, será mucho más fácil resignarse a lo que por naturaleza corresponde a la vida. De esa manera el hombre estará preparado para morir, porque aprendió a vivir. Saber vivir es aprender a morir.

⁹⁸ Arturo Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. Vol. I p. 382.

CONCLUSIONES

*La muerte no llega más que una vez, pero se
hace sentir en todos los momentos de la vida.⁹⁹*
Jean de La Bruyère

Schopenhauer ha puesto de manifiesto la importancia y necesidad de un estudio, análisis y reflexión filosófica sobre la muerte humana. ¿Por qué? Porque considera que este, y no otro, constituye el problema fundamental en la vida del hombre, un problema del cual se derivan todos los demás problemas humanos. Por ello, atender este asunto permite conocer y comprender la condición existencial del hombre en el mundo, sus circunstancias, sus limitaciones, sus carencias, necesidades y sufrimientos. Al mismo tiempo permite entender las distintas manifestaciones culturales, que son una clara expresión, directa o indirecta, de la batalla que el hombre ha emprendido para superar sus limitaciones, para acallar sus sufrimientos, para aplazar la vejez, para prolongar la vida, para evitar la muerte, hasta sus últimas consecuencias. Consecuencias que en muchos casos se vuelven contra el hombre.

Esa guerra que se ha emprendido contra la muerte a lo largo de la historia, ha tenido consecuencias negativas para el hombre, como: la deshumanización en las relaciones de los hombres (pues se ha aprendido a mirar los problemas, pero no a las personas), el sacrificio de unos para asegurar la sobrevivencia de otros (afán de conquista, de poder y dominio), el dolor y sufrimiento innecesarios al que son sometidas miles de personas el afán desmedido por mantenerlas vivas (encarnizamiento terapéutico), la cultura del miedo y de la negación a la muerte que se ha pretendido generalizar, la derrota final en la batalla contra la muerte intensifica o prolonga el sufrimiento humano.

Por ello, la muerte es una realidad que no puede pasar desapercibida ante los ojos de los hombres. No sólo porque cada uno pueda tener conocimiento, dar cuenta o testificar acerca de la muerte de terceras personas; sino porque llegado el momento cada uno tiene que encarar, a pesar suyo, su propia muerte o la muerte de sus seres

⁹⁹ <http://www.frasescelebres.net/frases-de-muerte.3.html>

queridos. De manera que siendo la muerte el destino final de todo ser humano, es un tema y un problema que a todos compete y al que nadie debería ser indiferente.

Al ser humano nunca le ha sido fácil aceptar su naturaleza mortal, mucho menos reconocer a la muerte como una realidad inevitable, pues ello le provoca miedo, dolor y sufrimiento. Sin embargo, pretender “ignorar” o “negar” a la muerte no la evita. Por el contrario, cuando el hombre se “olvida” que es mortal, cuando opone resistencia y emprende una lucha sin cuartel contra la muerte, cuando la considera como un accidente que puede evitarse, entonces su fracaso y derrota final intensificarán o prolongarán innecesariamente el sufrimiento. De manera que pretender soslayar este asunto convierte muchas veces a la vida del hombre en un infierno, envuelve su existencia en una atmósfera de drama y tragedia, y al final se derrumba en los brazos de la muerte.

Por ello, Schopenhauer ha destacado la importancia de Indagar, analizar y reflexionar acerca de la muerte (de nuestra propia muerte o de la muerte de nuestros seres queridos), porque para él es una manera de prepararse para ello. Meditar acerca la muerte no es algo que deba atribuirse a personas negativas o pesimistas, sino a personas sensatas, dispuestas a reconocer y a enfrentar esa realidad objetiva, motivo de conflicto existencial.

Pensar la muerte y prepararse para ello, según Schopenhauer, tiene sus ventajas. La primera es que al meditar sobre la muerte remite necesariamente al hombre a una reflexión y valoración de la vida, de su vida, haciendo de esta algo más amable, deseable y feliz. Pensar sobre la muerte mueve a reconocer la fugacidad de la vida y vivirla de la mejor manera posible. Estar preparado para morir es estar preparado para vivir. Una persona que enfrenta su miedo a la muerte es capaz de hacer frente a la vida. Reconocer a la muerte como una realidad, es reconocer que está entrelazada con la vida, que una no es sin la otra.

Si el hombre reflexiona sobre la muerte comprenderá, que al igual que la vida, es un fenómeno de la naturaleza; que vida y muerte no son otra cosa que dos

momentos del infinito proceso de renovación de la naturaleza, que vida y muerte son manifestaciones distintas de un mismo principio metafísico: La voluntad.

La segunda ventaja que podemos señalar, respecto al meditar sobre la muerte, es que al reconocer el hombre a la muerte como algo natural, dejará de concebirla como a un enemigo invisible que lo acosa y acecha constantemente para dar término a su vida. Este reconocimiento le ahorrará grandes desilusiones y frustraciones, porque la muerte ya no se le presentará como algo inesperado y sorpresivo, sino como algo que necesariamente tiene que llegar.

Una tercera ventaja de reflexionar en torno a la muerte es que, el hombre ya no será visto como un ser omnipotente, invulnerable y dueño del mundo, sino como un simple mortal. Es decir, como un ser finito, limitado, vulnerable, digno de consideración. Esto sin importar su condición racial, social, económica, religiosa, cultural, etc., puesto que al final todos los humanos son abrazados por la muerte, ante la cual no importan las diferencias accidentales y fenoménicas. Mirar al hombre objetivamente, en su condición existencial real, como un ser que sufre y muere motiva, a quien piensa, a contener los impulsos destructivos; a controlar los sentimientos negativos como la envidia, la rabia, el deseo de venganza; a evitar la injusticia y maldad hacia los otros. El egoísmo, motivo de inmoralidad, es superado en el reconocimiento de la realidad humana. Por el contrario, la vida sin conciencia sobre la muerte se convierte en un mal negocio para el hombre, en el que hace una gran inversión sin ninguna ganancia: perseguir quimeras, anhelar imposibles, envidiar, odiar, desear, poseer, dominar con tanta vehemencia, y todo para qué, si al morir nada le pertenece.

Otra de las ventajas que tiene el hombre al pensar sobre la muerte y su condición de mortal es el reconocimiento de que las circunstancias existenciales en las que se encuentra uno mismo, son las mismas en las que se encuentran todos los demás. De esta manera será posible despertar la compasión y acudir en auxilio de quien sufre, de quien necesita ayuda para aliviar su dolor, disminuir su sufrimiento o contribuir en hacerle la vida más aceptable, o en su caso acompañar a quien se

encuentra en su lecho de muerte para hacer de sus últimos momentos de vida algo tolerable, aceptable. Ciertamente que la compasión, el amor y el acompañamiento no aumentarán los días de vida de una persona, pero sí le ayudará a que los días que le quedan de vida, los días que viva no le sean difíciles o tormentosos. La compasión y el amor son las únicas formas de acompañamiento auténtico para quien sufre, para quien se encuentra en situaciones difíciles, para quien ha de morir. Si se mira al prójimo como el beneficiario de nuestras acciones, y no como un medio o un instrumento para el logro de los propios intereses, entonces tanto el que recibe como el que da alcanzarán una gran satisfacción y dicha por los frutos de ese tipo de relación. Pensar sobre la muerte, es mirar al otro como igual, por lo que será posible desearle siempre el bien, como se desea para sí mismo. La compasión y el amor por los demás acortan la distancia y anula las diferencias, motivo de rivalidades y enfrentamientos con los demás.

Schopenhauer considera mucho más digna la actitud reflexiva y consciente que alcanzan algunas personas en torno a la muerte, que la actitud de indiferencia e ignorancia que caracteriza al hombre común, que sumido en la ignorancia se deja arrastrar por sus impulsos ciegos, que se precipita desmesuradamente a satisfacer sus deseos, que emprende una loca carrera en pos de sus ambiciones, sin medir las consecuencias nefastas. La gran mayoría de las personas inconscientes, se enfrascan en una lucha ciega por la vida, en la preservación de su existencia, devorándose unos a otros, hundiéndose y arrastrando a los demás al sufrimiento.

La inconciencia y negación que se pretende hacer de la muerte, no tiene otra cosa como resultado que la desdicha, la desesperanza, la frustración y fracaso continuo en la vida. El hombre inconsciente o indiferente a la muerte y a su condición de mortal, navega por la vida como una endeble embarcación, que se dirige por donde el viento la lleva, hasta alcanzar a la muerte. Porque el hombre cegado por el miedo a enfrentar su propia muerte dirige sus pasos, sin reparar en ello, justo en dirección a aquello de lo que huye, acelerando incluso muchas veces su llegada.

Así que el hombre no tiene más alternativa que el reconocimiento y aceptación de la muerte como una realidad. La reflexión sobre la muerte conduce al hombre a transitar por la vida con prudencia, evitando dar tumbos, ahorrarse sufrimientos innecesarios, a vivir lo más dichoso posible. A mayor conciencia sobre la muerte, mayor previsión se tiene en la vida. Es verdad que nada ni nadie podrá librar al hombre de sufrir, de padecer enfermedades, de envejecer y de morir, porque estos fenómenos son propios a su naturaleza. Pero, si podrá actuar en consecuencia con sus conocimientos y hacer de su vida y de su muerte algo menos trágico.

El conocimiento despierta la inteligencia y la sensibilidad para entender y atender las circunstancias existenciales en las que se coloca el hombre ante la muerte, y asistir a la ayuda y apoyo franco y desinteresado del quien requiere atención y trato digno. Reflexionar sobre la muerte para vivir mejor, y vivir de la mejor manera para estar preparado para cuando llegue la muerte.

Hemos de decir finalmente que Schopenhauer, el campeón del pesimismo, nos ofrece paradójicamente los medios, las estrategias y las formas para hacer de la vida algo más deseable, algo que el hombre ame por sí misma, y no en algo que se empeñe en conservar a toda costa solo por miedo a la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE SCHOPENHAUER

Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, Traducción Eduardo Ovejero y Maury, Porrúa, México, 1983.

_____*El mundo como voluntad y representación II*, Traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María, tercera edición, Trotta, Madrid 2009.

_____*El amor, las mujeres y la muerte*, Traducción A. López White, Libro Electrónico, 2004.

_____*El amor, las mujeres y la muerte*, Ediciones Coyoacán, México, 1997.

_____*Eudemonología o el arte de ser feliz*, traducción de Roberto Mares, Ensayos e ideas, Grupo Editorial Tomo S.A. de C.V., México, 2013.

_____*El dolor del mundo y el consuelo de la religión*, Aldebarán Ediciones, México, 1998.

_____*El arte de envejecer*, Traducción Adela Muñoz Fernández, Alianza Editorial, Madrid, 2010.

_____*El arte de tener siempre la razón*, Gandhi, México, 2012.

_____*Los dos problemas fundamentales de la ética*, traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María, tercera edición, Siglo XXI, Madrid, 2007.

_____*Los dolores del mundo*, Público, México, 2009.

_____*Sabiduría de la vida, en torno a la filosofía y otros temas*, quinta edición, Porrúa, México, 2009.

_____*Metafísica del amor, metafísica de la muerte*, Folio, Barcelona, 2007.

_____*Parábolas, aforismos y comparaciones*, edición y traducción de Andrés Sánchez Pascual, Edhasa, Barcelona. 1995.

_____*Parerga y Paralipónema, Vol. I*, traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María, Trotta, Madrid, 2006.

_____*Parerga y paralipónema, Vol II*, Traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María, Trotta, Madrid, 2009.

_____*Sobre la voluntad en la naturaleza*, traducción de Miguel de Unamuno, tercera edición, Alianza, Editorial, Madrid, 1982.

_____*Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, traducción Vicente Romano García, Tercera edición, Aguilar, Buenos Aires, 1980.

_____*Sobre la libertad en la Voluntad*, Alianza Editorial, 2012.

_____*La libertad*, Traducción Roberto Robert, Ediciones Coyoacán, México, 1996.

_____*Aforismos sobre la sabiduría de la vida*, traducción de Miguel Chamorro, segunda edición, Aguilar, Buenos Aires, 1981.

OBRAS DE OTROS AUTORES

- Anzoátegui, poemas sin guitarra, Schapire, Buenos Aires, 1974.
- Aries, Phillipe, *El hombre ante la muerte*, Taurus Ediciones, Madrid, 1984.
- Aristóteles, *Metafísica*, Porrúa, octava edición, México, 1980.
- Basave Fernández del Valle, Agustín, *Metafísica de la muerte*. Edit. Limusa. Libro electrónico
- Becker, Ernest, *El eclipse de la muerte*, Fondo de Cultura Económica, Traducción de Carlos Valdés, México, 1977.
- Behar, Daniel, *Un buen morir*, Editorial Pax, México, 2004.
- Bucay, Jorge, *Hojas de Ruta*, Colección completa, Océano, México, 2005.
- Carse, James P, *Muerte y existencia, Una historia conceptual de la mortalidad Humana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Carrillo, Trueba, *SIDA; "el nuevo rostro de Gorgo"*, en la revista Ciencias Núm. 19, México, 1990.
- Ciorán, Emile Michel, *Del inconveniente de haber nacido*, Taurus, París, 1973.
- Coraminas, Joan, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Tercera edición, Madrid, 1976.

- De Crecenzo, Luciano, *Historia de la filosofía griega*, Segunda parte, Seix Barral, Barcelona, 1988.
- De Beauvoir, Simone, *Una muerte muy dulce*, Hermes, México, 1983.
- Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos más ilustres*, Grupo Editorial Tomo, México, 2004.
- Kant, Manuel, *Crítica de la razón pura*, Porrúa, México, 1979.
- N. Elias, *La soledad de los moribundos*, 2a ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Fonegra de Jaramillo, I, *De cara a la muerte*, Intermedio Editores, Colombia, 1999.
- Grimal, P, *Diccionario de Mitología Griega y romana*, traducción de F. Payarols, Buenos Aires, Paidós, 1951.
- Hamill, Martha, *Tanatología y bioética ante el sufrimiento humano*, Corinter, México, 2009.
- Heidegger, Martín, *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Hesíodo, *Teogonía*, Sexta edición, Porrúa, México, 1982.
- Khayyam, Omar, *Rubayat*, Costa Amic, México, 1958.
- Kraus, Arnoldo, *Biología y bioética*, Paidós, México, 1999.
- Kübler-ross, Elisabeth, *La rueda de la vida*, Grafo Ediciones, Bilbao, 1998.
- ____ *Sobre la muerte y los moribundos*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1975.
- Lázaro, Enrique, *Las palabras de la muerte*, mediomaraverí, Barcelona, 1999.
- Mateos Muñoz, Agustín, *Compendio de etimologías grecolatinas del español*, Esfinge, México 1991.
- ____ *Etimologías latinas del español*, Esfinge, México, 1945.
- Morín, Edgar, *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona 1987

- Ortiz Quezada, Federico, *El acto de morir*, Colección Dolor, enfermedad y muerte, Némesis, México, 2007.
- Pérez V, *El hombre y su muerte*, Jus, México, 1996.
- Platón, *Diálogos*, Porrúa, México, Primera Edición, 1962.
- Puig, Ignacio, S.J. *Curso general de química*, editorial Marín, México 1961
- Rábado Obradó, Ana Isabel, *Conciencia y dolor, Schopenhauer y la crisis de la modernidad*, Trotta, Madrid, 1995.
- Rebolledo, Mota F, *Aprender a morir, Fundamentos de Tanatología*, Regis, México, 1996.
- Roa, Armando, *Ética y bioética*, Andrés Bello, Buenos Aires, 1998.
- Sigmund, Freud, *El yo y el ello*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Rimpoché, Sogyal, *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, Círculo de lectores, Cortesía de Ediciones Urano, S.A, Barcelona, 1992.
- Spierling, Volker. *Arthur Schopenhauer*, Traducción de José Antonio Molina Gómez, Herder, España, 2010.
- Scheler, Max. *Muerte y supervivencia*, Buenos Aires, 2004.
 ____ *La idea del hombre y la historia*, La pléyade, Buenos Aires, 1980.
- Tarasco, M, *La cultura de la muerte. Ética y medicina*, Elenia, México, 1998.
- Thomas, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Yalom, Irwin, *Un año con Schopenhauer*, Pangea, 2004.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*, HARCOUERT BRACE&COMPANY. New York 1992